**A 500 años de la Reforma, católicos y protestantes pueden dialogar a la luz de la Sagrada Escritura. Esta Introducción a la Sagrada Escritura y algunos temas importantes como canon, inspiración e interpretación, pretenden acercar la Palabra de Dios a los lectores y lectoras del mundo de hoy.**

**Introducción a las Sagradas Escrituras**

Pbro. Dr. Pedro Astorga Guerra

# Introducción a las Sagradas Escrituras

A 500 años de la Reforma

# PRÓLOGO

La Biblia es el libro donde Dios habla a los hombres y mujeres y donde estos, a su vez, hablan con Dios. Se trata del encuentro más fascinante que una lectura puede provocar. Ya que cuando cielo y tierra, creados en el principio, no parecen tan distantes, todo se puede esperar.

El pueblo de Israel fue alimentado en el desierto por maná del cielo. Elías, en su camino al Horeb, alimentado y reconfortado por un ángel, fue más tarde arrebatado al cielo en un carro de fuego, y la esperanza mesiánica, no dejó de pedir una y otra vez que las nubes del cielo llovieran la justicia.

Esta introducción a las Sagradas Escrituras desea, que lectores y lectoras entusiastas y con ánimos de aprender, participen también de este encuentro entre cielo y tierra comprendiendo en qué consiste la Biblia. Además, los 500 años de la celebración de la Reforma, son una oportunidad para reflexionar temas bíblicos de gran importancia para el pueblo creyente.

Entre las cuestiones a tratar en el presente estudio, está la de entender el significado de Biblia como Libro o Libros. Enseguida se hace un recorrido por los principales temas que desarrollan cada uno de los libros bíblicos para generar el interés de leerlos en su totalidad.

Después se hace un estudio bíblico, teológico e histórico de las diferencias entre el número de libros o canon de las Biblias Católicas y Protestantes. Por último, se reflexiona sobre la inspiración de las Sagradas Escrituras, ofreciendo algunas pautas para una lectura fructuosa, sobre todo con el objetivo de buscar la unidad y la edificación de la Iglesia, muy acorde con el aniversario de la Reforma.

Dedico este libro a mis pacientes alumnos y agradezco las sugerencias y correcciones de la Hna. Catalina Romero Rábago, mjh; la Hna. Élida Quezada Rentería, mjh; el Pbro. César Astorga Guerra; y el Pbro. Noé Soto Valdez.

# LA BIBLIA ¿LIBRO O LIBROS?

La palabra Biblia procede del sustantivo griego βιβλίον derivado de Βίβλος y cuya traducción es «rollo de papiro» o, por extensión, «libro». Si tenemos en cuenta que el plural de βιβλίον es βιβλία, entonces caemos en la cuenta de que Biblia en realidad significa «libros». Por lo tanto, expresiones como «tener una Biblia» equivaldría a decir «tener libros».

El hecho de saber que tener una Biblia significa tener «Libros», ofrece diversas ventajas al lector o lectora. Una de ellas es la sensación de que la lectura de la Biblia no es una lectura unificada o monolítica, sino diferenciada y muy rica en matices. En realidad, leyendo página tras página, paso a paso se van recorriendo diversos senderos, a veces extraños, y otras tantas tan familiares, que el lector fácilmente se identifica con ellos.

## 1. Leyendo y caminando

Uno de los autores que ha propuesto la lectura de la Biblia como una lectura paso a paso, como haciendo un camino, es Jean-Pierre Sonnet[1]. Desde su perspectiva, el lector que abre la Biblia empieza un

[1] Cf. J.-P. SONNET, *Cantos bíblicos de peregrinación*, 10ss. Ver también en you tube la conferencia: «Attraversare e nascere» del 3 de diciembre de 2011.

recorrido semejante al de los personajes que aparecen en ella. Repasando las páginas una y otra vez, el lector se pone en camino como Abram (Gn 12,1) o sale de Egipto hacia la tierra prometida como el pueblo de Israel (Ex 14,29-31)[2]. Ahora bien, entre paso y paso, hay algunos más decisivos: el de la muerte a la vida. La lectura de los Evangelios ilustra precisamente esto. Leer el Evangelio es pasar de la muerte a la vida, y vivir junto con los apóstoles la experiencia de la misión anunciando el Evangelio a todas las naciones. Abrir la Biblia, en definitiva, es abrirse a Dios y caminar con Él, como Él mismo lo hizo con su pueblo por el desierto, y como Jesús de Nazaret, también peregrino, hizo lo propio por los caminos de Galilea y Jerusalén.

## 2. Abriendo ventanas

Otra ventaja es comprender la lectura como un acceso a diferentes visiones del mundo como quien mira a través de ventanas. Leer la Biblia es abrir una ventana una y otra vez para descubrir la variedad de imágenes y palabras que Dios

[2] Cf. A. WÉNIN, *Abramo insegna al credente a camminare*. Curso Bíblico llevado a cabo en Bose del 18 al 23 de julio de 2016.

utiliza para guiar a su pueblo[3]. Al recorrer las páginas de los diferentes libros de la Sagrada Escritura, el lector o lectora se encuentra con diversas historias, algunas tan familiares como la relación entre los miembros de una familia, pero al mismo tiempo con problemas tan difíciles de resolver, como la esterilidad. Se verifican también gestas heroicas, como la salida de Egipto o el regreso a la tierra después del destierro. También hay grandes esperanzas de salvación en un Rey Mesías (Sal 18,50) y se hacen presentes los sufrimientos por la enfermedad o la muerte injusta. Narraciones, Profecías, Salmos, Proverbios, Evangelios, Cartas, y hasta Apocalipsis hacen de la Biblia el Libro con los Libros más extraordinarios. El lector, abriendo diversas ventanas, poco a poco se irá abriendo también a la verdadera salvación.

## 3. La imagen del libro

Se puede decir que la misma imagen del libro es especialmente sugerente para invitar a la lectura del Libro de los Libros. Fue un libro, el de la ley, el que Dios quiso dar como don a su pueblo para guiarlo hacia la tierra prometida (Jos 1,2), y fue

---

[3] J.-L. SKA, *Specchi, lampade e finestre. Introduzione all'ermeneutica biblica*, 7ss.; ID., «La Bibbia, un libro aperto o un libro sigillato?», 59-96.

también un libro el que encontraron mientras embellecían el templo años antes de su destrucción (2 Re 22,8). En el exilio, el libro seguía vivo y vida seguía concediendo a los que lo leían. Prueba de ello es que, al regreso, el pueblo lloraba, cuenta el libro de Nehemías, al volver a escuchar la enseñanza del Señor en Israel (Neh 8,9). A partir de aquí, se va acentuando que la revelación no dependerá ya solamente de tradiciones orales, sino sobre todo del testimonio escrito. Y, por lo tanto, leyendo, recitando e interpretando, es como se comprenderá el mensaje que Dios ha querido comunicar a su pueblo[4].

También un libro manifestó que las esperanzas del Mesías se habían cumplido en Jesús, hijo de David, hijo de Abraham (Mt 1,1) y fue precisamente un libro el que testimonió que la resurrección de Cristo era la clave para entender todo lo que allí estaba escrito[5]:

> «Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo.

---

[4] Cf. H. NAJMAN, «The Symbolic Significance of Writing in Ancient Judaism», 173.

[5] SAN JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, 100. 112, subraya que solamente en Cristo, se puede encontrar la llave para entender adecuadamente el Antiguo Testamento. Lo mismo se podría de toda la Biblia en general.

Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo. Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos. Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra. Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos; y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra» (Ap 5,1-10).

## 4. Nombres y Abreviaturas

Los nombres de los libros bíblicos son muy variados, algunos presentan nombres de personas, pero también muchos de ellos se refieren al tema del que tratan o la comunidad a la que se dirigen.

*Antiguo Testamento*

| | | |
|---|---|---|
| 1 | Génesis | Gn |
| 2 | Éxodo | Ex |
| 3 | Levítico | Lv |
| 4 | Números | Nm |
| 5 | Deuteronomio | Dt |
| 6 | Josué | Jos |
| 7 | Jueces | Jue |

| | | |
|---|---|---|
| 8 | 1 Samuel | 1 Sam |
| 9 | 2 Samuel | 2 Sam |
| 10 | 1 Reyes | 1 Re |
| 11 | 2 Reyes | 2 Re |
| 12 | 1 Crónicas | 1 Cro |
| 13 | 2Crónicas | 2Cro |
| 14 | Esdras- | Esd |
| 15 | Nehemías | Neh |
| 16 | 1 Macabeos | 1 Mac |
| 17 | 2 Macabeos | 2 Mac |
| 18 | Isaías | Is |
| 19 | Jeremías | Jer |
| 20 | Ezequiel | Ez |
| 21 | Oseas | Os |
| 22 | Joel | Jl |
| 23 | Amós | Am |
| 24 | Abdías | Abd |
| 25 | Jonás | Jon |
| 26 | Miqueas | Miq |
| 27 | Nahúm | Na |
| 28 | Habacuq | Hab |
| 29 | Sofonías | Sof |
| 30 | Ageo | Ag |
| 31 | Zacarías | Zac |
| 32 | Malaquías | Mal |
| 33 | Daniel | Dan |
| 34 | Salmos | Sal |
| 35 | Job | Job |
| 36 | Proverbios | Prov |
| 37 | Eclesiastés (Qohélet) | Ecl-Qoh |
| 38 | Cantar | Cant |
| 39 | Rut | Rt |
| 40 | Lamentaciones | Lam |
| 41 | Ester | Est |
| 42 | Tobías | Tob |
| 43 | Judit | Jdt |
| 44 | Baruc | Bar |
| 45 | Sabiduría | Sab |
| 46 | Sirácida (Eclesiástico) | Sir-Eclo |

*Nuevo Testamento*

| | | |
|---|---|---|
| 1 | Evangelio según Mateo | Mt |
| 2 | Evangelio según Marcos | Mc |
| 3 | Evangelio según Lucas | Lc |
| 4 | Evangelio según Juan | Jn |
| 5 | Hechos de los Apóstoles | Hch |
| 6 | Carta a los Romanos | Rom |
| 7 | 1ª .Carta a los Corintios | 1 Cor |
| 8 | 2ª Carta a los Corintios | 2 Cor |
| 9 | Carta a los Gálatas | Gal |
| 10 | Carta a los Efesios | Ef |
| 11 | Carta a los filipenses | Fil |
| 12 | Carta los Colosenses | Col |
| 13 | Carta a Filemón | Filem |
| 14 | 1ª Carta a los Tesalonicenses | 1 Tes |
| 15 | 2ª Carta a los Tesalonicenses | 2 Tes |
| 16 | 1ª Carta a Timoteo | 1 Tim |
| 17 | 2ª Carta a Timoteo | 2 Tim |
| 18 | Carta a Tito | Ti |
| 19 | Carta a los Hebreo | Heb |
| 20 | Carta de Santiago | Stgo |
| 21 | 1ª Carta de Pedro | 1 Pe |
| 22 | 2ª Carta de Pedro | 2 Pe |
| 23 | Carta de Judas | Jud |
| 24 | 1ª Carta de Juan | 1 Jn |
| 25 | 2ª Carta de Juan | 2 Jn |
| 26 | 3ª Carta de Juan | 3 Jn |
| 27 | Apocalipsis | Ap |

## 5. Capítulos y versículos

Cuando alguien se acerca a la Biblia, no sólo percibe diferentes nombres de los libros, sino también números grandes y pequeños que dividen los libros en

secciones. Los números grandes se llaman capítulos y los pequeños versículos. En los primeros siglos del cristianismo, la Biblia se conservó sin ninguna división en capítulos y versículos. Es en el judaísmo donde se encuentran testimonios de que la Biblia estaba dividida en secciones (Misná, s. II). No obstante, fue hasta 1228, que el Arzobispo de Canterbury y canciller de la Universidad de París, Esteban Langton dividió la Biblia en capítulos. Después, en 1528, Santos Pagnino, publicó una Biblia traducida al latín añadiéndole los versículos. Sin embargo, se atribuye la Biblia completa con capítulos y versículos a Roberto Estienne, quien en 1555 y basándose en la de Pagnino, completó la división de todos los libros.

Para citar un texto bíblico primero se escribe la abreviatura, enseguida el número de capítulo y finalmente el versículo o versículos a los cuales se hacer referencia. Por ejemplo:

| | |
|---|---|
| Mt 1,1 | Evangelio de Mateo, capítulo 1, versículo 1 |
| Jn 5,2-3 | Evangelio de Juan, capítulo 5, versículos del 2 al 3. |
| 1 Sam 3,6ss | Primer libro de Samuel, capítulo 3, versículo 6 y siguientes. |
| 1 Cor 10,1–11,6 | Primera Carta a los Corintios, desde el capítulo 10, versículo 1, hasta el capítulo 11, versículo 6. |
| Hch 2,5.10 | Hechos de los Apóstoles, capítulo 2, versículos 5 y 10. |

# LEYENDO Y CAMINANDO HACIA LA SALVACIÓN

En este capítulo se da una explicación sumaria de cada uno de los libros que conforman la Biblia para que el lector se dé una idea acerca de los contenidos y objetivos principales de cada uno de ellos.

La primera parte de la Biblia está conformada por 5 libros conocidos como Pentateuco. Dentro de la tradición judía, son conocidos como Torah, es decir, enseñanza.

En realidad, Torah sintetiza bien lo que se narra en estos libros, porque de diversas maneras Dios enseña a ciertos personajes y después a su pueblo a aprender a vivir. En **el libro del Génesis** Dios crea el mundo en siete días y establece una relación especial con el hombre y la mujer, llamados Adán y Eva. Acontecen también relatos sorprendentes como el diluvio o la torre de Babel, pero sobre todo, destaca el camino que emprende Abram al salir de su tierra y dirigirse a una tierra que Dios le mostrará.

Sin embargo, el camino hacia una tierra no es la única trama que se encuentra en este libro, sino también la promesa de la descendencia. Abram no caminará en soledad, sino junto con Sara y ambos como padres de Isaac. Su hijo continuará este camino y más adelante sus dos hijos:

Esaú y Jacob. Finalmente, de este último surgirán 12 hijos, origen de las doce tribus de Israel.

La situación se complica porque, como narra la historia de José, los hijos de Jacob o Israel tuvieron que emigrar a Egipto. Y un día, fueron esclavizados. **El libro del Éxodo** narra que comenzó así un largo periodo de sufrimiento y opresión que no obstante no pudo detener la promesa de Dios de tierra y descendencia. Las parteras sabias no dejaron de ayudar a que nacieran los niños y el pueblo siguió multiplicándose. Y Dios, viendo la opresión de pueblo, decidió sacarlo de Egipto por medio de Moisés y de Aarón. Llegado el momento propicio, Dios sacó a su pueblo con mano poderosa y brazo extendido, dando lugar a uno de los acontecimientos más importantes de la historia de la salvación: el Éxodo o salida de Egipto.

A partir de este momento, Israel nació como pueblo y se dispuso a aprender a comer, beber, hablar y responder a la alianza que Dios le propuso: «ustedes serán mi pueblo y yo seré vuestro Dios». No fue fácil, pues el pueblo se hizo un becerro de oro que puso en duda si podría ser fiel. Sin embargo, gracias a la intercesión de Moisés y perdonado por Dios, siguió adelante.

En **el libro del Levítico**, Israel recibe una propuesta de mayor amplitud: «sean

santos como yo soy santo». Diversas leyes y enseñanzas de Dios tratan de guiar al pueblo para que viva una relación de pertenencia y fidelidad. Esta perspectiva continuará en **el Libro de los Números**, pero se pondrá mayor atención en la continuación del camino y en la renovación de las generaciones de los hijos de Israel. Finalmente, en **el libro del Deuteronomio**, Moisés exhortará, antes de morir, a que el pueblo permanezca fiel para poder vivir. Si no, correría el riesgo de perder la tierra que Dios le había prometido.

Efectivamente, toda la trama sobre la tierra se desarrolla en los libros de **Josué**, **Jueces**, **los libros de Samuel** y **los libros de los Reyes**. Israel llega a la tierra, a veces es fiel y mantiene la paz, pero también a veces es infiel y sufre a manos de las otras naciones. Entonces, Profetas surgen en medio del pueblo: Samuel, Elías, Eliseo, Natán, etc. Y Reyes alcanzan el favor de Dios para llevar adelante los designios de justicia y de paz, como David, Ezequías y Josías.

A pesar de los esfuerzos, fue mayor la infidelidad y el imperio de Babilonia destruyó el templo de Jerusalén, se perdió la tierra y el pueblo tuvo que ir al exilio. Grandes esperanzas volvieron a resurgir en este tiempo y los libros proféticos testimonian una y otra vez que Dios no abandonó a su pueblo, aunque por el

momento tenga que vivir así, lejos de su tierra. **Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, y los Doce profetas** manifiestan la esperanza de un pueblo de volver a encontrar la luz, de ser reconstruido, y de volver a ser en definitiva, el pueblo de Dios.

**Los libros de Esdras, Nehemías** narran precisamente el regreso del pueblo a la tierra de Israel. Algarabía y gozo inundan el ambiente, aunque esto no quiere decir que no haya dificultades. No pasarán muchos años, cuando los problemas volverán a surgir. **Los libros de las Crónicas, Tobías, Judith, Esther, y los libros de los Macabeos** narran las dificultades que Israel tuvo a lo largo de la historia, así como las diferentes respuestas que los personajes y grupos intentaron dar. Al mismo tiempo, otras reflexiones dieron lugar a la creación de los libros sapienciales.

**Los Salmos**, en este sentido, proponen al israelita llegar a ser sabio a través de los cánticos y la oración. **Los Proverbios**, por su parte, invitan a ser sabio conociendo la sabiduría popular y teniendo temor de Dios. **El Libro de Qohelet**, más bien disfrutando de los dones que Dios concede. **El Cantar de los Cantares**, gozando del amor entre el hombre y la mujer. **Job**, es como un camino para llegar a ser sabio en la enfermedad. **Sabiduría**, en cambio, una

propuesta a ser sabio en la experiencia de la muerte. Y el **Eclesiástico**, una motivación alcanzar la sabiduría conociendo los ilustres antepasados que dieron testimonio de sabiduría y fidelidad.

Llegada la plenitud de los tiempos, envío Dios a su Hijo, cuya vida y obra se narra desde cuatro puntos de vista: **Evangelio de Mateo**, **Evangelio de Marcos**, **Evangelio de Lucas** y **Evangelio de Juan**. Cada uno de ellos presenta una narración con características particulares. En Mateo, Jesús aparece como el cumplimiento de lo que la profecía del Emmanuel apuntaba: «Dios con nosotros». Y Jesús mismo, al final del Evangelio, volverá a afirmarlo con nuevos matices, indudablemente iluminados por la Resurrección y la misión de los discípulos: «Vayan pues, y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado; y he aquí, yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo».

El Evangelio de Marcos acentúa sobre todo la formación del discipulado. Jesús, el Mesías, invita a los doce a seguirlo y caminando con Él van aprendiendo poco a poco lo que significa verdaderamente ser discípulo. El Evangelio de Lucas, en cambio, presenta un proyecto todavía más grande, porque narrando desde la infancia

de Jesús hasta su resurrección, presenta los discípulos continuando la misión del Señor en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Finalmente, el Evangelio de Juan, a través de diversos signos, como bodas de Caná, Curación del ciego, Resurrección de Lázaro, entre otros, manifiesta la identidad de Jesús y, sobre todo, su relación con el Padre y el don del Espíritu Santo a sus discípulos.

Después de los Evangelios y Hechos de los Apóstoles, siguen las Cartas de san Pablo. Ordenadas de mayor a menor según la extensión, cada una de ellas se dirige a una comunidad a la que desea evangelizar con el mensaje de Cristo. **La Carta a los Romanos** acentúa la fe en Jesucristo como medio para la salvación. **Las Cartas a los Corintios** motivan a la comunidad a tener más comunión. **La Carta a los Gálatas** presenta el fruto del Espíritu. **La Carta a los Efesios** pone de relieve el designio salvífico de Dios. **La Carta a los Filipenses** exhorta a tener los mismos sentimientos de Cristo. **La Carta a los Colosenses** a contemplar la creación por Cristo, en Cristo y para Cristo. **Las Cartas a los Tesalonicenses** llaman a tener esperanza y esperar la Parusía del Señor.

Después están las Cartas dirigidas a una persona en particular. **Las Cartas a Timoteo** pretenden fundamentar los diversos ministerios y configurar de

alguna manera la vida cristiana en medio de la sociedad. **La Carta a Tito** también continúa esta línea, aunque manifestando también la relevancia de Cristo en esta forma de vida. Por último, en **la Carta a Filemón**, san Pablo pide que se reciba a Onésimo como a un hermano en Cristo.

Finalmente, en la Biblia, aparece una última sección de Cartas, una dirigida a los **Hebreos**, otras de **Pedro**, una de **Santiago**, una de **Judas** y tres de **Juan**. Cada una de ellas resalta algunos aspectos importantes para la vida cristiana, sobre todo en cuanto perseverancia en la fe al interno de la comunidad o en la relación con la sociedad de aquellos días. Y, culminando los libros bíblicos, se encuentra el **Apocalipsis**, escrito lleno de esperanza en la renovación y en el establecimiento de cielos nuevos y tierra nueva donde pueda establecerse definitivamente la Jerusalén celestial.

# BIBLIA CATÓLICA
# Y BIBLIA PROTESTANTE

La Biblia católica tiene 73 libros, y la protestante 66, ¿cuál es la razón de esta diferencia? En realidad son varios los aspectos a tener en cuenta para comprender esta situación. El primero de ellos es que, la Biblia, especialmente en el caso del Antiguo Testamento, fue escrita, en su mayor parte, en hebreo.

## 1. Canon Hebreo

La palabra «canon» significa «regla» o «vara de medida». Desde tiempos de San Ireneo (130-202 d.C), la palabra canon se utilizó para hablar de las enseñanzas cristianas, en frases como «canon de la verdad», «canon de la fe», o «canon eclesiástico». También se usó para referirse a listas de escritos astronómicos, matemáticos y cronológicos hechos por cristianos[1].

Fue Eusebio de Cesarea el primero en utilizar la palabra «canon» para aplicarlo a una lista de escrituras cristianas, en este caso, a los cuatro evangelios[2]. Después, fueron apareciendo otras listas, como el Canon de Muratori, la lista de San

---

[1] Cf. G. M. HAHNEMAN, «The Muratorian Fragment and the Origins of the New Testament Canon», 406.
[2] Cf. *Historia Eclesiástica* 6.25.3.

Atanasio, y la de San Agustín[3], las cuales fueron configurando el canon hasta que se estableció el número definitivo de libros en el Concilio de Trento.

El canon hebreo está compuesto por libros que la comunidad judía consideró como Sagrada Escritura. Entre los criterios que probablemente jugaron un papel destacado para aceptarlos fue que estaban escritos en hebreo o al menos así habían sido transmitidos. De todas formas, no se puede absolutizar esta idea, pues dentro de los libros hay algunas partes que se conservaron en arameo, como en los libros de Daniel y de Ester.

Los libros que fueron escritos en hebreo son: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio (*Torah*), Josué, I y II Samuel, I y II Reyes, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías (*Nebiim*) y Salmos, Proverbios, Rut Job,

---

[3] En los siglos IV y V, hay 15 listas de un canon cristiano: Eusebio (Historia Eclesiástica 3.25.1-7), años 303-325; Catálogo en el Códice Claromontano, años 303-367; Cirilo de Jerusalén (Lecturas catequéticas 4.33), año 350; Atanasio (Carta de Pascua 39), año 367; Catálogo Mommsen, años 365-390; Epifanio (Panarion 76.5), años 374-377; Cánones Apostólicos 85, año 380; Gregorio Nacianceno (Carmen de veris scripturae libris 12.31), años 3983-390; Cánones africanos, años 393-419; Jerónimo (Carta 53), año 394; Agustín (Doctrina Cristiana 2.8.12), años 396-397; Anfiloquio (Yámbicos a Seleuco 289-319), año 396; Rufino (Comentario al Credo de los Apóstoles 36), año 400; Papa Inocencio I (Carta a Exsuperio), año 405; y Catálogo Sirio de Santa Catalina, año 400. Cf. G. M. HAHNEMAN, «The Muratorian Fragment and the Origins of the New Testament Canon», 413.

Cantar de los Cantares, Lamentaciones, Eclesiastés, Ester, Daniel, Esdras, I y II Crónicas (*Ketubim*).

Además de la lengua hebrea, es posible que un criterio fundamental fuera que los libros de alguna u otra forma tuvieran conexión con la Torah, en un principio quizá aludiendo a una serie de enseñanzas, pero después denominándose Deuteronomio, o incluso Pentateuco[4]. Los profetas, entonces, serían comentadores o actualizadores de la Torah; y los Escritos, libros que pondrían de relieve que la sabiduría no sería otra cosa que una invitación a meditar la Torah día y noche (Sal 1,2)[5].

Sin lugar a dudas, los primeros cinco libros de la Biblia fueron, para el pueblo judío, la parte de la Biblia que habría que leer y meditar con mayor asiduidad. Allí podía ser leído que Dios había creado el mundo, llamado a Abraham, dado la Torah a Moisés y elegido un pueblo para que fuera de su propiedad y habitara una tierra prometida. Israel tenía todo en la Torah y con ella podía disponerse a amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas (Dt 6,5).

---

[4] Cf. O. KAISER, *Der Gott des Alten Testments*, 329ss.; N. LOHFINK, «La muerte en la frontera. La misión inacabada de Moisés y los contornos de la Biblia», 23-24; «Moses Tod, die Tora und die alttestamentliche Sonntagslesung»: 481-494.

[5] Cf. P. ASTORGA, «Meditar la Torah en la historia y la historia desde la Torah3-40.

## 2. Canon Griego

El canon griego, a diferencia del hebreo, cuenta con más libros, entre los que destacan una parte de Daniel, una parte de Ester, Baruc, Judit, Tobías, Eclesiástico, Sabiduría, y I y II de Macabeos. Otros libros forman parte de este canon, pero no fueron aceptados en el canon católico por diversas razones, quizá sobre todo históricas o de problemas de transmisión, como III y IV de Macabeos y Odas de Salomón.

El canon griego, surgió después del exilio (586 a.C.). Algunos judíos fueron llevados a Babilonia, pero otros emigraron a Egipto y allí se formó una comunidad importante, especialmente en Alejandría, una ciudad floreciente económica y culturalmente hablando. Éste es el contexto de una fuente antigua, conocida como la Carta de Aristeo (s. II), considerada leyenda por algunos, pero que narra la historia de la traducción del texto hebreo por parte de setenta sabios. Los acontecimientos tuvieron lugar durante el reinado de Ptolomeo II Filadelfo (309-246 a.C). Sin embargo, la propuesta vino de un tal Demetrio de Falero, que en ese entonces estaba a cargo de la Biblioteca del rey. La existencia de esta biblioteca y su relación con la traducción de los

setenta, ponen de relieve el status cultural que tenía Alejandría en aquella época[6].

¿Por qué fue necesaria una traducción del texto hebreo al griego?. Una posibilidad es que disminuyera el conocimiento del hebreo por parte de los judíos que habitaban aquella región o también quizá algunos judíos tuvieron la intención de que sus textos sagrados fueran conocidos en la cultura helénica o griega. Con respecto a lo primero, así lo comenta Natalio Fernández Marcos:

> «Para los judíos de la diáspora, una vez que habían abandonado la lengua de los padres, la única forma de conservar el legado religioso de sus antepasados era traducirlo a la lengua extranjera. El peligro de perder esta herencia cultural se hizo sentir antes en las comunidades del judaísmo helenístico que en las de Palestina; estas últimas reaccionarán frente al helenismo con la producción de la literatura apocalíptica; mientras que en la diáspora las comunidades helenísticas reaccionarán llevando la lucha a su propio campo mediante la traducción de la Torá al griego. Así que la traducción de LXX está hecha por judíos y para judíos, es decir, que son orientales bilingües y no griegos los que la emprenden. Nace por tanto de las necesidades religiosas de los judíos de Alejandría;

---

[6] Es probable también, como algunos señalan, que la Biblioteca y la traducción tuvieran su origen no con el rey Ptolomeo II Filadelfo, sino con su padre Soter. Cf. M. EL-ABBADI, *La Antigua Biblioteca de Alejandría. Vida y destino*, 88: «Fue Demetrio, con toda probabilidad, quien sugirió a Soter la idea de crear en Alejandría un gran centro de investigación que fuera conocido como el Mouseion, y que contara con una importante biblioteca universal. La idea no podía ser más adecuada, ya que respondía al deseo de Soter de convertir Alejandría no sólo en la capital de un poderoso reino sino en un centro de cultura y civilización».

> necesidades litúrgicas por un lado y pedagógicas por otro, debido a la peculiar posición del judaísmo en el mundo griego con una gran proporción de judíos grecoparlantes que desconocían la lengua original de sus propias escrituras»[7].

A este respecto, es importante señalar que si la comunidad cristiana aceptó la mayor parte del canon griego como Escritura Sagrada eso quiere decir que estaba también influida por este tipo de judaísmo, por así decirlo, más cosmopolita, abierto a un progreso de la revelación, y con un bagaje literario apto para la expresión del Nuevo Testamento, destinado a salir de las comunidades judías de Jerusalén para dirigirse a todas las naciones de la tierra[8].

Efectivamente, el Nuevo Testamento, en muchas ocasiones, tiene más en cuenta el texto griego que el hebreo. Mateo y Marcos comparten cuarenta citas alusivas al Antiguo Testamento, de las cuales once son igual a Septuaginta. Lucas y Hechos de los Apóstoles siguen básicamente el texto de Septuaginta. Juan cita también la antigua Septuaginta, pero modifica las citas de acuerdo con la hermenéutica del judaísmo contemporáneo. Pablo cita 93

---

[7] N. FERNÁNDEZ MARCOS, «La *Septuaginta* como traducción», 32-33.

[8] Cf. S. PISANO, «Critica testuale e storia del testo», 113-115; M. CIMOSA, «La traduzione greca dei LXX. Dibatitto sull'ispirazione», 3-14.

veces el Antiguo Testamento: 33 el Pentateuco, 25 a Isaías y 19 a Salmos. De estas citas, 51 son las que están en acuerdo absoluto o virtual con el texto de la Septuaginta. Y el Apocalipsis, aunque tiene 120 referencias al Antiguo Testamento, no cita normalmente en forma literal la Septuaginta, sino que prefiere otro tipo de exposición, aunque de fondo esté presente la Septuaginta[9].

A manera de ejemplo, se pueden tomar dos textos. El evangelista Mateo, al hablar del cumplimiento de la profecía del Emmanuel, cita textualmente la versión griega del Antiguo Testamento: «He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, al que pondrán por nombre Emmanuel». Si Mateo hubiera tenido solamente a su disposición el texto hebreo, tendría varias posibilidades de traducción: joven, muchacha, virgen, etc., pero si contaba también con el texto griego o era el que había aprendido de memoria, entonces se comprende más fácilmente que hubiera optado por seguir la versión griega: «*parthenos*», más relacionada con «virgen».

El otro ejemplo puede tomarse de Hechos de los Apóstoles. Esteban, en su discurso, habla de setenta y cinco personas que bajaron a Egipto con Jacob. En el

---

[9] Cf. N. FERNÁNDEZ MARCOS, «La Septuaginta y el Nuevo Testamento», 327-333.

texto hebreo del Génesis y del Éxodo, se habla de setenta personas y no de setenta y cinco. Sin embargo, en la trasmisión en griego, sí que son setenta y cinco personas las que bajaron con Jacob a Egipto[10]. Eso quiere decir que el autor del libro de los Hechos conoce más la tradición griega que la hebrea y por eso elige poner este número de personas. Esto es una muestra de la alta estima que tuvo la tradición textual de los LXX en la comunidad cristiana.

Finalmente, si el Nuevo Testamento se escribió en griego, es porque vio en esta lengua y lo que la traducción de los LXX implicaba, las mayores posibilidades de apertura que los judeocristianos podrían tener hacia el mundo griego y, en definitiva, hacia las naciones de aquel tiempo. El hecho de utilizar esta lengua era una muestra clara de que la empresa comenzada por Ptolomeo II Filadelfo (284-246 a.C.), al pedir a los setenta sabios que tradujeran la Biblia hebrea, no había sino en vano, sino fuente de inspiración para que pudieran surgir nuevos escritos, pero ahora centrados en el evangelio de Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios, como inició el evangelista Marcos su Evangelio.

---

[10] Tradición que también conoce Filón de Alejandría, lo cual podría indicar también familiaridad con las tradiciones griegas de la Biblia, quizás los LXX. Cf. *De migratione Abrahami* 1.199.

## 3. Biblia e Historia de la Iglesia

Con respecto a la cuestión que estamos tratando del número de libros aceptados en el canon católico, también es necesario considerar la relación entre la Biblia y la Historia de la Iglesia.

### *3.1 Nuevo Testamento y Padres*

Ciertamente hay que decir que el Nuevo Testamento no cita normalmente los siete libros transmitidos únicamente en griego[11], como tampoco lo hacen Filón de Alejandría y Flavio Josefo[12]. Esto puede ser una indicación de que estos libros no eran tan conocidos o dignos de consideración para comentar o citar. Quizá también su estatuto no estaba bien establecido y es probable que estuvieran a la par de comentarios o interpretaciones de otros libros de la Biblia como las que hacían Filón o Flavio Josefo[13]. De hecho,

---

[11] Se prefiere usar «transmitidos» porque algunos de estos libros probablemente existieron en hebreo o arameo, como testimonia el texto en hebreo y arameo de Tobit encontrado en la Cueva 4 de Qumrán. Cf. El Prefacio a *The New American Bible*, XXIV.

[12] Flavio Josefo (38-100 d.C.), en su libro *Contra Apión* (1,7-8), compuesto hacia el año 97-98 d.C., escribe que tenían 22 libros considerados como divinos y contenían la historia del pasado. Los 22 libros los distribuye de la siguiente manera: cinco de Moisés, trece de los profetas y otros cuatro libros que contenían himnos de alabanza a Dios y preceptos de vida para los hombres.

[13] Por ejemplo, 2 Macabeos cita una carta de Jeremías y también está el libro de Baruc, visto quizá como comentario a Jeremías,

una tradición judía presenta como autor del libro de la Sabiduría a Filón. Y Flavio Josefo cuenta una historia de alguna manera paralela a la de los libros de los Macabeos[14].

### *3.2 Escritores y Padres de la Iglesia*

En los inicios del cristianismo había dificultades a la hora de saber cuáles eran los libros que debían ser aceptados como Sagrada Escritura[15]. Debido a la diversidad de comunidades y de pastores, la unidad para alcanzar un canon de libros reconocidos como Sagrada Escritura no era una empresa sencilla.

Aún con esto, se pueden descubrir básicamente dos líneas de pensamiento. Una, representada por San Jerónimo (347-420), y Atanasio de Alejandría (296-373), quienes restaban autoridad a los libros transmitidos únicamente en griego. Y otra, seguida por algunos padres de la Iglesia, como San Agustín y los Concilios del norte de África, quienes aceptaron el canon amplio.

---

Deuteronomio, Daniel y Job. Cf. J. H. CHARLESWORTH, «The Interpretation of the Tanak in the Jewish Apocrypha and Pseudepigrapha», 263-264.

[14] De todas formas, libros como Sabiduría, Eclesiástico y 1-2 Macabeos, encuentran un eco en los escritos del Nuevo Testamento. Cf. N. FERNÁNDEZ MARCOS, «La *Septuaginta* y el Nuevo Testamento», 334.

[15] Cf. S. PISANO, «Critica testuale e storia del testo», 111-112.

### 3.2.1 San Jerónimo

San Jerónimo valoró mucho la «veritas hebraica», es decir, los libros transmitidos en hebreo. En el prólogo a los libros de Samuel y Reyes subraya el valor que tiene el canon hebreo, e insiste en que los libros que no se encuentran aquí, deben ser contados entre los apócrifos. Es decir, la Sabiduría que popularmente se atribuye a Salomón, el libro de Jesús hijo de Sira (Eclo), Judith, Tobías, y el Pastor de Hermas. Y sobre los libros de los Macabeos dice que el primer libro lo encontró en hebreo y el segundo en griego[16].

Asimismo, en el prólogo a los tres libros de Salomón, es decir, Proverbios, Cantar de los Cantares y Qohelet, San Jerónimo escribe que la Iglesia lee los libros de Judith, Tobías, y Macabeos, pero no los recibió entre las Escrituras canónicas. De todas formas, pueden servir para la edificación del pueblo, pero no para confirmar con autoridad la doctrina de la Iglesia[17].

Ahora bien, San Jerónimo no mantuvo esta postura toda la vida. En realidad, se pueden descubrir tres etapas de reflexión bíblica, oscilando entre la valoración de las escrituras hebreas y la aceptación de los

---

[16] Cf. PL 28.555-557.
[17] Cf. PL 28.1242-1243.

libros transmitidos únicamente en griego. En la primera etapa consideró como Sagrada Escritura la mayoría de los libros que eran considerados como tales, incluidos los transmitidos en griego. En la segunda, se entusiasmó por la transmisión en hebreo y consideró de más valor a estos libros. Finalmente, en la tercera, hacia el final de su vida, volvió a insistir en la consideración de los libros transmitidos sólo en griego como Sagrada Escritura[18].

De hecho, esta tendencia se puede descubrir ya en algunas afirmaciones de los prólogos a los libros bíblicos. Por ejemplo, en el del libro de Judith dice que el Concilio de Nicea aceptó que este libro formara parte de las Sagradas Escrituras[19]. Y en el prólogo al libro de Tobías señala que si bien no está en el canon, sin embargo lo usan frecuentemente los hombres de Iglesia. Y aunque teme represalias por parte de los judíos, dice que es mejor oponerse al juicio de los fariseos que desobedecer las ordenanzas de los Obispos, en este caso, Cromacio y Heliodoro, a quienes dedica el prólogo y quienes seguramente le habían encargado la traducción[20].

A pesar de esto, lo dicho por San Jerónimo sobre los libros hebreos, serviría para justificar tendencias reduccionistas

---

[18] Cf. E. F. SUTCLIFFE, «Jerome», 92-93.
[19] Cf. PL 29.39.
[20] Cf. PL 29.23-25.

del canon, sobre todo en la época de la Reforma.

### 3.2.2 San Atanasio

El otro representante de esta línea es San Atanasio, quien nació el 295 en la ciudad de Alejandría. A los 24 años fue ordenado diácono por el Obispo Alejandro, a quien acompañó como secretario al Concilio de Nicea en 325. Y el 8 de junio del 328, Atanasio tomó posesión como Obispo y duró en ese ministerio 45 años.

Debido a los problemas con los arrianos, sufrió el destierro del 335 al 337. Regresó a su sede, pero volvió a ser desterrado del 339 al 346. A su vuelta, pudo disfrutar de 10 años de relativa calma para evangelizar. En el 356 tuvo que salir otra vez y estuvo seis años en el desierto con los monjes. Regresaba y era exiliado una y otra vez, llegando a sufrir hasta un sexto destierro, del que regresó en 366[21]. Y un año después, en enero de 367, fue cuando escribió una carta en la que presentó una lista de libros reconocidos como Sagrada Escritura[22].

---

[21] Cf. ATANASIO, *La Encarnación del Verbo*, 5-23.

[22] El griego procede de la obra de J. KIRCHHOFER, *Quellensammlung zur Geschichte des Neutestamentlichen Kanons bis auf Hieronymus*, 7-9.

A San Atanasio le pareció bien hacer una lista de los libros incluidos en el canon (τὰ κανονιζόμενα), pero no tomó en cuenta a los llamados apócrifos (ἀποκρύφοις): Sabiduría de Salomón, Sabiduría del Sirácide, Ester, Judith y Tobías. El motivo es que según Él estos libros no fueron recibidos como canónicos, sino solamente recomendados por los padres de la Iglesia para aumentar el aprendizaje con palabras de piedad[23].

> «Hay, entonces, 22 libros del Antiguo Testamento. Como he escuchado, éste es el número de las letras entre los hebreos. Su respectivo orden y nombres es el siguiente. El primero es el Génesis, después Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Siguiendo a éstos está Josué, el hijo de Nun, Jueces, y Ruth. Después de estos los cuatro libros de los Reyes, el primero y el segundo son considerados como un solo libro, y así el tercero y el cuarto como un solo libro. Y también el primer y segundo libros de las Crónicas son considerado como uno solo. Y después Esdras, el primero y el segundo de la misma forma considerado un solo libro. Después de estos está el libro de los Salmos, Proverbios, Eclesiastés, el Cantar de los Cantares, Job. Enseguida los profetas, los doce, o profetas menores, considerados un solo libro. Después Isaías, un libro, Jeremías, con Baruc, Lamentaciones y la Carta, un libro; enseguida Ezequiel y Daniel, cada uno un libro. Así está constituido el antiguo Testamento».

[23] Cf. R. A. NORRIS, «Augustine and the Close of the Ancient Period of Interpretation», 387.

### 3.2.3 Canon de Muratori

Esta lista de libros lleva este nombre porque fue descubierta por Ludovico Antonio Muratori (1672-1750). Desde niño fue muy interesado en aprender, y en su juventud entró en la Compañía de Jesús, donde se graduó primero en Letras (1692) y después en Filosofía y Derecho (1694). Años más tarde, trabajó en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, donde encontró precisamente el fragmento que contenía la lista de libros quizá considerados como sagrada Escritura en los primeros siglos de la Iglesia:

> «[Falta la primera parte del documento]
> ... en éstos, sin embargo, él estaba presente, y así los anotó.
> El tercer libro del evangelio: según Lucas.
> Después de la ascensión de Cristo, Lucas el médico, el cual Pablo había llevado consigo como experto jurídico, escribió en su propio nombre concordando con la opinión de [Pablo]. Sin embargo, él mismo nunca vio al Señor en la carne y, por lo tanto, según pudo seguir..., empezó a contarlo desde el nacimiento de Juan.
> El cuarto evangelio es de Juan, uno de los discípulos.
>
> Cuando sus co-discípulos y obispos le animaron, dijo Juan, "Ayunad junto conmigo durante tres días a partir de hoy, y, lo que nos fuera revelado, contémoslo el uno al otro". Esta misma noche le fue revelado a Andrés, uno de los apóstoles, que Juan debería escribir todo en nombre propio, y que ellos deberían revisárselo. Por lo tanto, aunque se enseñan comienzos distintos para los varios libros del evangelio, no

hace diferencia para la fe de los creyentes, ya que en cada uno de ellos todo ha sido declarado por un solo Espíritu, referente a su natividad, pasión, y resurrección, su asociación con sus discípulos, su doble advenimiento - su primero en humildad, cuando fue despreciado, el cual ya pasó; su segundo en poder real, su vuelta. No es de extrañar, por lo tanto, que Juan presentara de forma tan constante los detalles por separado en sus cartas también, diciendo de sí mismo: "Lo que hemos visto con nuestros ojos y oído con nuestros oídos y hemos tocado con nuestras manos, éstas cosas hemos escrito". Porque de esta manera pretende ser no sólo un espectador sino uno que escuchó, y también uno que escribía de forma ordenada los hechos maravillosos acerca de nuestro Señor.

Los Hechos de todos los apóstoles han sido escritos en un libro. Dirigiéndose al excelentísimo Teófilo, Lucas incluye una por una las cosas que fueron hechas delante de sus propios ojos, lo que él muestra claramente al omitir la pasión de Pedro, y también la salida de Pablo al partir de la Ciudad para España.

En cuanto a las cartas de Pablo, ellas mismas muestran a los que deseen entender desde qué lugar y con cuál fin fueron escritas. En primer lugar [escribió] a los Corintios prohibiendo divisiones y herejías; luego a los Gálatas [prohibiendo] la circuncisión; a los Romanos escribió extensamente acerca del orden de las escrituras y también insistiendo que Cristo fuese el tema central de éstas. Nos es necesario dar un informe bien argumentado de todos éstos ya que el bendito apóstol Pablo mismo, siguiendo el orden de su predecesor Juan, pero sin nombrarle, escribe a siete iglesias en el siguiente orden: primero a los Corintios, segundo a los Efesios, en tercer lugar a los Filipenses, en cuarto lugar a los Colosenses, en quinto lugar a los Gálatas, en

sexto lugar a los Tesalonicenses, y en séptimo lugar a los Romanos. Sin embargo, aunque [el mensaje] se repita a los Corintios y los Tesalonicenses para su reprobación, se reconoce a una iglesia como difundida a través del mundo entero. Porque también Juan, aunque escribe a siete iglesias en el Apocalipsis, sin embargo escribe a todas. Además, [Pablo escribe] una [carta] a Filemón, una a Tito, dos a Timoteo, en amor y afecto; pero han sido santificadas para el honor de la iglesia universal en la regulación de la disciplina eclesiástica.

Se dice que existe otra carta en nombre de Pablo a los Laodicenses, y otra a los Alejandrinos, [ambos] falsificadas según la herejía de Marción, y muchas otras cosas que no pueden ser recibidas en la iglesia universal, ya que no es apropiado que el veneno se mezcle con la miel.

Pero la carta de Judas y las dos superscritas con el nombre de Juan han sido aceptadas en la [iglesia] universal; la Sabiduría también, escrita por los amigos de Salomón en su honor. El Apocalipsis de Juan también recibimos, y el de Pedro, el cual algunos de los nuestros no permiten ser leído en la iglesia. Pero el Pastor fue escrito por Hermas en la ciudad de Roma bastante recientemente, en nuestros propios días, cuando su hermano Pío ocupaba la silla del obispo en la iglesia de la ciudad de Roma; por lo tanto sí puede ser leído, pero no puede ser dado a la gente en la iglesia, ni entre los profetas, ya que su número es completo, ni entre los apóstoles al final de los tiempos.

Pero no recibimos ninguno de los escritos de Arsino o Valentino o Miltiado en absoluto. También han compuesto un libro de salmos para Marción [éstos rechazamos] junto con Basildo [y] el fundador asiático de los Catafrigios».

Entre los aspectos a destacar de este fragmento, está la perspectiva eclesial que mantiene, pues se habla de una «iglesia universal», opuesta a ciertas personas como Marción y otros. Asimismo, se mencionan algunos libros con dificultad para ser aceptados en el canon, pero que están presentes en la lista, como el libro de la Sabiduría, «escrito por los amigos de Salomón». Finalmente, aunque se discute el tiempo en que fue escrito este fragmento, podría ayudar la mención del Pastor de Hermas, escrito, por cierto, para ser leído en la Iglesia, más no para ser dado a la gente, dando a entender una especie de cierre del canon para este tiempo (sea en el s. II o en el IV) [24].

### 3.2.4 San Agustín

San Agustín nació en el 354 en Tagaste, ciudad del África romana. A los 11 años fue mandado a la escuela donde aprendió literatura latina. A los 17 se fue a Cartago donde estudió Retórica. Comenzó a enseñar gramática en Tagaste del 373 al 374 y después se trasladó a Cartago a enseñar Retórica. En 383 se fue a Roma

[24] La fecha es discutida, por ejemplo, G. M. Hahneman y otros, sitúan su origen en el s. IV. Cf. G. M. HAHNEMAN, «The Muratorian Fragment and the Origins of the New Testament Canon», 415.

para establecer allí una escuela. Enseguida se fue a Milán donde conoció a san Ambrosio, experto en retórica y muy amigable, según san Agustín. A los 31 años, se convirtió al cristianismo y en el 387 fue bautizado. En el 391 fue ordenado sacerdote en Hipona Regius, y después en 395 fue nombrado obispo coadjutor de Hipona. Poco más tarde se quedó como responsable de la sede hasta que murió en 430.

En el 397, siendo ya Obispo de Hipona, escribió la obra *De Doctrina Christiana*, donde presentó una lista de libros reconocidos como «canónicos»:

> «El más diligente investigador de las Sagradas Escrituras será, en primer lugar, el que las hubiere leído íntegramente y las tenga presentes, si no en la memoria, a lo menos con la constante lectura, sobre todo aquellas que se llaman canónicas. Porque las demás las leerá con más seguridad una vez instruido en la fe de la verdad, y así no se adueñarán de su débil ánimo, ni perjudicarán en algo contra la sana inteligencia burlándose de él con peligrosas mentiras y falsas alucinaciones. En cuanto a las Escrituras canónicas, siga la autoridad de la mayoría de las Iglesias católicas, entre las cuales sin duda se cuentan las que merecieron tener sillas apostólicas y recibir cartas de los apóstoles. El método que ha de observarse en el discernimiento de las Escrituras canónicas es el siguiente: Aquellas que se admiten por todas las Iglesias católicas, se antepongan a las que no se acepten en algunas; entre las que algunas Iglesias no admiten, se prefieren las que son aceptadas por las más y más graves Iglesias, a las que únicamente lo son por las menos y de

menor autoridad. Si se hallare que unas son recibidas por muchas Iglesias y otras por las más autorizadas, aunque esto es difícil, opino que ambas se tengan por de igual autoridad.

El canon completo de las Sagradas Escrituras, sobre el que ha de versar nuestra consideración, se contiene en los libros siguientes: Los cinco de Moisés, a saber: el Génesis, el Éxodo, el Levítico, los Números, y el Deuteronomio; un libro de Jesús hijo de Nave; uno de los Jueces; un librito que se titula de Ruth, el cual parece más bien que es el principio de los Reyes; siguen los cuatro de los Reyes y dos de Paralipómenos que no siguen desligados a los de los Reyes, sino que, como compañeros, marchan juntos. Estos libros son la historia que contiene los tiempos enlazados entre sí y los sucesos, ordenados, acaecidos en tales tiempos. Hay otras historias de distinta clase que no tienen conexión con el orden de sucesos anteriores; ni se relacionan entre sí, como son los libros de Job, de Tobías, de Ester y de Judit y los dos libros de los Macabeos, y los dos de Esdras, los cuales parece que siguen más bien el orden de aquella historia que termina con los libros de los Reyes y Paralipómenos. Siguen los profetas, entre los cuales se encuentra un libro de Salmos de David; tres de Salomón: los Proverbios, el Cantar de los cantares y el Eclesiastés; los otros dos libros, de los cuales uno es la Sabiduría y el otro el Eclesiástico, se dicen de Salomón por cierta semejanza, pero comúnmente se asegura que los escribió Jesús hijo de Sirach, y como merecieron ser recibidos en la autoridad canónica, deben contarse entre los proféticos.

Los restantes libros son de aquellos que propiamente se llaman profetas. Doce son los libros de los profetas, correspondiendo cada uno a cada profeta; pero como se enlazan entre sí y nunca han estado separados, se cuentan por

> un libro. Los nombres de los profetas son: Oseas, Joel, Amos, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías. A estos siguen otros cuatro profetas, cada uno con su libro de mayor volumen: Isaías, Jeremías, Daniel y Ezequiel. En estos cuarenta y cuatro libros, se encierra la autoridad del Viejo Testamento.
>
> La del Nuevo Testamento se contiene en los cuatro libros del Evangelio según San Mateo, según San Marcos, según San Lucas y según San Juan; en las catorce Epístolas de san Pablo, una a los romanos, dos a los corintios, una a los gálatas, una a los efesios, una a los filipenses, dos a los tesalonicenses, una a los colosenses, dos a Timoteo, una a Tito, una a Filemón, y una a los hebreos; en las dos de San Pedro; en las tres de San Juan; una de San Judas y en otra de Santiago; en un libro de los Hechos Apostólicos y en otro de San Juan titulado Apocalipsis»[25].

San Agustín presenta en su lista los libros que fueron reconocidos por el Concilio de Cartago en el 397. Ciertamente que, contrario a San Jerónimo, San Agustín tuvo en gran valor la traducción griega, a la que llamó «la autoridad más importante» (*gravissima auctoritas*)[26]. En la lista de San Agustín falta el libro de Baruc y Lamentaciones, que seguramente estaban unidos al libro de Jeremías. De ahí que mencione 44 libros del Antiguo Testamento.

---

[25] SAN AGUSTÍN, *De Doctrina Christiana*, VIII, 12.
[26] Cf. SAN AGUSTÍN, *Carta* 28.2

## 4. Sínodos y Concilios

Un Concilio puede definirse como la congregación de todo el colegio Episcopal, es decir, Obispos, a la que son invitados todos los Obispos que se encuentran en comunión entre sí y en comunión con Roma. Algunos se denominan ecuménicos en cuanto asiste la mayoría de Obispos, y otros más bien son considerados como sínodos regionales[27].

### *4.1 Sínodos*

El primer Sínodo importante a considerar para la cuestión del Canon es el de Hipona (393). El contexto de esta reunión estuvo marcado por la amistad que San Agustín tenía con Aurelio, Obispo de Cartago. Esto ayudó a que Aurelio convocara un sínodo en el que se involucrara el episcopado norteafricano para resolver ciertos problemas de la Iglesia, especialmente el donatismo.

El donatismo tuvo este nombre debido a que uno de sus más fervientes exponentes fue Donato de Casae Nigrae (en torno al 312). Entre sus doctrinas defendía que la eficacia de los sacramentos dependía del estado de gracia del ministro. De ahí que si un sacramento como el

[27] Cf. K. SCHATZ, *Los Concilios Ecuménicos*, 11-12.

bautismo y el orden eran conferidos por un hereje, entonces no eran válidos. El rigorismo que los donatistas mantenían, los llevó más tarde a constantes problemas con los gobernadores romanos[28].

Sin embargo, en un momento dado, algunos quisieron regresar a la Iglesia de la que se habían separado. En este Sínodo de Hipona precisamente se trató la cuestión del paso de los obispos y presbíteros donatistas a la Iglesia. Y además, se consideró el asunto del canon, con la intención de establecer los libros considerados como Sagrada Escritura.

San Agustín, predicador en el Concilio de Hipona, seguramente fue uno de los que apoyó la elaboración de la lista. En este caso, teniendo en gran consideración a la versión griega, había gran probabilidad de que el canon amplio fuera aceptado. Una prueba del valor que San Agustín daba a esta versión es la citación repetida de una frase del libro de los Proverbios, versión Septuaginta, para iluminar la polémica con los donatistas: «Abstente del agua ajena y no bebas de la fuente ajena (Ab aqua aliena abstine te, et de fonte alieno ne biberis; ἀπὸ δὲ ὕδατος ἀλλοτρίου ἀπόσχου καὶ ἀπὸ πηγῆς ἀλλοτρίας μὴ πίῃς)» (Prov 9,18)[29], con la intención de conservar la unidad en un solo bautismo.

---

[28] Cf. B. LLORCA, *Historia de la Iglesia*, I, 379-380.
[29] Cf. S. AGUSTÍN, *Carta a Macrobio*, 108.

Al final, los libros aceptados en el Sínodo fueron los siguientes:

> «Se ha decidido que fuera de las Escrituras canónicas, nada se lea en la Iglesia bajo el nombre de Escrituras divinas. Ahora bien, las Escrituras canónicas son: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, Jueces, Rut, cuatro libros de los Reyes, dos libros de los Paralipómenos, Job, Salterio de David, cinco libros de Salomón, (Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Sabiduría, Sirac), doce libros de los profetas, Isaías, Jeremías, Daniel, Ezequiel, Tobías, Judit, Ester, dos libros de Esdras, dos libros de los Macabeos» (canon 36).

El Sínodo, con esto, reafirmó la doctrina expuesta en el Sínodo de Laodicea (363) y manifestada también por el Papa Dámaso I en el año 382.

El III Sínodo de Cartago (397) confirmó, a su vez, la lista del Concilio de Hipona:

> «[Se acordó] que, fuera de las Escrituras canónicas, nada se lea en la Iglesia bajo el nombre de Escrituras divinas, Ahora bien, las Escrituras canónicas son: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, Jueces, Rut, cuatro libros de los Reyes, dos libros de los Paralipómenos, Job, Salterio de David, cinco libros de Salomón, doce libros de los profetas, Isaías, Jeremías, Daniel, Ezequiel, Tobías, Judit, Ester, dos libros de los Macabeos. Del Nuevo Testamento: Cuatro libros de los Evangelios, un libro de Hechos de los Apóstoles, trece Epístolas de Pablo Apóstol, del mismo una a los Hebreos, dos de Pedro, tres de Juan , una de Santiago, una de Judas, Apocalipsis de Juan. Sobre la confirmación de este canon consúltese

la Iglesia transmarina. Sea lícito también leer las pasiones de los mártires, cuando se celebran sus aniversarios» (Canon 36 o 47).

El IV Sínodo de Cartago (419) reafirmó lo establecido por los anteriores:

«Que fuera de las Escrituras canónicas, nada se lea en la Iglesia bajo el nombre de Escrituras divinas.

Las Escrituras Canónicas son las siguientes: cinco libros de Moisés, a saber: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio; Jesús Navé, uno de los Jueces, cuatro libros de los Reinos, juntamente con Rut, dieciséis libros de los Profetas, cinco libros de Salomón, el Salterio. Igualmente, de las historias: un libro de Job, un libro de Tobías, uno de Ester, uno de Judit, dos de los Macabeos, dos de Esdras, dos libros de los Paralipómenos. Igualmente, del Nuevo Testamento: cuatro libros de los Evangelios, catorce cartas de Pablo Apóstol, tres cartas de Juan [v. 48 y 92], dos cartas de Pedro, una carta de Judas, una de Santiago, los Hechos de los Apóstoles y el Apocalipsis de Juan.

Sea lícito también leer las pasiones de los mártires, cuando se celebran sus aniversarios.

"Permite que esto sea enviado a nuestro hermano y compañero obispo (Papa) Bonifacio, y a los otros obispos de esa región, para que confirme este canon, ya que estas son las cosas que hemos recibido de nuestros padres para ser leídas en la Iglesia".

[Este es el Canon xxxvj. De Hiponia, 393. La última frase permitiendo la lectura de la "pasión de los Mártires" en sus aniversarios es omitida para el código africano] (Canon 24, en griego 27).

En realidad, era posible que esta postura de los Sínodos del norte de África, fuera aceptada un día por las demás Iglesias, especialmente la de Roma. Esto era probable, pues, en realidad, muchos Escritores Eclesiásticos y Padres de la Iglesia también habían reconocido cierto estatuto de Sagrada Escritura a los libros transmitidos únicamente en griego.

En el caso del libro de Tobit, Hipólito de Roma fue el primero en referirse a él como canónico[30], perspectiva compartida por Hilario de Poitiers, San Agustín, Inocencio I, Pseudo Gelasio, Casiodoro e Isidoro de Mileto[31].

Con respecto a Judith, aunque hay limitaciones en la Vulgata en relación con el texto griego, la versión latina fue recibida como Escritura por la Iglesia antigua de Occidente y jugó un papel muy importante para ayudar a la Iglesia a ver en Judith un tipo de Cristo, un tipo de María, y un tipo de la Iglesia[32].

Además, Clemente de Roma propuso a Judith como un ejemplo de amor valiente (1 Cor 55). San Jerónimo la consideró una viuda santa y tipo de la Iglesia[33] y en otro lugar describe a Judith como tipo de María[34].

---

[30] Cf. *Comentario a Daniel* 1,28.
[31] Cf. C. A. MOORE, *Tobit*, 53.
[32] Cf. S. D. RYAN, «The Ancient Versions of Judith and the Place of the Septuagint in the Catholic Church», 9.
[33] Cf. *Carta a Salvina*, 79.10; *Carta a Furia*, 54.16.
[34] Cf. *Carta a Eustoquio*, 22.21.

El Libro del Eclesiástico fue citado por los Padres de la Iglesia, tanto en su forma breve (GrI) como larga (GrII y Vetus Latina)[35]. Clemente de Alejandría cita en griego Eclo 26,22[36] añadiendo «según la Escritura»; y Cipriano de Cartago cita en latín Eclo 24,25b: «como dice la Escritura»[37]. San Jerónimo cita más de cuarenta veces este libro (sobre todo GrI en latín) y San Juan Crisóstomo cita el texto largo de Eclo 2,5c[38]. Por último, Agustín cita tanto la forma breve del libro (Eclo 15,11-17)[39], como la versión larga (Eclo 3,7a).

Con respecto al libro de la Sabiduría, es citado por Clemente de Roma[40]. Clemente de Alejandría, por su parte lo consideró como Escritura[41]. Orígenes admite que la autoridad de este libro no es reconocida por todos, pero lo cita en sus argumentaciones[42]. San Agustín lo cita muchísimas veces[43]. Y los libros de los Macabeos son citados por San Agustín, Cipriano, Teodoreto, entre otros[44].

---

[35] Cf. N. CALDUCH-BENAGES, «Il Siracide un libro molto particulare», 134-135.
[36] Cf. *El Pedagogo* 2,98,2.
[37] Cf. *A Quirino* 2,1.
[38] Cf. *Contra los judíos*, 8,6.
[39] Cf. *La gracia y el libre arbitrio*, 1,2,3.
[40] Cf. *Carta a los Corintios* 27.
[41] Cf. *Strom.*, 5.108.2.
[42] Cf. *De Principiis*, 4.4.6.
[43] Cf. D. WINSTON, *The Wisdom of Salomon*, 65-68.
[44] Cf. J. A. GOLSTEIN, *II Maccabees*, 128.

### *4.2 Concilios de Florencia y Trento*

Un Concilio importante para la aceptación del canon amplio es el de Florencia (1438-1445). Entre sus características, está el de haber sido un Concilio de la unión. El Papa esperaba unirse a la Iglesia de Oriente y la de Oriente con el Papa. Ambos grupos, griegos y latinos llegaron a Florencia, pero se sentaron en dos filas frente a frente. El Papa Eugenio IV recibió un puesto en alto al frente de los latinos y la «presidencia» en la cabecera la ocupó significativamente Cristo, representado en la figura del Libro de los Evangelios.

La discusión más larga en este Concilio se dio cuando se reflexionó sobre el *filioque*. Juan de Montenegro y el arzobispo Besarion de Nicea expusieron que los santos y los padres latinos hablaban de la procedencia del Espíritu Santo «del Padre y del Hijo», mientras que los Padres griegos preferían «por el Hijo».

Otra cuestión tratada fue la del primado. Los griegos querían que la sede romana fuera la primera de la pentarquía, pero finalmente se llegó al compromiso de una yuxtaposición. El Papa seguiría teniendo el primado sobre todo el Orbe al ser el sucesor de Pedro, pero también los demás patriarcas tendrían un orden reconocido. El patriarca de Constantinopla

sería el segundo, después del de Roma, enseguida el de Alejandría, el cuarto el de Antioquía y el quinto el de Jerusalén[45].

Para el tema que se está tratando sobre el canon, el momento importante fue cuando se discutió sobre la unión con los coptos (sesión 11, 4 de febrero de 1442). Aquí fue necesario exponer la doctrina de la Iglesia y presentar además una lista de los libros considerados como Sagrada Escritura:

> «Nosotros, por lo tanto, a quienes Dios ha dado la labor de alimentar el rebaño de Cristo, tuvimos al abad Andrés, cuidadosamente examinado por algunos hombres sobresalientes de este Concilio sagrado en los artículos de la fe, los sacramentos de la Iglesia y ciertos otros temas pertinentes a la salvación. A lo largo, después de una exposición de la fe Católica al abad, tanto como fuera necesario, y su humilde aceptación de la misma, hemos entregado en el nombre de nuestro Señor en esta solemne sesión, con la aprobación de este sagrado Concilio Ecuménico de Florencia, la siguiente verdadera y necesaria doctrina:
>
> "Firmísimamente cree, profesa y predica que el solo Dios verdadero, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es el creador de todas las cosas, de las visibles y de las invisibles; el cual, en el momento que quiso, creó por su bondad todas las criaturas, lo mismo las espirituales que las corporales; buenas, ciertamente, por haber sido hechas por el sumo bien, pero mudables, porque fueron hechas de la nada; y afirma que no hay naturaleza alguna del mal, porque toda naturaleza, en cuanto es naturaleza, es buena.

[45] Cf. K. SCHATZ, *Los concilios ecuménicos*, 147-149.

> Profesa que uno solo y mismo Dios es autor del Antiguo y Nuevo Testamento, es decir, de la ley, de los profetas y del Evangelio, porque por inspiración del mismo Espíritu Santo han hablado los Santos de uno y otro Testamento. Los libros que ella recibe y venera, se contienen en los siguientes títulos:
> Del antiguo Testamento, cinco de Moisés: es a saber, el Génesis, el Éxodo, el Levítico, los Números, y el Deuteronomio; el de Josué; el de los Jueces; el de Ruth; los cuatro de los Reyes; dos del Paralipómenon; el primero de Esdras, y el segundo que llaman Nehemías; el de Tobías; Judith; Esther; Job; el Salterio de David de 150 salmos; los Proverbios; el Eclesiastés; el Cántico de los cánticos; el de la Sabiduría; el Eclesiástico; Isaías; Jeremías con Baruch; Ezequiel; Daniel; los doce Profetas menores, que son; Oseas; Joel; Amos; Abdías; Jonás; Micheas; Nahum; Habacuc; Sofonías; Ageo; Zacharías, y Malachías, y los dos de los Macabeos, que son primero y segundo.
> Del Testamento nuevo, los cuatro Evangelios; es a saber, según san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan; los hechos de los Apóstoles, escritos por san Lucas Evangelista; catorce Epístolas escritas por san Pablo Apóstol; a los Romanos; dos a los Corintios; a los Gálatas; a los Efesios; a los Filipenses; a los Colosenses; dos a los de Tesalónica; dos a Timoteo; a Tito; a Philemon, y a los Hebreos; dos de san Pedro Apóstol; tres de san Juan Apóstol; una del Apóstol Santiago; una del Apóstol san Judas; y el Apocalipsis del Apóstol san Juan”».

Debido a las dificultades originadas en el Concilio de Florencia, sobre todo con respecto a la unión de latinos y griegos, el Concilio de Trento tuvo que manifestar de

nuevo cuáles libros debían ser aceptados como Sagrada Escritura. Algunos incluso opinaban que no había quedado suficientemente claro que la lista de libros fuera un Decreto Conciliar y, por lo tanto, era necesario volver a proclamar esta doctrina en un Concilio como el de Trento.

Ahora bien, también hay que decir que las circunstancias eran totalmente diferentes. El Concilio de Trento se enfrentaba al protestantismo y la Sagrada Escritura era uno de los temas principales en la agenda. De hecho, para poner más fuego a esto, los miembros de la Liga de Esmacalda no quisieron participar en este Concilio, argumentando que no era «libre», ya que estaba bajo la dirección del Papa; y tampoco era «cristiano», porque no reconocía la Escritura como norma. Finalmente, no tenía lugar en suelo alemán, sino en Italia[46].

Según algunos, no tenía caso buscar la unidad con los protestantes, y en este sentido eran pesimistas. Pero según otros, era la oportunidad de volver a reflexionar sobre algunos puntos de la doctrina católica como la relación entre Sagrada Escritura y Tradición, los Libros reconocidos como Sagrada Escritura, y lo referente a las traducciones a lenguas vernáculas, es decir, la que cada pueblo hablaba.

---

[46] Cf. K. SCHATZ, *Los Concilios Ecuménicos*, 167.

Con respecto a la relación entre Sagrada Escritura y Tradición, se utilizó la fórmula *pari pietatis affectu ac reverentia*. Con esto se quiso decir que tanto la Sagrada Escritura como la Tradición gozaban de igual piedad, afecto y reverencia. Por lo tanto, ni la sola Escritura daba cuenta de todo lo que la Iglesia creía, ni tampoco la Tradición hacía lo propio dejada a su arbitrio. Ambas estaban en estrecha relación.

La Sagrada Escritura ofrecía a la tradición lo que debía reflexionar y la Tradición ofrecía al creyente la doctrina que manaba de alguna u otra forma de la Sagrada Escritura. El problema que surgía claramente era de qué manera manaban de la Escritura las doctrinas que la Tradición presentaba. A esto se darían varias respuestas hasta llegar al Concilio Vaticano II, pero mientras tanto la cuestión ya estaba en boga dentro de la Iglesia. Algunas veces se acentuaría la literalidad de la Escritura, en otras se buscaría un sentido más espiritual, y finalmente habría ocasiones en que se valoraría el testimonio de la Escritura en cuanto totalidad o a nivel canónico.

De ahí que fuera muy importante para el futuro de la Iglesia que el Concilio ofreciera la lista de libros que formaban parte de la Sagrada Escritura, lo que claramente era ya un gesto activo del papel de la Tradición. En este caso, a diferencia

de la oscilación de San Jerónimo entre un canon breve y uno largo, la Iglesia optó por la opción de San Agustín y los Concilios anteriormente mencionados norteafricanos y el de Florencia. Es decir, la lista definitiva de libros reconocidos como Sagrada Escritura serían los del canon amplio.

> «Del Antiguo Testamento, cinco de Moisés: es a saber, el Génesis, el Éxodo, el Levítico, los Números, y el Deuteronomio; el de Josué; el de los Jueces; el de Ruth; los cuatro de los Reyes; dos del Paralipómenon; el primero de Esdras, y el segundo que llaman Nehemías; el de Tobías; Judith; Esther; Job; el Salterio de David de 150 salmos; los Proverbios; el Eclesiastés; el Cántico de los cánticos; el de la Sabiduría; el Eclesiástico; Isaías; Jeremías con Baruc; Ezequiel; Daniel; los doce Profetas menores, que son; Oseas; Joel; Amos; Abdías; Jonás; Miqueas; Nahum; Habacuc; Sofonías; Ageo; Zacarías, y Malaquías, y los dos de los Macabeos, que son primero y segundo.
>
> Del Testamento nuevo, los cuatro Evangelios; es a saber, según san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan; los hechos de los Apóstoles, escritos por san Lucas Evangelista; catorce Epístolas escritas por san Pablo Apóstol; a los Romanos; dos a los Corintios; a los Gálatas; a los Efesios; a los Filipenses; a los Colosenses; dos a los de Tesalónica; dos a Timoteo; a Tito; a Filemón, y a los Hebreos; dos de san Pedro Apóstol; tres de san Juan Apóstol; una del Apóstol Santiago; una del Apóstol san Judas; y el Apocalipsis del Apóstol san Juan»[47].

[47] Probablemente Lamentaciones esté incluido en Jeremías.

El siguiente problema que enfrentó el Concilio fue el de las traducciones. Ya que estaba el Canon, lo que seguía era aprobar o no las traducciones a lengua vernácula. El Concilio sabía que en algunos países como Italia y Alemania se habían hecho traducciones. Pero también era consciente de que en Inglaterra, Francia y España había dificultades para aceptar otra traducción que no fuera la latina. De ahí que el Concilio optó por ofrecer una versión «oficial»: la Vulgata, es decir la Biblia en latín.

> «Si alguno, pues, no reconociere por sagrados y canónicos estos libros, enteros, con todas sus partes, como ha sido costumbre leerlos en la Iglesia católica, y se hallan en la antigua versión latina llamada Vulgata; y despreciare a sabiendas y con ánimo deliberado las mencionadas tradiciones, sea excomulgado»[48].

El problema era entender si el Concilio quería que todas las Iglesias leyeran la Vulgata o de la Vulgata hacer las traducciones. Tampoco se negó la posibilidad de hacer ediciones en griego o hebreo, como lo muestra la orden del Papa Sixto V[49], años después del Concilio, o incluso la obra realizada en España denominada Biblia Complutense,

---

[48] Sesión IV, 8 de abril de 1546. Cf. J. COLLANTES, *La fe de la Iglesia Católica*, 95.

[49] Cf. F. J. CREHAN, «The Bible in Roman Catholic Church from Trent to the Present Day», 207-208.

elaborada antes del Concilio[50]. De hecho, esta problemática continuaría en los siglos posteriores hasta que después del Concilio Vaticano II surgirían los diversos leccionarios que actualmente se leen en la mayoría de las Iglesias[51]:

> «En la asamblea litúrgica, la palabra de Dios debe proclamarse siempre con los textos latinos preparados por la Santa Sede o con las traducciones en lengua vernácula aprobadas para el uso litúrgico por las Conferencias Episcopales, según las normas vigentes» (111).
>
> «La indicación del texto (esto es del capítulo y de los versículos) se da siempre según la edición de la nueva Vulgata, exceptuando los salmos; a veces se añade una segunda indicación al texto original (hebreo, arameo o griego), siempre que haya discrepancia» (119).

A raíz de todo esto, lo que sí es importante destacar es que con el Concilio de Trento empezó también en la Iglesia Católica una preocupación por la lectura de la Biblia, y sobre todo por una lectura que tuviera en cuenta una acertada interpretación, porque la experiencia que se estaba viviendo, sobre todo en países donde florecía y se desarrollaba el protestantismo, era que la lectura de la Biblia estaba siendo más bien el arma para separar a las Iglesias.

---

[50] Cf. B. HALL, «Biblical Scholarship: Editions and Commentaries», 54-59.

[51] Cf. *Prenotandos* en *Leccionario I. Adviento-Pentecostés*, XLVI-XLVII.

Asimismo, el Concilio de Trento también mostró que faltaban muchas cuestiones por resolver, sobre todo doctrinas teológicas y políticas que estaban detrás de las interpretaciones bíblicas que se estaban haciendo, y era necesario poner manos a la obra cuanto antes para intentar dar una respuesta. En este sentido, se puede decir que la Reforma fue una oportunidad para que en la Iglesia Católica resurgiera la pregunta por las cosas que se estaban haciendo bien o que se estaban haciendo mal, tanto a nivel teológico-bíblico, como político y pastoral.

## 5. La Biblia y la Reforma

A la luz de lo visto, y teniendo en cuenta la celebración de los 500 años de la Reforma, es necesario conocer algunos aspectos de los Reformadores y sus propuestas bíblicas, aunque acentuando un hilo conductor: la aceptación final por parte de las Biblias protestantes del canon breve.

¿Qué había pasado en la Iglesia para que se tuviera que establecer el canon definitivo en un Concilio de tal magnitud como el de Trento? Por una parte, la herencia de San Jerónimo sobre la «veritas hebraica» no se había perdido y estaba suscitando una nueva reflexión

sobre el número de libros que debían formar parte de la Biblia y también la pregunta sobre si todos los libros de la Biblia tenían la misma autoridad. Por otra parte, el descontento con ciertas actitudes y doctrinas de la Iglesia de Roma acabarían por suscitar un buen número de Reformadores y con ellos, de nuevas ediciones de la Biblia.

Entre los reformadores, destacan John Whycliff en Inglaterra, Ulrico Zwinglio en Suiza, Martín Lutero en Alemania, y Juan Calvino en Ginebra.

### *5.1 La Biblia de John Whycliff*

John Whycliff nació en 1320 y murió en 1384. Vivió en Yorkshire (Inglaterra) y después viajó a Oxford para estudiar Teología en torno al 1345. Años después, en 1370, llegó a ser profesor de Oxford. Debido a sus problemas con el Papa y las alianzas con el rey, fue llamado a juicio en varias ocasiones. Los objetivos que tenía era que la Iglesia renunciara a las pretensiones temporales, y llegara a ser una Iglesia espiritual cuya norma suprema fuera la Sagrada Escritura.

Motivado por esto, en 1378, empezó junto con sus amigos de Oxford la traducción de la Biblia del latín al inglés. En el prólogo de esta Biblia comienza diciendo que hay 25 libros del Antiguo

Testamento considerados como libros de fe. Fuera de estos libros, los demás son apócrifos, sin autoridad, y más bien para edificar a la gente, y no para confirmar la autoridad de la santa Iglesia. Llama la atención que la autoridad que cita en este prólogo Whycliff para fundamentar lo que va diciendo es San Jerónimo. Como se había dicho, al acentuar demasiado el valor de los libros hebreos, San Jerónimo había dejado abierta la posibilidad de volver un día a ponerlos por encima de los demás[52].

### *5.2 La Biblia de Ulrico Zuinglio*

Ulrico Zuinglio nació en Wildhaus, Suiza, el 1 de enero de 1484 y murió el 11 de octubre de 1531. Realizó sus estudios en la Universidad de Basilea, donde obtuvo el doctorado en 1506. Enseguida sirvió como presbítero en Glarus. Más tarde, enviado a Zürich, empezó en 1519 a explicar los evangelios a los feligreses. En el año 1525 inició un instituto teológico en Grossmünster, y para retribuir al personal docente, tuvieron que reducir a los canónigos de la catedral de 24 a 18. En este instituto fue nombrado profesor de hebreo Jacobo Ceporino en enero de 1525, el cual había sido discípulo de Reuchlin.

[52] Cf. S. L. GREENSLADE, «English Versions of the Bible, 1525-1611», 168-169.

La muerte lo sorprendió y fue sustituido por el franciscano Conrado Pellikan.

Se cuenta que en lugar del rezo coral de la mañana, desde el 19 de junio de 1525, Zuinglio ofrecía diariamente, a las ocho de la mañana, lecciones sobre el Antiguo Testamento, a las que asistían párrocos, predicantes, canónigos, capellanes y alumnos mayores. La intención era la formación y complemento de la formación de predicadores, favoreciendo así el nacimiento de la «Biblia de Zurich»[53].

En 1543 apareció la versión latina de esta Biblia y el responsable principal de la traducción fue Leo Jud. Esta obra incluyó una traducción de los apócrifos hecha por Petrus Cholinus, y del Nuevo Testamento por Gualther basado en el latín de Erasmo de Rotterdam[54]. En 1531 fue terminada esta edición. En la presentación de los libros que integraron esta Biblia se hizo una valoración de los libros transmitidos únicamente en griego[55]:

> Se llaman libros eclesiásticos o hagiógrafos, y escritos sagrados, y aunque no tienen una autoridad idónea para que vengan utilizados en

---

[53] Cf. E. ISERLOH – J. GLAZIK – H. JEDIN, «Reforma, Reforma Católica y Contrarreforma», 252-253.

[54] Cf. B. HALL, «Biblical Scholarship: Edition and Commentaries», 71.

[55] «Ecclesiasticos libros etiam Hagiographa nominant et sancta scripta quae et si non habent idoneam authoritatem roborandi ea quae in contentionem veniunt, ut canonici scriptores, non tamen rejciuntur ut Apocrypha qualis fuit prophetia Eldad et Meldad, Ascensio Mosis, Apocalypsis Heliae, et multa id genus maligni spiritus comenta» (*Zurich Latin Bible o Biblia sacrosancta*, 158)».

> contienda, en cuanto escritores canónicos, no han de ser rechazados, como los Apócrifos, es decir, Profecía de Eldad y Meldad, la Ascensión de Moisés, el Apocalipsis de Elías, y gran parte de ese tipo de espíritu maligno.

Los traductores son conscientes de que hay libros no reconocidos por los hebreos, pero que al ser trasmitidos por la Iglesia pueden ser llamados con toda razón: Eclesiásticos. No les parece que el término apócrifos sea apropiado, reservado más bien a libros que no fueron valorados ni en el ámbito judío ni en el de la Iglesia para formar parte del canon. Ahora bien, aunque siguen siendo traducidos y presentados en esta Biblia, ocupan un lugar posterior a los libros «canónicos», y no parecen aptos para llevarlos a contiendas, como si sucede con los libros «canónicos».

### *5.3 La Biblia de Lutero*

Martín Lutero nació en Eisleben en 1483. Estudió filosofía en la Universidad de Erfurt. En 1505 entró en el convento de los agustinos eremitas observantes. Y un año después hizo la profesión religiosa sin vacilación y enteramente contento. A partir de aquí comenzó con el estudio de la Teología y en 1507 fue ordenado sacerdote. En 1508 fue nombrado profesor de Filosofía en la Universidad de Wittenberg, pero siempre se dedicó más a

la Sagrada Escritura, preparándose para suceder en la cátedra a Staupitz. Efectivamente, en 1509, alcanzó el grado de bachiller en Sagrada escritura y el 18 de octubre de 1512 el Doctorado[56].

Durante los años de 1513 a 1517 ofreció cursos sobre los Salmos, la Carta a los Romanos, a los Gálatas y a los Hebreos. Poco a poco fue dominado por la necesidad de saber si tendría salvación eterna y cómo conseguirla. Y entonces, gracias a la interpretación que realizaba de la Biblia, creyó encontrar en los méritos de Cristo la fuente de la salvación. Ahora bien, el problema era conjugar esto con las doctrinas y prácticas que la Iglesia proponía[57].

La bula que el Papa León X (1513-1521) promulgó en 1515 y el asunto de las indulgencias con el objetivo de reunir fondos para la construcción de la Basílica de San Pedro de Roma, provocó enojo y desilusión en Lutero, a tal grado que en la víspera de Todos los Santos, en 1517, promulgó 95 tesis en las que se oponía a muchas situaciones y doctrinas originadas por aquella Bula. Destacan las tesis contrarias sobre todo a la figura del Papa y a diversas prácticas de la Iglesia, pero durante los debates algo se podría haber alcanzado si se hubieran tenido en cuenta

---

[56] Cf. R. GARCÍA VILLOSLADA – B. LLORCA, *Historia de la Iglesia Católica*, III, 663-665.
[57] Cf. *Ibid.*, 665-666.

más las tesis de este tipo «Las indulgencias apostólicas deben predicarse con cautela para que el pueblo no crea equivocadamente que deban ser preferidas a las demás buenas obras de caridad» (Tesis 41). Por ahí hubiera habido mejores caminos de reconciliación y no las disputas y separaciones que vinieron en los años siguientes.

Ya en plena confrontación con la Iglesia, Lutero preparó una edición de la Biblia en alemán, realizada con el apoyo de varios reformadores y publicada en 1534. Aunque se incluyeron los libros deuterocanónicos entre el Antiguo y el Nuevo Testamento [58], sus comentarios fueron despectivos, quizá motivados por su teología de la gracia, en la que destacaba sobre todo la obra de Dios y casi nada la del hombre[59].

A la postre, quiérase o no, esto influiría para que, años más tarde, los libros deuterocanónicos dejaran de formar parte de las Biblias protestantes.

---

[58] Cf. S. FÜSSEL, *The Luther Bible of 1534*, 43.

[59] Comentando la *Carta a los Gálatas*, Lutero escribe: «Emprendo la explanación de la epístola a los Gálatas, no porque intente decir cosas nuevas e incógnitas..., sino porque existe un gravísimo y próximo peligro de que el diablo introduzca de nuevo la doctrina de las obras y leyes humanas... si perece este nuestro artículo (de la fe), todos nuestros dogmas se derrumban; si él florece, todo queda salvado: la noción de sacrificio, de culto, de religión» (WA 40.1. p. 39. Citado por R. GARCÍA VILLOSLADA, *Martín Lutero*, II, 407).

Sobre el libro del Eclesiástico, afirmaba: «Pero la pregunta es: qué puede el libre albedrío "por sí mismo", cuál es la esencia de la libertad del albedrío. Si esta pregunta se ha de resolver, del libre albedrío no quedará más que la palabra vacía, quieran o no. También en esto fracasan los sofistas: en que atribuyen al libre albedrío la fuerza de discernir lo bueno, y desdeñan [premunt] la regeneración y renovación en el Espíritu, asignándole, como algo externo, aquella ayuda ajena; de esto hablaré más tarde. En cuanto a la definición, basta lo que se acaba de exponer. Veamos ahora los argumentos con que se ha querido inflar a aquella vana palabrita. En primer lugar está aquel pasaje de Eclesiástico 15: "Dios desde el principio creó al hombre y le dejó en manos de su decisión. Añadió sus mandamientos y preceptos. Si quieres guardar sus mandamientos, y conservar perpetuamente una fe grata, ellos te guardarán. Ante ti he colocado el fuego y el agua; a lo que quieras, extiende tu mano. Ante el hombre está la vida y la muerte, lo bueno y lo malo; lo que le plugiere, le será dado". Aunque pudiera rechazar este libro con buenas razones, sin embargo por ahora lo acepto para no envolverme, con pérdida de tiempo, en una disputa acerca de los libros que fueron recibidos en el canon hebreo al que tú criticas con bastante mordacidad y sorna, comparando los Proverbios de Salomón y el Cántico amatorio (como tú lo llamas con ambigua ironía) con los dos libros de Esdras, con Judith, con la Historia de Susana y el Dragón y con Ester -este último, por más que lo tengan en el canon, es a juicio mío de todos los nombrados el más digno de no figurar entre los libros canónicos»[60].

[60] M. LUTERO, «La voluntad determinada», 131.

Y en relación a otros libros, apartados también más tarde del canon protestante:

> «Soy enemigo –decía– del libro de los Macabeos y del de Ester, que ojalá no existiesen, porque judaízan demasiado y tienen mucha basura pagana»[61]. Y sobre los libros de Judit y Tobías, opinaba: «El de Judit me parece una tragedia de teatro, en que se describe cómo acaban los tiranos...; el de Tobit, una comedia en que se habla de mujeres»[62].

## *5.4 De Calvino a la Confesión de Westminster*

Juan Calvino nació el 10 de julio de 1509 en Noyon (norte de París) y murió en Ginebra el 27 de mayo de 1564. Estudió Humanidades y Derecho en la Universidad de París. Obtuvo el doctorado en Derecho en Orléans. Durante estos estudios, seguramente escuchó hablar de Lefévre d' Etaples. Desde 1509 Lefévre realizaba comentarios y traducciones de la Escritura y estaba a punto de publicar la Biblia francesa[63]. Calvino también era pariente de Pierre Robert Olivetan, quien publicó la primera Biblia en francés en 1535 a partir del texto original en hebreo y griego, llamada Olivetana. Y otra influencia

---

[61] Tisch. 3391 III 302. Citado por R. GARCÍA VILLOSLADA, *Martín Lutero*, II, 404.
[62] Tisch. 475 I 208. Citado por R. GARCÍA VILLOSLADA, *Martín Lutero*, II, 404.
[63] E. DE MOREAU – P. JOURDA – P. JANELLE, «La crisis religiosa del siglo XVI», 222

fundamental fue la de Martín Lutero, quizá no directa, pero sí igual de fuerte a través de Melchior Wolmar.

En 1529 fue cuando comenzó a frecuentar las clases de Wolmar. Años más tarde, Calvino le dedicaría su comentario a la 2 Carta a los Corintios: «Debido a tu instigación y a tu influencia, preferí el estudio del griego al del derecho»[64]. Ya en París, motivado por el maestro Vatable, comenzó a estudiar hebreo. No le atraía ni el estoicismo ni el epicureísmo, tampoco satisfacer el ansia de saber sólo por saber, sino que quería encontrar un arma, unos métodos, un arte, en suma, que le permitiera escribir y discutir[65].

Calvino empieza a leer la Sagrada Escritura, pero también a apartarse de la disciplina y de las ceremonias rituales. Los problemas de su familia con el cabildo de la Catedral de Noyon lo llevaron también a un anticlericalismo. Calvino sufrirá con esta situación, pero no parece que los problemas eclesiásticos fueran decisivos, sino sobre todo sus deseos de renovación.

En una carta al cardenal Sadolet, comenta que se apartó de Roma no por los abusos eclesiásticos, sino por el estudio de la Tradición, y un convencimiento de que estaba llamado por Dios a restablecer la Iglesia en su pureza primitiva[66].

---

[64] Cf. *Ibid.*, 220.
[65] Cf. *Ibid.*, 220-221.
[66] Cf. *Ibid.*, 224.

En 1536 llegó a Ginebra, donde ya Farel, Viret y Fromment habían ganado las disputas a los católicos y habían formado el Gran Consejo. Un año antes, en 1535, habían prohibido la celebración de la Misa y ordenado que todos vivieran conforme al Evangelio[67]. Entonces lo que hizo Calvino fue dedicarse a la predicación con el título de Lector de la Sagrada Escritura y en marzo de 1537 recibió el título de Pastor. La obra que marcó el desarrollo del calvinismo fue *L'Institution de la religion chrétienne*. Sobre la Escritura y el tema que aquí atañe comenta:

> «Ha crecido entre muchos un error muy perjudicial, y es, pensar que la Escritura no tiene más autoridad que la que la Iglesia de común acuerdo le concediere, como si la eterna e inviolable, verdad de Dios estribase en la fantasía de los hombres. Porque he aquí la cuestión que suscitan no sin gran escarnio del Espíritu Santo: ¿Quién nos podrá hacer creer que esta doctrina ha procedido del Espíritu Santo? ¿Quién nos atestiguará que ha permanecido sana y completa hasta nuestro tiempo? ¿Quién nos persuadirá de que este libro debe ser admitido con toda reverencia, y que otro debe ser rechazado, si la Iglesia no da una cierta regla cierta sobre esto? Concluyen, pues, diciendo que de la determinación de la Iglesia depende qué reverencia se deba a las Escrituras, y que ella tiene autoridad para discernir entre los libros canónicos y apócrifos.
>
> De esta manera estos hombres abominables, no teniendo en cuenta más que

[67] Cf. R. GARCÍA VILLOSLADA – B. LLORCA, *Historia de la Iglesia Católica*, III, 709.

> erigir una tiranía desenfrenada a título de la Iglesia, no hacen caso de los absurdos en que se enredan a sí mismos y a los demás con tal de poder hacer creer a la gente sencilla que la Iglesia lo puede todo. Y si esto es así, ¿qué será de las pobres conciencias que buscan una firme certidumbre de la vida eterna, si todas cuantas promesas nos son hechas se apoyan en el solo capricho de los hombres? Cuando oyeren que hasta que la Iglesia lo haya determinado así, ¿podrán, por ventura, tranquilizarse con tal respuesta? Por otra parte, ¡qué ocasión damos a los infieles de hacer burla y escarnio de nuestra fe, y cuántos la tendrán por sospechosa si se creyese que tiene su autoridad como prestada por el favor de los hombres!»[68].

La influencia del calvinismo fue grande. Y como muestra la historia de la Iglesia, al final de cuentas también una Asamblea de hombres, la de Westminster, definiría qué libros formarían parte del canon y cuáles no. Siempre será difícil establecer una relación entre Biblia e Iglesia, pero inclinarse a uno de los dos extremos conducirá necesariamente a más dificultades.

En Inglaterra, por el año de 1566, algunos seguidores de esta doctrina de Calvino, rechazaron las fiestas, vestiduras sacerdotales y todo lo que sonara a Roma o al Papa. A este grupo se les llamó Puritanos. Además, rechazaron los diferentes órdenes que había establecido

---

[68] Lib. I. Cap. VII.2. Cf. J. CALVINO, *Institución de la Vida Cristiana*, 30.

Calvino y se quedaron sólo con el del Presbiterado, según ellos, conforme al cristianismo primitivo, surgiendo así el Presbiterianismo[69].

Precisamente en Inglaterra, en la abadía de Westminster, el 1 de julio de 1643 se reunieron 121 ministros que fueron convocados, incluyendo por lo menos 4 Obispos. Había 14 miembros de la Casa de los Lores, 30 miembros de los Comunes, 6 ministros de Escocia y 9 presbíteros escoceses. Había Episcopalianos Brownistas, Puritanos, Congregacionalistas, Independentistas, Presbiterianos y otros grupos[70].

En la sesión 2 de la Asamblea se trató sobre la Sagrada Escritura. Entre las afirmaciones que consideraron como el fundamento de todo lo que se diría después están: 1. La voluntad de Dios se declaró a nosotros completamente por escrito y "lo más necesario". 2. Se trata de 66 libros y sólo 66 libros. 4. Autoritativos por sí mismos e independientemente de lo que algún hombre o grupo de hombres digan. 5. Perfectamente escritos, de incomparable mérito, totalmente coherentes, glorificación de Dios, Verdad auto evidente, pero no totalmente apreciada y entendida sin la obra interna del Autor mismo sobre el lector. 6. Todo lo

---

[69] Cf. *Ibid.*, 1062-1063.

[70] Cf. The Westminster Confession of Faith [Consultado 12.12.2016].

que necesitamos conocer para conocer a Dios, esto está completo, terminado, no le falta nada de importancia y no se le puede añadir nada. 7. En todas las materias no es igualmente clara a todos los lectores; sin embargo, no puede haber error en la claridad de las materias esenciales que tienen que ver con la salvación del hombre. 8. Para que la lea cualquiera, sin importar la lengua que hable. 9. Autointerpretativa. 10. Y lo que el Espíritu Santo dice esto es, Él y sólo Él es la autoridad final.

Derivado de esto, en 1648 se realizó la Confesión de Westminster, donde quedaron definitivamente fuera de la Biblia: Judit, Tobías, Baruc, Sabiduría, Eclesiástico, I Macabeos y II Macabeos. Estos libros, según la Confesión, no tenían autoridad en la Iglesia de Dios[71]. Años después, volvió a darse una controversia sobre estos libros con motivo de la fundación de la *British and Foreign Bible Society*, el 7 de marzo de 1804. El objetivo era llevar la Biblia a todas partes, y entonces, traducción, impresión y distribución de ejemplares se volvió la tarea más importante. Por supuesto, había que decidir el número de libros que formarían parte de estas Biblias. Al principio incluyeron los siete libros en

[71] Cf. S. L. GREENSLADE, «English Versions of the Bible, 1525-1611», 169.

disputa para distribuir estas Biblias en los países donde estos libros eran aceptados. Sin embargo, por presiones de la comunidad de Escocia, seguidores de la Confesión de Westminster, dejaron fuera de la Biblia a estos libros[72]. Al final, se le prohibió a la sociedad publicar Biblias con estos libros o ayudar a otras Sociedades que lo hicieran. A partir de 1826, las Biblias surgidas de estas Sociedades, dejaron de tener los siete libros en disputa.

## Conclusión

Si en los inicios del cristianismo, el Nuevo Testamento tuvo en cuenta la versión griega de la Biblia y los Padres de la Iglesia valoraron los siete libros que al final fueron reconocidos como Sagrada Escritura en el Concilio de Trento, entonces hay que asumir la riqueza de un canon amplio. Tal vez haya contradicciones en algunas de sus afirmaciones con respecto a otros libros de la Biblia, pero eso sucede también en muchos de los que han sido aceptados sin dificultad en el canon. Lo que hay que hacer es aceptar el canon amplio y aplicar las herramientas hermenéuticas necesarias para interpretarlos en diálogo

[72] Cf. E. FENN, «The Bible and the Missionary», 388-391.

con los demás libros. Esto exigirá un esfuerzo de muchas comunidades protestantes, pero no es imposible.

El canon amplio tiene una razón de ser y corresponde al lector descubrir la riqueza que encierran estos textos, y cómo, a pesar de prejuicios «teológicos» o diversos intereses políticos y sociales, que pudieron conducir a su rechazo en el ámbito protestante, siguen teniendo en el canon católico una fuerza importante para iluminar la fe y la vida de la comunidad[73].

Algunos de estos textos son importantes en la liturgia de la Iglesia católica. Por ejemplo, la oración de Tobías y Sara ilumina la celebración del sacramento del matrimonio:

> «La noche de su boda, Tobías se levantó y le dijo a Sara: "¡Levántate, hermana! Supliquemos al Señor, nuestro Dios, que tenga misericordia de nosotros y nos proteja". Se levantó Sara y comenzaron a suplicar al Señor que los protegiera, diciendo: "Bendito seas, Dios de nuestros padres y bendito sea tu nombre por los siglos de los siglos. Que te bendigan los cielos y todas tus creaturas por los siglos de los siglos.

---

[73] Digno de mencionar es el interés de algunos biblistas protestantes de que estos libros formen parte del canon. Cf. M. S. HORTON, «Theologies of Scripture in the Reformation and Counter-Reformation. An Introduction», 83-93. Además, en los últimos años ha aumentado el interés por estos libros tanto en ámbito protestante como católico. Claros ejemplos son la creación en 2002 de la *International Society for the Study of Deuterocanonical and Cognate Literature* y de las Conferencias (2004-2009) del *Shime'on Centre for the Study of Hellenistic and Roman Age Judaism and Christianity or the Reformed Theological Academy*. Cf. N. CALDUCH-BENAGES, «L'ispirazione: il problema del corpus deuterocanonico», 244.

> Tú creaste a Adán y le diste a Eva como ayuda y apoyo, y de ambos procede todo el género humano. Tú dijiste: 'No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacer a alguien como él, para que lo ayude' ".
> "Ahora, Señor, si yo tomo por esposa a esta hermana mía, no es por satisfacer mis pasiones, sino por un fin honesto. Compadécete, Señor, de ella y de mí y haz que los dos juntos vivamos felices hasta la vejez"» (Tb 8,5-10).

O el texto del Libro de la Sabiduría, leído en las Exequias, que ilumina y es iluminado por la resurrección de Cristo:

> «Las almas de los justos están en las manos de Dios, y no los afectará ningún tormento. A los ojos de los insensatos parecían muertos; su partida de este mundo fue considerada una desgracia y su alejamiento de nosotros, una completa destrucción; pero ellos están en paz. A los ojos de los hombres, ellos fueron castigados, pero su esperanza estaba colmada de inmortalidad.
>
> Por una leve corrección, recibirán grandes beneficios, porque Dios los puso a prueba y los encontró dignos de él. Los probó como oro en el crisol y los aceptó como un holocausto. Por eso brillarán cuando Dios los visite, y se extenderán como chispas por los rastrojos. Juzgarán a las naciones y dominarán a los pueblos, y el Señor será su rey para siempre.
>
> Los que confían en él comprenderán la verdad y los que le son fieles permanecerán junto a él en el amor. Porque la gracia y la misericordia son para sus elegidos» (Sab 3,1-9).

# LA INSPIRACIÓN

La cuestión del canon apunta en definitiva a una reflexión sobre la inspiración de las Sagradas Escrituras. Ahora bien, la inspiración no es un tema sencillo, porque implica sobre todo ser muy sensibles a la forma en que está escrita la Biblia, primero para reconocer y aceptar la diversidad de textos y estilos, y después para ser capaces de reconocer también un concepto más diversificado de la inspiración. Lejos de conservar esquemas unilaterales, por ejemplo, subrayar únicamente la acción o el don de Dios, es necesario considerar también que Dios se vale de escritores humanos, pertenecientes a un contexto histórico y socio-cultural determinado para comunicar su Palabra.

Además, el proceso de inspiración, no puede quedar reducido solamente a la escritura de la Palabra, ciertamente aquí está el punto más importante, palabra inspirada escrita, pero se requiere también un lector o lectora que reciba efectivamente lo que está escrito y se esfuerce por interpretar lo que el autor sagrado ha querido comunicar.

La inspiración por lo tanto, tiene en cuenta sobre todo a Dios, pero también acentúa la palabra en cuanto escrita y, sobre todo, espera lectores y lectoras que efectivamente la reciban como Palabra de

Dios. Eso es lo que en definitiva San Pablo comunica a los Tesalonicenses: «Así que no dejamos de dar gracias a Dios, porque al oír ustedes la palabra de Dios que les predicamos, la aceptaron no como palabra humana, sino como lo que realmente es, palabra de Dios, la cual actúa en ustedes los creyentes» (1 Tes 2,13).

## 1. La inspiración de Dios

En el caso de la inspiración de Dios, es necesario señalar que la labor importante sobre todo es la que realiza el Espíritu Santo. Uno de los Documentos más importantes de la Iglesia para este tema, la Constitución Dogmática *Dei Verbum* (18 de noviembre de 1965) dice al respecto:

> «Por ello Cristo Señor, en quien se consuma la revelación total del Dios sumo, mandó a los Apóstoles que predicaran a todos los hombres el Evangelio, comunicándoles los dones divinos. Este Evangelio, prometido antes por los Profetas, lo completó El y lo promulgó con su propia boca, como fuente de toda la verdad salvadora y de la ordenación de las costumbres. Lo cual fue realizado fielmente, tanto por los Apóstoles, que en la predicación oral comunicaron con ejemplos e instituciones lo que habían recibido por la palabra, por la convivencia y por las obras de Cristo, o habían aprendido por la inspiración del Espíritu Santo, como por aquellos Apóstoles y varones apostólicos que, bajo la inspiración del mismo Espíritu, escribieron el mensaje de la salvación» (DV 7).

Los elementos que aparecen en este número de Dei Verbum son muy importantes a la hora de considerar la inspiración. En primer lugar porque se presenta en toda su amplitud el proceso por el que la Palabra llegó a ser escrita y comunicada en esa forma.

Destaca, por ejemplo, el hecho de que Cristo, efectivamente, mandó que se predicara el Evangelio (Mt 28,19), pero no enseñó todo a sus Apóstoles, como si llevaran un «recetario» de lo que debían hacer en cada circunstancia que se les presentara. Ellos, también tuvieron que aprender, y subraya el texto de la *Dei Verbum*: «por la inspiración del Espíritu Santo, a transmitir la Palabra». No se trata, pues, de una mera repetición de lo que Jesús dijo, o por la convivencia con Él de algo que hayan asumido, sino también de algo que ellos aprendieron, es decir, que investigaron, que reflexionaron, que fueron comprendiendo con el paso del tiempo sobre el misterio de Jesús. Y lo más importante: todo esto realizado por la inspiración del Espíritu Santo.

La inspiración por lo tanto, posibilita un aprendizaje y, sobre todo, un aprendizaje relacionado con la escritura. La inspiración, por lo tanto, lejos de anular las capacidades de la persona humana, o de aprovechar solamente aquellos momentos en que la conciencia se

abate, sea en el sueño o bajo otras circunstancias, suscita en la persona el deseo de saber escribir y de hacerlo de la mejor manera posible y alcanzable para comunicar la Palabra de Dios.

Asimismo, el hecho de que se subraye la labor del Espíritu Santo en el aprendizaje y escritura de la palabra por parte de los Apóstoles o varones apostólicos, pone de relieve una dimensión importante de la divinidad. Más que valerse de las personas como de instrumentos pasivos, se trata más bien de una «instrumentalidad activa», donde realmente no sea un dominio total de la divinidad, sino una elección, una actividad que no invade, que no anula, sino que posibilita y genera nuevas realidades que difícilmente la humanidad, dejada a sus propias fuerzas, podría alcanzar.

Por eso, con justa razón, *Dei Verbum* acentúa:

> «la santa Madre Iglesia, según la fe apostólica, tiene por santos y canónicos los libros enteros del Antiguo y Nuevo Testamento con todas sus partes, porque, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor y como tales se le han entregado a la misma Iglesia. Pero en la redacción de los libros sagrados, *Dios eligió a hombres, que utilizó usando de sus propias facultades y medios, de forma que obrando El en ellos y por ellos, escribieron, como verdaderos autores, todo y sólo lo que El quería*» (DV 11).

## 2. La inspiración en la escritura

El segundo aspecto a tener en cuenta de la inspiración es que este don no se refiere a cualquier tipo de inspiración o a lo que comúnmente se considera como inspirado. Por ejemplo, una obra de arte bien hecha, un discurso bien elaborado y atrayente, o ciertos estados de conmoción o éxtasis en los que se presume una actividad especial del Espíritu Santo.

A lo que *Dei Verbum* hace referencia es a la inspiración de la palabra escrita: «escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor y como tales se le han entregado a la misma Iglesia» (DV 11). Por lo tanto, cuando se habla de inspiración, se habla de la Biblia, de una palabra que ha sido escrita, y en cuanto escrita, de una palabra de Dios.

Ciertamente que esta palabra para llegar a estar escrita como actualmente está, pasó por muchas peripecias. Quizás muchas tradiciones orales o escritas surgieron con anterioridad. También varias fuentes pudieron haber intervenido. Asimismo, bastantes personas estuvieron involucradas. Pero, al final de cuentas, sólo unas cuantas páginas quedaron escritas y allí Dios plasmó lo que quería y según los autores humanos aprendieron a comunicar.

En esta manera de entender la inspiración, destaca, en consecuencia, una

valoración del arte de escribir y de la comunicación a través de la palabra escrita. De igual forma, aparece un redescubrimiento de lo que significa un libro y que Dios haya elegido este medio para comunicarse con su pueblo. Por supuesto, no hay que dejar de lado el hecho de que las personas humanas también consideraron como el medio más apto para dar a conocer las verdades de salvación la palabra escrita y de hacerlo de las formas más diversas que tuvieran a su alcance. Sin lugar a dudas, el Espíritu es el mismo, pero las personas humanas y sus cualidades y contextos, no. Por eso, el fruto es grandioso, variado y rico en matices. Una palabra, una frase, un párrafo, un capítulo, un libro entero, o todos los libros conducen pueden conducir de alguna manera al hallazgo de la verdad para nuestra salvación.

### *2.1 Verdad en las «traducciones»*

La primera impresión que tiene todo lector o lectora al acercarse a la Biblia es que no está completamente seguro de que lo que allí esté escrito diga la verdad. Duda de algunas narraciones, o también porque ve tantas traducciones a su alcance que se pregunta si su Biblia «está bien» o es otra Biblia la que necesita conseguir.

Lo que hay que decir al respecto es que la Biblia ha sufrido un proceso largo de formación. Haciendo una síntesis, se puede decir que primero muchos libros fueron escritos en hebreo, después en griego, enseguida en latín, y después en la mayoría de las lenguas vernáculas, es decir, la que habla cada uno de los pueblos.

Añadido a esto, está el fenómeno de que las traducciones modernas no se limitan a una sola versión, sino que hay numerosas Biblias en español, inglés, italiano, francés, alemán, etc. Por lo tanto, los lectores se enfrentan con algunas dificultades porque las Biblias en un mismo idioma no concuerdan muchas veces entre sí, generando una sensación de inseguridad con respecto a lo que se está leyendo.

Ante tal situación, lo primero que hay que aconsejar es que se tenga confianza en la Biblia que se ha conseguido. Es bueno comenzar la lectura con cualquier Biblia, sabiendo de antemano que hay otras más. Puede darse el caso que haya Biblias más recomendables que otras, y sería bueno tenerlo en cuenta o preguntar antes de adquirir o regalar una, pero si ya se cuenta con una Biblia, es bueno leerla y meditarla con confianza. Si dado el caso, hay la posibilidad de adquirir más Biblias, sería muy enriquecedor comparar lo que una u

otra dice y sacar fruto de los diferentes matices de la traducción.

Por supuesto que esta situación también es una invitación a que todo cristiano interesado en la lectura y meditación de la Sagrada Escritura aprenda, en la medida de lo posible, las lenguas originales en que fue escrita. Esto le permitirá tener mayor certeza y seguridad en la traducción que está siguiendo, comparándola en algunos momentos con los originales. Ciertamente esto requiere tiempo y esfuerzo, pero la Iglesia lo ha recomendado con insistencia:

> «Ya los Padres de la Iglesia, y en primer término San Agustín, al intérprete católico que emprendiese la tarea de entender y exponer las Sagradas Escrituras, le recomendaban encarecidamente el estudio de las lenguas antiguas y el volver a los textos primitivos... Es tanta, además, ahora la abundancia de medios para aprender estas lenguas, que el intérprete de la Biblia que, descuidándolas, se cierre la puerta para los textos originales, no puede en modo alguno evitar la nota de ligereza y desidia. Porque al exegeta pertenece andar como a caza, con sumo cuidado y veneración, aun de las cosas mínimas que, bajo la inspiración del divino Espíritu, brotaron de la pluma del hagiógrafo, a fin de penetrar su mente con más profundidad y plenitud. Procure, por lo tanto, con diligencia adquirir cada día mayor pericia en las lenguas bíblicas y aun en las demás orientales, y corrobore su interpretación con todos aquellos recursos que provienen de toda clase de filología. Lo cual, en verdad, lo procuró seguir solícitamente San Jerónimo, según los conocimientos de su época; y asimismo no

> pocos de los grandes intérpretes de los siglos XVI y XVII, aunque entonces el conocimiento de las lenguas fuese mucho menor que el de hoy, lo intentaron con infatigable esfuerzo y no mediocre fruto. De la misma manera conviene que se explique aquel mismo texto original que, escrito por el sagrado autor, tiene mayor autoridad y mayor peso que cualquiera versión, por buena que sea, ya antigua, ya moderna; lo cual puede, sin duda, hacerse con mayor facilidad y provecho si, respecto del mismo texto, se junta al mismo tiempo con el conocimiento de las lenguas una sólida pericia en el manejo de la crítica»[1].

Tomar conciencia de esto, hará del lector una persona más respetuosa de los procesos históricos que ha experimentado la Biblia. Al mismo tiempo, lo conducirá a un reconocimiento de que la intención de la Iglesia es que la Palabra de Dios pueda llegar hasta los últimos rincones de la tierra y ser leída por todos, sea en lengua original o en su lengua vernácula[2].

### *2.2 Verdad «histórica»*

La Escritura también comporta una serie de retos en cuanto a la verdad histórica. Una pregunta que surge es que si la Biblia ha sido inspirada por el Espíritu Santo, cómo es posible que haya

---

[1] Cf. *Carta Encíclica Divino Afflante Spiritu*, sobre los estudios bíblicos, 30 de septiembre de 1943.
[2] Cf. S. PISANO, «Critica testuale e storia del testo», 122-123.

contradicciones en lo que se narra. Esto sucede en varias ocasiones al interno mismo de la Biblia o también cuando se compara el texto con otras fuentes denominadas externas.

Un caso muy sencillo. Como la Biblia contiene 1 y 2 Libros de los Reyes y también 1 y 2 Libros de las Crónicas en los que se narran acontecimientos muy semejantes, entonces se puede hacer una comparación. En el Libro de los Reyes se narra de esta manera la muerte de Josías, rey de Judá:

> «En sus días subió Faraón Necao, rey de Egipto, contra el rey de Asiria junto al río Éufrates. Y el rey Josías fue a su encuentro, pero Faraón Necao lo mató en Meguido en cuanto lo vio. Sus siervos llevaron su cuerpo en carro desde Meguido, lo trajeron a Jerusalén y lo sepultaron en su sepulcro» (23,29-30)

Por su parte, el Libro de las Crónicas, narra así:

> «Después de todo esto, cuando Josías había reparado el templo, Necao, rey de Egipto, subió para combatir en Carquemis junto al Éufrates, y Josías salió para enfrentarse a él. Pero él le envió mensajeros, diciendo: ¿Qué tenemos que ver el uno con el otro, oh rey de Judá? No vengo hoy contra ti, sino contra la casa con la que estoy en guerra, y Dios me ha ordenado que me apresure. Por tu propio bien, deja de oponerte a Dios, que está conmigo, para que Él no te destruya. Sin embargo, Josías no quiso retirarse de él, sino que se disfrazó para combatir contra él; tampoco escuchó las palabras de Necao que venían de boca de Dios, sino que vino a entablar

> batalla en la llanura de Meguido. Y los arqueros hirieron al rey Josías, y el rey dijo a sus siervos: Llevadme, porque estoy gravemente herido. Sus siervos lo sacaron del carro y lo llevaron en el segundo carro que él tenía, y lo trajeron a Jerusalén donde murió, y fue sepultado en los sepulcros de sus padres. Y todo Judá y Jerusalén hicieron duelo por Josías. Entonces Jeremías entonó una elegía por Josías. Y todos los cantores y cantoras en sus lamentaciones hablan de Josías hasta hoy. Y las establecieron como ordenanza en Israel; he aquí, también están escritas en las Lamentaciones. Los demás hechos de Josías y sus obras piadosas conforme a lo escrito en la ley del Señor, y sus hechos, primeros y postreros, he aquí, están escritos en el libro de los reyes de Israel y de Judá» (2 Cro 35,20-27).

¿Cuál de los dos textos dice la verdad?. La respuesta es: ambos. Aunque hay que hacer una aclaración, ambos en cuanto que cada uno de ellos cuenta la verdad desde su punto de vista. El Libro de los Reyes presenta una verdad y el Libro de las Crónicas presenta una verdad. Ninguno de los dos «la verdad». En realidad, esa verdad última, por así decirlo, escapa siempre. Algunas veces se acerca y casi se puede decir que el lector la posee al encontrar dos, tres o cuatro textos que concuerdan exactamente. Sin embargo, al toparse con textos que generan dificultad, el lector no ha de inclinarse a pensar que los dos dicen mentira, o que uno de los dos no dice la verdad, pues ambos realizaron un esfuerzo

por investigar lo que sucedió, aunque con límites derivados de su propia persona, de sus conocimientos y de su época.

Esto se nota todavía más en los Evangelios, la Biblia presenta cuatro, y cada uno a su manera narra la vida y obra de Jesús desde un punto de vista particular. Cualquier lector encontrará rápidamente diferencias, y esto le suscitará nuevamente dudas en cuanto la verdad histórica.

Para resolver esta cuestión, tendrá a su disposición la lectura sinóptica, en la cual ejercitará el reconocimiento de semejanzas y diferencias, que ayudarán a sacar fruto de las diferentes versiones de la historia que Mateo, Marcos y Lucas presentan. No se diga cuando a esto se le añade la lectura del Evangelio de Juan, donde se descubrirán nuevos matices de acontecimientos ya leídos en los sinópticos, como la multiplicación de los panes. Aunque también habrá textos con grandes dificultades a la hora de saber exactamente qué pasó, como en el encuentro entre Jesús y Anás o Jesús y Caifás (Jn 18,12-24).

Este último caso del Evangelio de Juan suscita una problemática muy relacionada con la inspiración. El asunto es saber si el evangelista Juan se equivocó al considerar a Anás como el sumo sacerdote, puesto que en realidad era Caifás. O si el evangelista Juan está haciendo lo que

cualquier escritor de aquel tiempo haría, considerar a Anás como el que hacía las funciones de sumo sacerdote, aunque ya no lo fuera, y por eso habló con Jesús. En realidad, sin llegar a resolver la cuestión, lo que si aflora en este texto es la posibilidad de que un evangelista o cualquiera de los que haya escrito la Biblia se haya equivocado «históricamente».

Si pensamos de nuevo en los textos del Libro de los Reyes o del Libro de las Crónicas, también es posible que alguno de los dos esté equivocado «históricamente», aunque anteriormente se haya subrayado la necesidad de considerar la verdad que cada uno de ellos podría tener. El problema es que a la hora de comparar es muy difícil intentar salvar las dos narraciones a toda costa desde el punto de vista histórico, o en el caso del evangelio de Juan, decir que Jesús haya hablado con Caifás y no con Anás.

Con prudencia, por lo delicado del tema, habría que retomar aquí, la diferencia que la Iglesia ha hecho entre inspiración e inerrancia, o entre inspiración y sin error. Ya desde *Providentissimus Deus* y posteriormente *Divino Afflante Spiritu* se reflexionaba sobre esto:

> «El primero y sumo empeño de León XIII fue exponer la doctrina de la verdad contenida en los sagrados volúmenes y vindicarlos de las impugnaciones. Así fue que con graves palabras declaró que no hay absolutamente ningún error

cuando el hagiógrafo, hablando de cosas físicas, "se atuvo (en el lenguaje) a las apariencias de los sentidos", como dice el Angélico, expresándose "o en sentido figurado o según la manera de hablar en aquellos tiempos, que aún hoy rige para muchas cosas en la vida cotidiana hasta entre los hombres más cultos".

Añadiendo que ellos, "los escritores sagrados, o por mejor decir —son palabras de San Agustín— el Espíritu de Dios, que por ellos hablaba, no quiso enseñar a los hombres esas cosas —a saber, la íntima constitución de las cosas visibles— que de nada servían para su salvación", lo cual "útilmente ha de aplicarse a las disciplinas allegadas, principalmente a la historia", es a saber, refutando "de modo análogo las falacias de los adversarios" y defendiendo "de sus impugnaciones la fidelidad histórica de la Sagrada Escritura". Y que no se ha de imputar el error al escritor sagrado si "en la transcripción de los códices se les escapó algo menos exacto a los copistas" o si "queda oscilante el sentido genuino de algún pasaje".

Por último, que no es lícito en modo alguno, "o restringir la inspiración de la Sagrada Escritura a algunas partes tan sólo, o conceder que erró el mismo sagrado escritor", siendo así que la divina inspiración "por sí misma no sólo excluye todo error, sino que lo excluye y rechaza con la misma necesidad absoluta con la que es necesario que Dios, Verdad suma, no sea en modo alguno autor de ningún error. Esta es la antigua y constante fe de la Iglesia".

Ahora bien: esta doctrina que con tanta gravedad expuso nuestro predecesor León XIII, también Nos la proponemos con nuestra autoridad y la inculcamos a fin de que todos la retengan religiosamente. Y decretamos que con no menor solicitud se obedezca también el día de hoy a los consejos y estímulos que él

> sapientísimamente añadió conforme al tiempo. Pues como surgieran nuevas y no leves dificultades y cuestiones, ya por los prejuicios del racionalismo, que por doquiera perniciosamente cundía, ya sobre todo por las excavaciones y descubrimientos de monumentos antiquísimos llevados a cabo por doquiera en las regiones orientales, el mismo predecesor nuestro, impulsado por la solicitud del oficio apostólico, a fin de que esta tan preclara fuente de la revelación católica no sólo estuviera abierta con más seguridad y abundancia para utilidad de la grey del Señor, sino también para no permitir que en manera alguna fuese contaminada, ardientemente deseó "que fuesen cada vez más los que sólidamente tomaran a su cargo y mantuviesen constantemente el patrocinio de las divinas Letras; y que aquellos principalmente a los que la divina gracia llamó al sagrado orden emplearan cada día, como es justísimo, mayor diligencia e industria en leerlas, meditarlas y exponerlas"».

Antes se había mencionado si se equivocó el evangelista Juan al confundir a los sumos sacerdotes en el interrogatorio de Jesús. O si el narrador del libro de los Reyes o el de Crónicas se equivocó en el dato sobre la muerte de Josías. *Divino Afflante Spiritu*, siguiendo *Providentissimus Deus*, afirma que no es lícito conceder que «erró el mismo sagrado escritor». Sin embargo, al mismo tiempo, subraya: «"los escritores sagrados, o por mejor decir —son palabras de San Agustín—, el Espíritu de Dios, que por ellos hablaba, no quiso enseñar a los

hombres esas cosas —a saber, la íntima constitución de las cosas visibles— que de nada servían para su salvación", lo cual «útilmente ha de aplicarse a las disciplinas allegadas, principalmente a la historia».

Como puede observarse, parece que en cuestiones de historia sí puede haber error, pues se trata de la constitución de cosas visibles que de nada sirven para la salvación. Por lo tanto, la inspiración, aunque esté relacionada con «sin error», y así haya que seguirlo manteniendo. en cuanto es el Espíritu Santo el que habla por medio de los escritores sagrados, también no es menos cierto que el documento reconoce que el escritor sagrado puede en ocasiones atenerse (en el lenguaje) a las apariencias de los sentidos. Es decir, pudo haber visto, oído, sentido, etc., algo que en realidad sucedió de otra manera, pero que él experimentó según lo cuenta.

En el Documento sobre *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia* (1993) se presenta como rasgo característico de una lectura fundamentalista de la Biblia el querer mantener a toda costa una inerrancia verbal, es decir, que la Biblia no tiene absolutamente ningún error.

> «La lectura fundamentalista parte del principio de que, siendo la Biblia Palabra de Dios inspirada y exenta de error, debe ser leída e interpretada literalmente en todos sus detalles. Por "interpretación literal" entiende una

interpretación primaria, literalista, es decir, que excluye todo esfuerzo de comprensión de la Biblia que tenga en cuenta su crecimiento histórico y de su desarrollo. Se opone, pues, al empleo del método histórico-crítico, así como de todo otro método científico para la interpretación de la Escritura.

La lectura fundamentalista tuvo su origen en la época de la Reforma, en una preocupación de fidelidad al sentido literal de la Escritura. Después del Siglo de las Luces, se presentaba, en el protestantismo, como una protección contra la exégesis liberal. El término "fundamentalista" se relaciona directamente con el Congreso Bíblico Americano tenido en Niágara, en el estado de New York, en 1895. Los exégetas protestantes conservadores definieron allí "cinco puntos de fundamentalismo": la inerrancia verbal de la Escritura, la divinidad de Cristo, su nacimiento virginal, la doctrina de la expiación vicaria, y la resurrección corporal en la segunda venida de Cristo. Cuando la lectura fundamentalista de la Biblia se propagó en otras partes del mundo, dio origen a otros tipos de lecturas, igualmente "literales", en Europa, Asia, África, y América del Sur. Este género de lectura encuentra cada vez más adherentes, a finales del siglo XX, en grupos religiosos y sectas, pero también entre los católicos.

Aunque el fundamentalismo tenga razón de insistir sobre la inspiración divina de la Biblia, la inerrancia de la Palabra de Dios, y las otras verdades bíblicas incluidas en los cinco puntos fundamentales, su modo de presentar estas verdades se enraiza en una ideología que no es bíblica, a pesar de cuanto digan sus representantes. Ella exige una adhesión incondicionada a actitudes doctrinarias rígidas e impone, como fuente única de enseñanza sobre la vida cristiana y la salvación, una lectura

> de la Biblia que rehusa todo cuestionamiento y toda investigación crítica» (n. 19).

Como señala el Documento, hay razón en insistir en la inspiración divina de la Biblia y en la inerrancia de la Palabra de Dios, pero el modo de presentar de manera fundamentalista no está bien. No se puede defender la inspiración o la inerrancia a ciegas, y no abierta a cuestionamientos o a una investigación crítica.

Conviene seguir citando esta parte del Documento porque expresa perfectamente lo que aquí se está tratando de exponer con respecto a la relación y diferencia entre inspiración e inerrancia:

> «El problema de base de esta lectura fundamentalista es que, rechazando tener en cuenta el carácter histórico de la revelación bíblica, se vuelve incapaz de aceptar plenamente la verdad de la Encarnación misma. El fundamentalismo rehuye la relación estrecha de lo divino y de lo humano en las relaciones con Dios. Rechaza admitir que la Palabra de Dios inspirada se ha expresado en lenguaje humano y que ha sido escrita, bajo la inspiración divina, por autores humanos cuyas capacidades y posibilidades eran limitadas. Por esto, tiende a tratar el texto bíblico como si hubiera sido dictado palabra por palabra por el Espíritu, y no llega a reconocer que la Palabra de Dios ha sido formulada en un lenguaje, y en una fraseología, condicionadas por tal o cual época. No concede ninguna atención a las formas literarias, y a los modos humanos de pensar presentes en los textos bíblicos, muchos de los cuales son el fruto de una elaboración que

se ha extendido por largos períodos de tiempo, y lleva la marca de situaciones históricas bastante diversas.

El fundamentalismo insiste también, de un modo indebido, sobre la inerrancia de los detalles en los textos bíblicos, especialmente en materia de hechos históricos, o de pretendidas verdades científicas. Frecuentemente considera como histórico lo que no tenía pretensión de historicidad, porque incluye en tal categoría cuanto es referido o narrado con verbos en pretérito, sin la atención necesaria a la posibilidad de un sentido simbólico o figurativo.

El fundamentalismo tiene frecuentemente la tendencia a ignorar o negar los problemas que el texto bíblico presenta en la formulación hebrea, aramea o griega. Está frecuentemente ligado a una traducción determinada, antigua o moderna. Omite igualmente considerar las "relecturas" de ciertos pasajes en el interior mismo de la Biblia.

En lo que concierne a los evangelios, el fundamentalismo no tiene en cuenta el crecimiento de la tradición evangélica, sino que confunde ingenuamente el estadio final de esta tradición (lo que los evangelistas han escrito) con el estadio inicial (las acciones y las palabras del Jesús de la historia). Descuida por eso mismo un dato importante: el modo como las primeras comunidades cristianas han comprendido el impacto producido por Jesús de Nazaret y su mensaje. Ahora bien, éste es un testimonio del origen apostólico de la fe cristiana y su expresión directa. El fundamentalismo desnaturaliza así la llamada lanzada por el evangelio mismo.

El fundamentalismo tiene tendencia también a una gran estrechez de puntos de vista, porque considera conforme a la realidad una cosmología antigua superada, solamente porque se encuentra expresada en la Biblia.

Esto impide el diálogo con una concepción más amplia de las relaciones entre la cultura y la fe. Se apoya sobre una lectura no crítica de algunos textos de la Biblia para confirmar ideas políticas y actitudes sociales marcadas por prejuicios, racistas, por ejemplo, y completamente contrarias al evangelio cristiano.

Finalmente, en su fijación sobre el principio de "sola Scriptura", el fundamentalismo separa la interpretación de la Biblia de la Tradición guiada por el Espíritu, que se desarrolla auténticamente en conexión con la Escritura en el seno de la comunidad de fe. Le falta reconocer que el Nuevo Testamento ha tomado forma en el interior de la Iglesia cristiana, y que es Sagrada Escritura de esta Iglesia, cuya existencia ha precedido la composición de sus textos. El fundamentalismo, por ello, es frecuentemente anti-eclesial: desprecia los credos, los dogmas y las prácticas litúrgicas que se han vuelto parte de la tradición eclesiástica, así como la función de enseñanza de la misma Iglesia. Se presenta como una forma de interpretación privada, que no reconoce que la Iglesia ha sido fundada sobre la Biblia, y nutre su vida y su inspiración en las Escrituras.

El acercamiento fundamentalista es peligroso, porque seduce a las personas que buscan respuestas bíblicas a sus problemas vitales. Puede engañarlas, ofreciéndoles interpretaciones piadosas pero ilusorias, en lugar de decirles que la Biblia no contiene necesariamente una respuesta inmediata a cada uno de sus problemas. El fundamentalismo invita, tácitamente, a una forma de suicidio del pensamiento. Ofrece una certeza falsa, porque confunde inconscientemente las limitaciones humanas del mensaje bíblico con su substancia divina». (n. 19).

Si se tienen en cuenta estas advertencias, entonces es de vital importancia recuperar lo que *Dei Verbum* había señalado sobre la verdad que enseña la Sagrada Escritura y que ha sido puesto de relieve nuevamente por la Exhortación Apostólica *Verbum Domini*:

> «Los Padres sinodales han destacado la conexión entre el tema de la inspiración y el de la verdad de las Escrituras. Por eso, la profundización en el proceso de la inspiración llevará también sin duda a una mayor comprensión de la verdad contenida en los libros sagrados. Como afirma la doctrina conciliar sobre este punto, los libros inspirados enseñan la verdad: "Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error *la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra*. Por tanto, "toda la Escritura, inspirada por Dios, es útil para enseñar, reprender, corregir, instruir en la justicia; para que el hombre de Dios esté en forma, equipado para toda obra buena" (2 Tm 3, 16-17 gr.)"» (n. 19).

Asimismo, en un último documento de la Pontificia Comisión Bíblica sobre inspiración y verdad (22 de febrero del 2014), se clarifica muy bien lo que aquí se ha intentado decir sobre la relación entre inspiración y verdad «histórica»:

> «Los teólogos han recurrido al concepto de "inerrancia" aplicándolo a la Sagrada Escritura. Si es tomado en su sentido absoluto, este término diría que en la Biblia no puede haber

> errores de ningún tipo. Pero con los descubrimientos progresivos en el campo de la historia, de la filología y de las ciencias naturales, y con motivo de la aplicación a la investigación bíblica del método histórico-crítico, los exegetas han debido reconocer que en la Biblia no todo está expresado en conformidad con las exigencias de las ciencias contemporáneas, por el hecho de que los escritores bíblicos reflejan los límites de sus conocimientos personales, además de aquellos de su época y cultura» (n. 63).

Si la verdad, entonces, no se puede identificar necesariamente con verdad «histórica», entonces lo que toca ahora, es interpretar qué puede significar «verdad que Dios quiso consignar en dichos libros para nuestra salvación». Entre algunas propuestas que se pueden retomar y profundizar está la de «verdad narrativa», «verdad canónica» y «verdad eclesial».

### *2.3 Verdad «narrativa»*

El carácter narrativo de la mayor parte de los escritos bíblicos ha sido reconocido ampliamente en la Iglesia, prueba de ello es lo que afirma el Documento sobre *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*:

> «El Antiguo Testamento, en efecto, presenta una historia de salvación cuyo relato eficaz se convierte en substancia de la profesión de fe, de la liturgia y de la catequesis (cfr. Sl 78,3-4; Ex 12,24-27; Dt 6,20-25; 26,5-11). Por su parte, la proclamación del kerigma cristiano comprende

> la secuencia narrativa de la vida, de la muerte y de la resurrección de Jesucristo, acontecimientos de los cuales los evangelios nos ofrecen el relato detallado. La catequesis se presenta también bajo forma narrativa (cfr. 1 Cor 11,23-25)».

Y más adelante añade:

> «A este género de estudio, típicamente literario, se asocia la reflexión teológica, que considera las consecuencias que comporta, para la adhesión a la fe, la naturaleza de relato -y por tanto de testimonio- de la Sagrada Escritura, y deduce de allí una hermenéutica práctica y pastoral. Se reacciona así contra la reducción del texto inspirado a una serie de tesis teológicas, frecuentemente formuladas según categorías y lenguaje no escriturísticos. Se pide a la exégesis narrativa rehabilitar, en contextos históricos nuevos, los modos de comunicación y de significación propios del relato bíblico, a fin de abrir mejor el camino a su eficacia para la salvación. Se insiste sobre la necesidad de "narrar la salvación" (aspecto "informativo" del relato), y de "narrar en vista de la salvación" (aspecto "performativo"). El relato bíblico, en efecto, contiene explícita o implícitamente, según los casos, un llamado existencial dirigido al lector».

Si la consideración de los textos como narración es fundamental, entonces corresponde al intérprete estar muy atento a lo que se narra y cómo se narra. Hay historias sencillas y claras, pero también complejas y problemáticas. Ciertamente también hay «verdades» demasiado

humanas, frecuentemente muy relativas, pero todas gravitan en torno a la revelación de Dios. Esto es muy importante recalcarlo, porque el narrador no cesa de conducir una y otra vez, a partir de estas verdades humanas y relativas, a la verdad de Dios, aunque no lo hará sin pedir inteligencia y atención de parte del lector[3].

En este sentido, se puede decir que la verdad de la narración no reside sólo en la fidelidad a los hechos que le suceden a un individuo o a una colectividad, sino sobre todo en su fidelidad a una visión de la vida humana y de su historia[4]. No se trata de contar la historia de una nación o de las naciones, sino de narrar la historia de un pueblo comprometido con una búsqueda, la búsqueda por una forma de vivir que soporte el paso del tiempo, una manera de vivir que tenga validez universal[5].

Además, la verdad en la narración también puede tener diversas modalidades, no sólo relacionadas con la historia, sino con otro tipo de realidades. Por ejemplo el discurso profético; el discurso prescriptivo (textos legislativos), el discurso de sabiduría, el discurso

---

[3] Cf. J.-P. SONNET, «Échec au roi (1 Samuel 15). Le récit biblique comme échiquier de la vérité», 95.
[4] Cf. H. WHITE, «The Metaphysics of Narrativity. Time and Symbol in Ricoeur's Philosophy of History», 153.
[5] Cf. E. A. SPEISER, «The Biblical Idea of History in Its Common Near Eastern Setting», 7.

hímnico, el discurso apocalíptico, entre otros[6].

Si se tiene en cuenta todo esto, entonces la percepción del narrador del Libro de las Crónicas, en el texto antes mencionado sobre la muerte de Josías, es claramente diferente a la del narrador del libro de los Reyes. Ciertamente hay diferencias de los datos «positivos» o «históricos» que se dan: ¿La batalla fue en Megido? ¿Lo mataron inmediatamente o Necao habló con él? ¿Murió en Megido o en Jerusalén? Pero las hay también incluso en la perspectiva teológica de lo sucedido. El libro de Crónicas, en este sentido, parece a primera vista más útil en cuanto a una «verdad para nuestra salvación», pues explícitamente introduce a Dios en el relato, primero en boca de Necao y después por parte del narrador:

> «Pero él le envió mensajeros, diciendo: ¿Qué tenemos que ver el uno con el otro, oh rey de Judá? No vengo hoy contra ti, sino contra la casa con la que estoy en guerra, y Dios me ha ordenado que me apresure. Por tu propio bien, deja de oponerte a Dios, que está conmigo, para que Él no te destruya. Sin embargo, Josías no quiso retirarse de él, sino que se disfrazó para combatir contra él; tampoco escuchó las palabras de Necao que venían de boca de Dios, sino que vino a entablar batalla en la llanura de Meguido» (2 Cro 33,21-22).

---

[6] Al respecto, se puede ver P. RICOEUR, *Essays on Biblical Interpretation*, 75-90.

Según el libro de Crónicas, Josías no obedeció a Dios, de lo cual se deduciría que la «verdad para nuestra salvación» está que desobedecer a Dios conduce a la muerte, mientras obedecerlo conserva la vida.

Ahora bien, el hecho de que Dios no aparezca explícitamente en el relato del libro de los Reyes, no quiere decir que allí no haya «verdad para nuestra salvación». Todo lo contrario, para el narrador del libro de los Reyes, la muerte de Josías es providencial, pero para esto el lector tiene que leer algunos renglones antes de que se narre la muerte de Josías:

> «Pero al rey de Judá que os envió a consultar al Señor, así le diréis: "Así dice el Señor, Dios de Israel: 'En cuanto a las palabras que has oído, porque se enterneció tu corazón y te humillaste delante del Señor cuando oíste lo que hablé contra este lugar y contra sus habitantes, que vendrían a ser desolación y maldición, y has rasgado tus vestidos y has llorado delante de mí, ciertamente te he oído' -- declara el Señor. *'Por tanto, he aquí, te reuniré con tus padres y serás recogido en tu sepultura en paz, y tus ojos no verán todo el mal que yo voy a traer sobre este lugar*.'". Y llevaron la respuesta al rey» (2 Re 22,18-20).

En este caso, para el narrador del libro de los Reyes, Dios permitió la muerte de Josías para que no viera las desgracias que sucederían en Jerusalén. La verdad narrativa que interesa para la verdad en vistas a la salvación tiene un acento

diferente a la del libro de las Crónicas. En este caso, Josías no desobedeció a Dios, sino que por sus gestos de rasgarse la ropa y llorar delante de Dios por la suerte de Jerusalén, recibió como premio la reunión con sus padres y el recogimiento en la sepultura en paz. Por lo tanto, la «verdad para nuestra salvación» podría ser: al que es fiel, justo, y compasivo hasta con las desgracias que se avecinan sobre su pueblo, el Señor puede librarlo de ser testigo de la destrucción y conservarlo en la paz.

Por eso, como puede observarse, más allá de los detalles «positivos» o «históricos», queda un hilo narrativo que permite entrever una «verdad consignada en las Sagradas Escrituras para nuestra salvación»[7]. De ahí que con justa razón, el Documento sobre inspiración y verdad remarque:

> «En consecuencia, la historiografía bíblica busca mostrar que la voluntad salvífica de Dios es plenamente sensata estando totalmente dirigida al bien de la humanidad- en la historia bíblica no son narrados solamente eventos positivos (hechos brutos, sin interpretación); al contrario, viene mostrado cómo, en la vida humana, llena de contradicciones, Dios manifiesta su constante intento de realizar la

[7] En relación a esto, tiene razón C. Aparicio Valls, al decir que indudablemente muchas veces la historicidad de los eventos constituye la verdad de la Escritura. Sin embargo, lo más importante es el significado doctrinal y teológico de las narraciones bíblicas, porque en ellas se manifiesta algún aspecto del designio de salvación de Dios. Cf. C. APARICIO VALLS, «L'ispirazione alla luce dei testi del Vaticano II», 330.

> salvación de la humanidad. De este modo, la historia bíblica (Jue 6,36; 21 Sam 22,28) lo revela como el "Salvador"» (n. 70).

De todas formas, esto no debe ser una invitación a oponer verdad «histórica» y verdad «narrativa» así sin más, o dejar de lado la búsqueda histórica, con el pretexto de que lo importante sea sólo lo narrado. De ninguna manera. Todo lo contrario. Las narraciones han de invitar a buscar lo que pasó o sucedió realmente con todos los medios que estén al alcance. No se haría justicia a la verdad si se abandonara este esfuerzo. Ambos, los hechos en cuanto tales, y la interpretación que se haga de ellos en la narración, son importantes a la hora de considerar la «verdad para nuestra salvación»[8].

### *2.4 Verdad «canónica»*

Otra de las propuestas más interesantes para reflexionar sobre la verdad para la salvación está en la consideración del canon. El Documento *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, ha puesto de relieve lo siguiente:

> «Para hacerlo interpreta cada texto bíblico a la luz del Canon de las Escrituras, es decir, de la Biblia en cuanto recibida como norma de fe por una comunidad de creyentes. Procura situar cada texto en el interior del único designio

[8] Cf. G. R. OSBORNE, «Historical Narrative and Truth in the Bible», 688.

> divino, con la finalidad de llegar a una actualización de la Escritura para nuestro tiempo. No pretende substituir al método histórico-crítico, sino que desea completarlo».

También el Documento sobre la inspiración y la verdad de la Sagrada Escritura, insiste:

> «Más allá de la diversidad descrita en los parágrafos precedentes, el canon de las Escrituras hace referencia a una única Verdad, Cristo, que el testimonio apostólico reconoce como el Hijo de Dios, revelador del Padre y salvador de los hombres. Todo el canon culmina en esta afirmación, hacia la cual "tienden", por así decirlo, todos los elementos que lo componen. En otras palabras, el Canon de las Escrituras es el contexto de interpretación adecuado para cada una de las tradiciones que lo componen: habiendo sido integrada en el Canon, cada tradición particular recibe un nuevo contexto de enunciación, y que la renueva en su sentido» (103).

Algunos de los exponentes más representativos de esta verdad «canónica» proponen elementos importantes en relación a este tema. Por ejemplo, algunos denominan a su enfoque *Canonical Criticism*[9], y consideran como «canónico» el estado final de un texto después de un largo proceso de formación histórica a la luz de diversas tradiciones bíblicas. Otros acentúan más bien las consecuencias hermenéuticas de la forma final del texto y

---

[9] J. A. SANDERS, *Torah and Canon*; *Canon and Community*; *A guide to Canonical Criticism*.

lo denominan *Canonical Shape*[10]. Finalmente, hay tiene en cuenta la forma final, o el Canon en sí, como la instancia de sentido y contexto privilegiado para la interpretación, intertextualidad y hasta de recepción de los libros bíblicos[11].

Por supuesto que hay dificultades a tener en cuenta con respecto a esta verdad «canónica». Por ejemplo, una lectura de este tipo puede parecer muy creativa, pues más que el texto en sí, se buscarían más bien las relaciones entre los textos. Como consecuencia, la pregunta que surge es hasta qué punto el significado de un texto no es intrínseco sino relacional, dinámico y cambiante, contradiciendo así la comprensión del canon, cuyo objetivo es dar precisamente una cierta estabilidad a la interpretación[12].

Otros han criticado que la «lectura canónica» del AT, no es más que una perspectiva patrística o postpatrística y no neotestamentaria[13]. De hecho, el Nuevo Testamento sólo algunos textos del AT fueron recibidos (Profetas, sobre todo Isaías, 180 veces: Torah, particularmente Deuteronomio, 150 veces; Salterio, 110

---

[10] B. S. CHILDS, *Introduction to Old Testament as Scripture*.

[11] G. STEINS, *Die Bindung Isaaks im Kanon (Gen 22). Grundlagen und Programm einer kanonisch-intertextuellen Lektüre,* 45-83.

[12] B. S. CHILDS, «Critique of Recent Intertextual Canonical Interpretation» 173-184.

[13] H. FRANKEMÖLLE, «Das Neue Testament als Kommentar? Möglichkeiten und Grenzen einer hermeneutischen These aus der Sicht eines Neutestamentlers», 225-230.

veces) y esto incluso puede entenderse como un mero comentario, al estilo de los de Filón de Alejandría y de la comunidad de Qumrán[14].

Ahora bien, ciertamente el Nuevo Testamento no es un puro comentario al Antiguo, pues se da una cierta cristologización de la fe en Dios, quien se ha manifestado de manera particular y escatológica en Cristo Jesús. Y, sin esto, sería imposible entender por qué esta manera particular de recibir los escritos santos de Israel a la postre desembocaría en una separación con los judíos[15].

De todas formas, es claro que hay muchas cuestiones por resolver, pero también es útil decir que, toda interpretación de un texto en el contexto canónico, ha de conducir a un diálogo positivo y crítico más que a meras oposiciones o rechazos.

Se puede aceptar que una interpretación canónica parta del supuesto de que hay un «libro-canon» y las partes se vean como un todo, mientras que en tiempos bíblicos no se tenía un «libro-canon» sino unos «rollos» y que, por lo tanto, se estaría falseando la intención de los textos que habrían sido escritos para ser leídos como partes y no como un todo. Pero, si bien es cierto que en el origen lo

---

[14] Cf. *Ibid.*, 235-236.
[15] Cf. *Ibid.*, 243-246.

había eran «rollos», la cuestión a considerar ahora es que por qué en ciertas partes de los «rollos» se fueron incluyendo citas o alusiones a otros «rollos», poniéndolos de alguna manera en relación, o aspirando virtualmente a estar juntos algún día.

Si se hubiera querido que los textos se leyeran como partes sin relación, sólo bastaba aislarlos de los demás, no citándose o tratando de asuntos totalmente independientes. Sin embargo, una lectura intertextual de la Biblia, pone de relieve que quizás ya en tiempos bíblicos lo que se intentó fue precisamente vincular de alguna manera a los diferentes «rollos». Proceso que posibilitó, más tarde, la creación de un «libro-canon», y se viese con más claridad la intencionalidad en la forma y estructura de los textos.

Un ejemplo muy claro de esto se encuentra en comienzos y finales de algunos libros o también en la continua repetición de una cita bíblica en varios libros y contextos. La meditación de la Torah es una propuesta que va más allá del Salterio. El Salmo 1, cuando habla de la Torah de Yahveh, quizás se refiera primeramente al Salterio como nueva Torah, pero también se puede estar refiriendo a la Torah recomendada a Josué (Jos 1,8). Y Josué, por su parte, estaría haciendo alusión al libro de la Torah que

le precede, ya se trate del Deuteronomio, o de los cinco primeros libros de la Escritura en su totalidad. Por lo tanto, la relación del Salterio con Josué y de Josué con la Torah de Moisés enriquece lo que está escrito.

Mientras Moisés dio la Torah, Josué tiene que meditarla. Josué aparece como totalmente dependiente de la Torah de Moisés, que ha asumido un rol autoritario en su forma escrita. La Torah, dada por Moisés, es un libro al que hay que volver. El futuro se vislumbra sólo desde aquí: «Para que procures obrar conforme a cuanto en él está escrito, pues entonces prosperarás en tus empresas y lograrás éxito» (Jos 1,8; cf. 8,34; 23,6).

En consecuencia, quien medite la Torah en el Salterio se coloca en la estela de Josué y de Moisés, siervo de Dios y en dependencia de la Torah que Yahveh ha dado por su medio. Además, como el Salmo 1 habla explícitamente de Torah de Yahveh y no de Moisés, esto posibilita que se pueda dar un paso más. La meditación no sólo será una interpretación del pasado (Torah de Moisés), sino que también dará lugar a nuevas perspectivas en el presente y hacia el futuro (Torah de Yahveh).

Ahora, pasando al caso de una cita bíblica repetida, está la del Salmo 2: «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy». Texto citado explícitamente en Lc 3,22; Hch 4,25b-26; 13,33b; Heb 1,5; 5,5; Ap

2,27; 12,5 y 19,5; y con alusiones, en Lc 1,32-33; Rom 1, 2-4; Ap 11,15; 12,5; 17,18; 19,19; 22,16. Si se mira más de cerca el texto de Lc 3,22, la cita Sal 2,7 quizá tenga una doble intención. La primera, como el mismo Salmo lo señala, resaltar la filiación de Jesús. Para Lucas, Jesús es el hijo de Dios. Ya lo anticipó en 1,32 y lo pone de relieve nuevamente con la mención de la genealogía de Jesús que viene a continuación (3,23-38). Si bien es cierto que se creía que Jesús era hijo de José, Lucas, con su genealogía, lo remonta hasta Dios: «...hijo de Adán, hijo de Dios» (3,38).

La segunda, es dar importancia al bautismo de Jesús. Este acontecimiento es como un nuevo nacimiento para Jesús. No hay que perder de vista que justamente cuando baja el Espíritu Santo, entonces viene la voz del cielo citando el Salmo. A partir de aquí Jesús está lleno del Espíritu Santo (Lc 4,1) y puede presentarse como el ungido por el Espíritu del Señor (Lc 4,18). Entonces, se puede decir que Sal 2 adquiere un sentido nuevo sin desvincularse del anterior: no se trata del rey reconocido como hijo por Yahveh, sino de Jesús, el que se bautiza como los demás; el que según se creía era hijo de José, pero ahora lleno del Espíritu Santo es el ungido del Señor por excelencia.

Como puede observarse, la búsqueda de una verdad «canónica», dirige

necesariamente a la cuestión de la relación entre el Antiguo y Nuevo Testamento. Incluso, podría decirse, a la pregunta por una verdad «Bíblico-eclesial» porque al final de cuentas, la relación entre los textos se establece no sólo de una manera personal, sino sobre todo a la luz de una interpretación y fe comunitaria.

### *2.5 Verdad «Bíblico-eclesial»*

Esta verdad «Bíblico-eclesial» podría iluminar la comprensión de la «verdad para nuestra salvación» contenida en las Escrituras porque además de vincular los dos Testamentos, ofrece la gran oportunidad de volver a repensar la relación entre Escritura y Tradición, y entre Escritura y Magisterio. Es decir, el significado de un texto bíblico no sólo dependería del canon, sino también de la interpretación de la comunidad cristiana basada en la Tradición y el Magisterio.

Algunos autores, subrayando precisamente este valor de la interpretación comunitaria, ponen como ejemplo la historia de Melquisedec (Gn 14,18-20). Este texto es releído por la Carta a los Hebreos (Heb 7), y por Cipriano de Cartago en la Carta 63,4. Aquí se muestra cómo la interpretación que llegó a ser autoritativa para la Iglesia fue la de este último, hasta el punto de que fue incluida en la Primera Plegaria

Eucarística: pan y vino como símbolos eucarísticos[16].

Y puesto que se está hablando del tema de la inspiración, la pregunta que surge entonces es si también esta interpretación de la comunidad está inspirada. Dicho en otras palabras, si la verdad para la salvación puede requerir de la interpretación comunitaria. Si se tiene en cuenta que la inspiración está directamente relacionada con los libros escritos, pero también recibidos por una comunidad (canon), entonces hay que decir que la verdad en vistas a la salvación también surge de la interpretación que la comunidad haga de esos libros.

Más aún, como acentúa *Dei Verbum*, el canon no se conocería sin la Tradición de la Iglesia. Querer hablar, por lo tanto, de verdad para la salvación en la Escritura, sería imposible sin la Tradición:

> «Las enseñanzas de los Santos Padres testifican la presencia viva de esta Tradición, cuyos tesoros se comunican a la práctica y a la vida de la Iglesia creyente y orante. Por esta Tradición conoce la Iglesia el Canon íntegro de los libros sagrados, y la misma Sagrada Escritura se va conociendo en ella más a fondo y se hace incesantemente operativa, y de esta forma, Dios, que habló en otro tiempo, habla sin intermisión con la Esposa de su amado Hijo; y el Espíritu Santo, por quien la voz del Evangelio resuena viva en la Iglesia, y por ella en el mundo, va induciendo a los creyentes en la

[16] P. DUBOVSKY, «Leggere la Bibbia come unità», 266-267.

verdad entera, y hace que la palabra de Cristo habite en ellos abundantemente (Cf. Col 3, 16)» (DV 8).

Y añade:

«Así, pues, la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura están íntimamente unidas y compenetradas. Porque surgiendo ambas de la misma divina fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin. Ya que la Sagrada Escritura es la palabra de Dios en cuanto se consigna por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo, y la Sagrada Tradición transmite íntegramente a los sucesores de los Apóstoles la palabra de Dios, a ellos confiada por Cristo Señor y por el Espíritu Santo para que, con la luz del Espíritu de la verdad la guarden fielmente, la expongan y la difundan con su predicación; de donde se sigue que la Iglesia no deriva solamente de la Sagrada Escritura su certeza acerca de todas las verdades reveladas. Por eso se han de recibir y venerar ambas con un mismo espíritu de piedad» (DV 9)

Y sobre la relación entre Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio, afirma:

«La Sagrada Tradición, pues, y la Sagrada Escritura constituyen un solo depósito sagrado de la palabra de Dios, confiado a la Iglesia; fiel a este depósito *todo el pueblo santo*, *unido con sus pastores* en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, persevera constantemente en la fracción del pan y en la oración (Cf. Act 8, 42), de suerte que prelados y fieles colaboran estrechamente en la conservación, en el ejercicio y en la profesión de la fe recibida.

Pero *el oficio de interpretar auténticamente* la palabra de Dios escrita o transmitida ha sido confiado *únicamente al Magisterio vivo* de la

> Iglesia, cuya autoridad se ejerce en el nombre de Jesucristo. *Este Magisterio, evidentemente, no está sobre la palabra de Dios, sino que la sirve*, enseñando solamente lo que le ha sido confiado, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo la oye con piedad, la guarda con exactitud y la expone con fidelidad, y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como verdad revelada por Dios que se ha de creer.
>
> Es evidente, por tanto, que la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el designio sapientísimo de Dios, están entrelazados y unidos de tal forma que no tiene consistencia el uno sin el otro, y que, juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas» (DV 10).

Por su parte, el Documento sobre *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, con algunos matices nuevos, dice:

> «La comunidad creyente es efectivamente el contexto adecuado para la interpretación de los textos canónicos. La fe y el Espíritu Santo enriquecen su exégesis. La autoridad eclesial, que se ejerce al servicio de la comunidad, debe vigilar para que la interpretación sea siempre fiel a la gran Tradición que ha producido los textos (cf. *Dei Verbum*, 10)».

Como puede observarse, se retoma con mayor insistencia el papel de toda la comunidad creyente como contexto adecuado para la interpretación de los textos. Además, se presenta otra perspectiva del Magisterio, ciertamente al servicio de la palabra de Dios, pero

también al servicio de la comunidad, velando para que las interpretaciones sean conforme a la Tradición. La comunidad cristiana, por lo tanto, tiene una gran responsabilidad para que efectivamente los escritos inspirados manifiesten la verdad para la salvación.

Un ejemplo de esto, lo da el Documento anteriormente citado, hablando del sentido pleno de un texto, muy relacionado con lo que se quiere decir con verdad «Bíblico-eclesial»:

> «La categoría relativamente reciente de "sentido pleno" (sensus plenior) suscita discusiones. El sentido pleno se define como un sentido profundo del texto, querido por Dios, pero no claramente expresado por el autor humano. Se descubre la existencia de este sentido en un texto bíblico cuando se lo estudia a la luz de otros textos bíblicos que lo utilizan, o en su relación con el desarrollo interno de la revelación.
>
> Se trata pues del significado que un autor bíblico atribuye a un texto bíblico anterior, cuando lo vuelve a emplear en un contexto que le confiere un sentido literal nuevo; o bien de un significado, que una tradición doctrinal auténtica o una definición conciliar, da a un texto de la Biblia. Por ejemplo, el contexto de Mt 1,23 da un sentido pleno al oráculo de Is 7,14 sobre la *almah* que concebirá, utilizando la traducción de los Setenta (*parthenos*): "La virgen concebirá". La doctrina patrística y conciliar sobre la Trinidad expresa el sentido pleno de la enseñanza del Nuevo Testamento sobre Dios, Padre, Hijo y Espíritu. La definición de pecado original del Concilio de Trento proporciona el sentido pleno de la enseñanza de

> Pablo en Rm 5,12-21 a propósito de las consecuencias del pecado de Adán para la humanidad».

Lo que sigue, entonces, es ofrecer a los lectores y lectoras algunas pistas no sólo para leer la Sagrada Escritura, sino sobre todo para hacer una interpretación que tenga en cuenta el valor de la comunidad eclesial en la comprensión de la verdad de los textos bíblicos.

## 3. La inspiración para la lectura

Si la inspiración de los escritos manifiesta la verdad para la salvación en una comunidad determinada, entonces el lector o lectora que se acerca a la Biblia deberá tener en cuenta algunos aspectos para no caer en dos extremos.

Un extremo sería pensar que lo que está escrito en la Biblia no tiene nada que ver con lo que la Iglesia vive o celebra. Leer la Biblia como un libro que presenta narraciones interesantes, quizás como una gran ayuda espiritual para momentos difíciles o inciertos, o incluso como una experiencia de Dios, pero siempre al margen de una comunidad denominada Iglesia, traería como consecuencia un reduccionismo en lo que realmente busca la Sagrada Escritura: dar identidad a un pueblo y hacerlo un pueblo de Dios.

Con esto no se duda de la buena intención de la lectura personal de la Biblia, pero es muy importante que se haga con la consciencia de formar parte de una comunidad. Hacer la lectura sabiendo que se hace junto con la Iglesia y para la Iglesia, transforma al lector en miembro del pueblo de Dios. De otro modo, acentuando demasiado la perspectiva personal, se correría el riesgo de la separación de la comunidad y al final de cuentas, hasta posibilitaría una lectura en contra de la misma comunidad.

El otro extremo, ya visto cuando se habló del fundamentalismo, es la lectura que se hace pensando que todo lo que está escrito es palabra de Dios, sin distinguir que esta palabra está expresada también en palabras humanas. Ambas son al mismo tiempo ciertamente de Dios y del hombre, y todo en la Biblia viene a la vez de Dios y del autor inspirado, sin embargo, como subraya el Documento *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, de ello no se sigue que Dios haya dado un valor absoluto al condicionamiento histórico de su mensaje. Y, como consecuencia, éste es susceptible de ser interpretado y actualizado, es decir, de ser separado, al menos parcialmente, de su condicionamiento histórico pasado para ser trasplantado al condicionamiento histórico presente.

Si el lector no es capaz de distinguir esto, el sendero está listo para conducirlo al fundamentalismo. No se puede leer pensando que «está escrito, luego Dios lo dice», sino mejor «el autor humano lo dice así, Dios entonces querrá decir que...». En la lectura se tiene que distinguir y, por lo tanto, leer e interpretar para comprender lo que quiso decir el autor, lo que quiso decir Dios y lo que se puede decir ahora y en este momento concreto de la historia.

En definitiva, es necesario tomar en serio lo que la Iglesia ha dicho con tanta insistencia: se trata de escritos inspirados que «como tales se le han entregado a la misma Iglesia» (DV 11). No se trata de que los libros estén inspirados y ya, incluso si no son leídos e interpretados. La inspiración de estos escritos suscita necesariamente la lectura de la Escritura y, sobre todo, una lectura repetida y continua en la comunidad.

Por supuesto que la Biblia en sí misma no obliga a nadie, sino que espera paciente a que alguien se acerque, y empiece a recorrer página tras página, animado por la lectura de cosas fascinantes y sorprendentes. Pero allí, cuando alguien comienza a leer, es donde comienza el verdadero proceso de recepción para el cual los libros fueron inspirados.

Ahora bien, si digno de valoración es que la Biblia se lea, sobre todo continuamente y en ámbitos diversos,

mayor reconocimiento merece la lectura que busca interpretar lo escrito en comunión con la Iglesia. Puede parecer un camino largo y hasta cierto punto difícil, pero cuando el fruto está incluido en la misma búsqueda de interpretación, no hay nada más que esperar. El lector se puede dar por satisfecho por el mero hecho de haber buscado.

Por eso, habría que insistir siempre en una lectura profunda de la Biblia y, sobre todo, con espíritu de servicio y voluntad de colaborar para la unidad y edificación de la Iglesia. Una lectura profunda es muy necesaria porque así el lector llegará de verdad a encontrarse con lo que está escrito. No se desanimará de buenas a primeras por la lectura de pasajes que no entienda o en un principio le desagraden, sino que seguirá leyendo, interrogándose, y tratando de buscar qué pudo decir el autor humano y qué pudo decir Dios en todo esto. El pasaje de Pedro, echando nuevamente las redes, lo ilustra a la perfección (Lc 5,4). Se ha pescado toda la noche, se ha hecho el esfuerzo de leer, pero siempre hay que volver a lo profundo e intentar de nuevo obtener alguna pesca, quien sabe y algún día, ésta sea muy abundante.

Por supuesto que también se requiere espíritu de servicio, porque una lectura en comunión con la Iglesia requiere caer en la cuenta de que la misma lectura es un

servicio a la Palabra. Por eso, lo primero que tiene que hacer el lector es ponerse a la escucha de la Palabra misma, pues cuántas veces alguien va leyendo pero esperando encontrar a toda costa lo que quiere, o poniendo de antemano por delante sus propios deseos o problemas, antes que darle prioridad a la escucha.

En segundo lugar, quien lee ha de tener mucha paciencia, muy vinculada al servicio. «El siervo de Dios no puede conocer cuánta paciencia y humildad tiene en sí, mientras todo le suceda a su satisfacción. Pero cuando venga el tiempo en que aquellos que deberían causarle satisfacción, le hagan lo contrario, cuanta paciencia y humildad tenga entonces, tanta tiene y no más»[17]. La lectura de la Biblia, a veces no es tan placentera, especialmente cuando pide trabajo y tarea de parte del lector para descubrir por dónde van los hilos de la historia, quiénes son los personajes, en que espacio y tiempo de desarrolla lo narrado, etc. Hay lecturas para descansar y relajarse, pero la Biblia en ocasiones es muy exigente y pide un arduo trabajo, ascesis si se quiere llamarle así, para revelar su verdad para la salvación.

Además, y también relacionado con la humildad, el lector requiere escuchar mucho la voz de la Iglesia, sea en sus

[17] SAN FRANCISCO DE ASÍS, *Admonición* 13.

hermanos y hermanas, agentes de pastoral, catequistas, evangelizadores, religiosos, religiosas, y sacerdotes, sea en el Magisterio, o en la Tradición. Hay que darse la oportunidad, en la medida de lo posible, de escuchar todo esto. A veces podrá hacerse en grupos de oración, de Biblia, de Lectio Divina, o en la Eucaristía, atendiendo a los Documentos del Magisterio, releyendo la Tradición, etc., lo importante es hacer un espacio a todo esto.

Este tipo de escucha será siempre bienvenida y dará lugar a muchas interpretaciones con sentido eclesial, es decir, animadas por la búsqueda de la comunión y del deseo generoso de edificar cada día más a la Iglesia. Ésta sería precisamente la finalidad de todo el proceso de lectura: una comprensión mayor de lo que significa la Iglesia y, a través de ella, de Jesús el Señor y de Dios Padre.

La historia, especialmente ahora que celebramos los 500 años de la Reforma, ha mostrado cómo la lectura de la Biblia, en lugar de vivificar a la Iglesia, muchas veces la ha herido, y en lugar de velar por su unidad y edificación, la ha desunido e incluso hasta destruido. Esto es una fuerte llamada de atención para volver a revisar los objetivos personales y comunitarios de la lectura bíblica. Asimismo, esto ha de ser una invitación a continuar con mayor

ahínco los estudios bíblicos, a fortalecer la animación bíblica de la pastoral, a promover de forma personal o comunitaria la Lectio Divina y a cooperar con todas las iniciativas eclesiales que busquen unificar y edificar cada día más a la Iglesia.

¿Cómo se podrá realizar una lectura de la Biblia en búsqueda de la unidad y la edificación? El camino tendrá que contar con algunos senderos de luces y sombras, pero sin caminar y sin hacer proceso difícilmente se alcanzará la meta. Entre los senderos por los cuales se puede transitar están los que se exponen a continuación.

### *3.1 Lectura: Promesa - Cumplimiento*

La lectura bíblica fue diversa y variada desde los inicios del cristianismo. Ya en los mismos Evangelios se presenta una especie de superación y al mismo tiempo una continuación de lo que anteriormente se había escrito. Así, en relación con lo primero, resaltan pasajes como: «Han oído que se dijo a los antiguos, pero yo les digo...» (Mt 5,21ss), dando pie de alguna manera a pensar en una superación.

Pero también en relación con la continuidad, se encuentran pasajes como: «No he venido a abolir la ley, sino a darle cumplimiento» (Mt 5,17), o si quieres ganar la vida eterna «cumple los

mandamientos» (Mt 19,17), o «insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho» (Lc 24,25). Es como si Jesús trajera algo distinto a lo ya escrito, y al mismo tiempo, sólo se pudiera comprender su persona a la luz de lo escrito.

Por supuesto que esta dificultad se agravó con el paso del tiempo y hubo quienes, como Marción, quisieron acentuar demasiado la novedad del Nuevo Testamento, hasta el grado de no aceptar lo que estaba escrito en el Antiguo Testamento. Para él, el Dios del Nuevo Testamento era muy diferente al del Antiguo y, por lo tanto, el cristiano no debía seguir leyendo sino lo que estaba escrito en el Nuevo.

En la época de la Reforma, las dificultades volvieron a surgir. En este caso la oposición no se dio tanto entre Antiguo Testamento y Nuevo, pero sí entre categorías como Ley y Evangelio, o Ley y Gracia, fe y obras, etc., lo que trajo como consecuencia que el Antiguo Testamento fuera poco a poco relegado de la lectura como un representante de la Ley, mientras que el Nuevo fuera considerado la manifestación del Evangelio o de la Gracia. Al final de cuentas, como el Evangelio era el criterio de la salvación, y la gracia lo único realmente importante para vivir la vida cristiana, el Antiguo

Testamento se vio casi siempre en oposición a estas realidades.

Escribe M. Lutero:

> «Esta es precisamente la finalidad de la ley de Moisés, que hace crecer y multiplicarse el pecado, sobre todo en la conciencia... Así que el verdadero y principal oficio y el uso propio de la ley es revelar al hombre su pecado, su ceguera, miseria, impiedad, odio y desprecio de Dios»[18].

Y cuando interpreta la frase de San Pablo sobre la ley mosaica en la que afirma que sirvió de pedagogo para llevarnos a Cristo, apunta:

> «Aunque el pedagogo es muy útil y necesario para la educación y formación de los niños, sin embargo, no hallarás un niño que ame a su pedagogo... Es imposible que el discípulo ame al pedagogo ¿Cómo podrá amar al que le encierra en la cárcel, es decir, no le permite hacer lo que por su gusto haría? Si obra contra su mandato, inmediatamente recibe reprensión y castigo... ¿Es que la ley tiene por objeto este duro y odioso dominio del pedagogo y la servidumbre del niño a perpetuidad? De ningún modo, sino hasta un tiempo determinado (ad praefinitum tempus), para que la obediencia, la cárcel y la disciplina cedan en bien del niño, que a su hora será nombrado heredero y rey... Al llegar la fe, no estamos ya bajo el pedagogo; éste no nos asusta y atormenta luego que la fe se nos revela»[19].

En este sentido, hay que tener cuidado a la hora de valorar el Nuevo Testamento

---

[18] WA 40,1, p. 474.476.478-82. Citado por R. GARCÍA-VILLOSLADA, *Martín Lutero*, II, 409.
[19] WA 40,1, p. 529-30.534.

como algo «superior» al Antiguo simplemente porque se opone a ciertos conceptos importantes como la Ley. El cumplimiento del Nuevo Testamento ha de entenderse como una realidad que depende también del Antiguo Testamento. Las promesas del Antiguo tienen valor en sí mismas y si bien es cierto que las promesas están para cumplirse, este cumplimiento no elimina el sentido de las promesas. Al contrario, cada cumplimiento del Nuevo Testamento ofrece una comprensión más rica de cada una de las promesas y entonces el Antiguo Testamento adquiere nuevos significados.

Más que oponer Antiguo y Nuevo Testamento, lo que habría que hacer es relacionar siempre lo que el Nuevo Testamento ofrezca de Evangelio o de Gracia con lo que el Antiguo presente de Promesa o de Ley. Si el lector se queda con uno solo de los polos, corre el riesgo de malentender el Evangelio y la Gracia en el caso del Nuevo Testamento, o de la Promesa o la Ley en el Antiguo.

La relevancia de una buena comprensión de este modelo se verifica sobre todo cuando una explicación bíblica no se enfoca solamente en aspectos relacionados con la fe, la gracia, la salvación como don de Dios, etc., sino que intenta también relacionar eso con las obras, la ley, y la salvación como vocación a la santidad. Asimismo, quien acentúa en

la catequesis solo puras Buenas Noticias, y no porque esté mal hacerlo, en ciertos contextos está bien, pero nunca habla del mal en el mundo o de la enfermedad o de la muerte, entonces sus Buenas Noticias se quedan incompletas. Pues Dios ha salvado al mundo con la muerte y resurrección de Cristo, y sólo de la muerte ha resurgido la nueva vida que ilumina a todos los hombres.

### *3.2 Lectura: Tipología e interpretación*

Otro modelo importante de lectura bíblica es el de la tipología, sobre todo muy útil para buscar la unidad y edificación de la Iglesia. Esta forma de entender el texto bíblico fue muy común en los inicios del cristianismo, especialmente a la hora de evangelizar al pueblo.

Por ejemplo, Orígenes, en sus homilías sobre el libro del Éxodo, explica de la siguiente manera el pasaje en el que Moisés y Aarón se presentaron ante el Faraón y le dijeron: «Esto dice el Señor: “deja marchar a mi pueblo, para que me sirva en el desierto”». Orígenes comenta estas palabras haciendo una interpretación tipológica que va del camino hasta Cristo.

Primeramente, dice, «salir de Egipto», significa que debemos abandonar el mundo, si queremos servir al Señor.

Además, añade el alejandrino, como el camino por el desierto es de tres días, se puede descubrir allí a Aquel que ha dicho: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Por eso, Cristo es en realidad el camino por el que se debe avanzar, pues es el Señor, y Dios lo ha resucitado al tercer día. A todo este proceso de entendimiento del pasaje bíblico, Orígenes lo denomina inteligencia mística.

Pero también se puede obtener un sentido moral del texto, es decir, buscar una aplicación práctica. En este caso, hacer un camino de tres días tiene que ver con el hombre que se cuida de toda mancha en el alma, en el cuerpo y en el espíritu. También lo de salir de Egipto con un camino de tres días, estaría relacionado con abandonar la sabiduría racional, natural y moral de las cosas del mundo. O incluso los tres días podrían aludir a la purificación de las palabras, hechos o pensamientos, de tal forma que el hombre llegue a estar limpio de corazón para ver a Dios[20].

---

[20] Cf. ORÍGENES, *Homilías sobre el Éxodo*, 66-67. Sobre el método exegético de Orígenes, comenta Inoccenzo Gargano: Orígenes sabía que no era tan sencillo descubrir lo que hay en las Escrituras y que pueda ser referido en modo figurado (*typikòs kaì enigmatodos*) a Cristo. Precisamente la cita de Jn 5,46ss., parece insistir en que es necesario el conocimiento de la fe antes de poder concluir que el Antiguo Testamento sea una parte introductoria al conocimiento de Jesús. Por lo tanto, en este tipo de relación entre los testamentos, por así decirlo alegórica, no trata de hacer una deducción histórica o una deducción lógica, sino sobre todo una deducción que nazca de la fe. En definitiva, se progresa de fe en fe. Se parte con la fe en

San Jerónimo, por su parte, en su comentario al libro de Job, presenta a éste como tipo de Cristo. Y, de acuerdo con esto, lo relacionado con Job, también tendrá una conexión con lo que ha traído Cristo. Así, los siete hijos significan la septiforme gracia del Espíritu Santo; y las tres hijas, la ley, la profecía y el Evangelio.

Asimismo, las ovejas son el pueblo de Cristo, caracterizado por su inocencia, y los camellos representan la tortuosidad de los gentiles. En los bueyes, que son animales limpios, se puede ver al pueblo de los judíos. Y en los asnos, bestias sucias, el pueblo de los gentiles. De donde Isaías dice: Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor; a saber que fue conocido el nacimiento de Cristo según la carne por parte de los judíos, y también los pueblos lo reconocieron en el pesebre del altar del Señor, al que accedieron como animales limpios por el bautismo[21].

Se podrían seguir enumerando ejemplos de este tipo de lectura, pero lo importante es caer en la cuenta de su relevancia para la lectura e interpretación del Biblia. En efecto, una lectura de este tipo tiene la ventaja de relacionar los textos, especialmente del Antiguo

---

Moisés y se concluye con la fe en Jesús, porque Moisés hablaba de Jeús: "De mí él hablaba"». I. GARGANO, «Alle fonti del metodo esegetico dei Padri: Origene», 53.

[21] Cf. *Commentarii in Librum Job*, PL VII, 621-622.

Testamento, no sólo con los del Nuevo, sino con la vida cristiana.

El Antiguo Testamento se presenta así, por lo tanto, como un tesoro, porque allí se encuentran muchos personajes que son tipos de Cristo. Es decir, el conocimiento y la fe en esos personajes, prepara e ilumina el conocimiento y la fe en el Señor. Además, características, sucesos y experiencias que acompañaron a esos personajes iluminan también diversos textos del Nuevo Testamento y de la práctica cristiana, como se ha visto en los ejemplos mencionados.

Ciertamente que en una explicación o catequesis bíblica no hay que buscar a toda costa en el Antiguo Testamento significados del Nuevo o de la praxis cristiana, pero sí que es muy bueno tratar de relacionar los pasajes del Antiguo con algún texto del Nuevo y ver la conexión que existe entre ellos. A este propósito, sería de mucha ayuda poner atención a los textos que se leen en la Eucaristía, pues en ellos se pone precisamente de relieve una relación entre personajes y sucesos del Antiguo Testamento con personajes y sucesos del Nuevo.

Y este sentido, la homilía se presenta como una gran oportunidad para dar a conocer este tipo de lectura bíblica:

> «En la segunda parte, *Ars praedicandi*, vienen ejemplificadas las coordenadas metodológicas y de contenido que el homileta tiene que conocer

> y tener en cuenta cuando prepara y cuando pronuncia la homilía. Se proponen claves de lectura, en modo indicativo y no exhaustivo, para el ciclo dominical-festivo de la Misa a partir del centro del año litúrgico (Triduo y Tiempo Pascual, Cuaresma, Adviento, Navidad, Tiempo durante el año), con alusiones también a las Misas feriales, de matrimonio y exequial; en estos ejemplos se aplican los criterios evidenciados en la primera parte del Directorio, es decir la tipología entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, la importancia del pasaje evangélico, el orden de las lecturas, los nexos» entre la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística, el mensaje bíblico y el eucológico, entre la celebración y la vida, entre la escucha de Dios y de la asamblea concreta»[22].

### *3.3 Lectura: Historia de la Salvación*

Una lectura de la Biblia especialmente útil en la catequesis es ésta, pues permite hacer un recorrido por la Biblia desde el punto de vista de la Historia de la Salvación.

Las posibilidades de esta lectura son amplísimas porque toma en cuenta desde la creación del mundo hasta la nueva creación y en el centro de todo: Cristo Jesús. Además, el Dios del Antiguo Testamento se revela como creador, como salvador, como redentor, como pedagogo, y todo eso paso a paso va quedando al

---

[22] Decreto de la CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*.

descubierto con una lectura en clave de salvación.

La plenitud de este recorrido histórico-salvífico acontece cuando es enviado el Hijo, también redentor y salvador, como el Padre. Pero es desde la creación del mundo, cuando se percibe cómo Dios quiso involucrarse en la historia humana y obrar su salvación precisamente desde dentro de la historia misma, con la encarnación de su Hijo. Todo lo que se narra en la Biblia parte de esta concepción y en ella se ve claramente que Dios, hablando y obrando de muchas maneras, ha buscado siempre la salvación de todos los hombres.

Una exposición bíblica que tiene en cuenta este modelo es muy pedagógica y el lector se siente cómodo pasando de una etapa a otra recorriendo los diversos libros y descubriendo en cada uno de ellos un avance en la historia de la salvación. Aun así, teniendo en cuenta que esta lectura puede desembocar en la superficialidad, es decir, en una lectura nada más por encima, sería de desear que se profundizara siempre cada vez más en cada una de las etapas en las que Dios ha actuado de una manera especial.

Sobre todo es importante leer detenidamente pasajes relevantes para comprender la unidad de la historia de la salvación: creación, éxodo, tierra prometida, reyes, profetas y sabiduría en

Israel, hasta llegar a los evangelios, nacimiento, vida pública, muerte y resurrección de Jesús. Sin olvidar la misión de los Apóstoles, de Pablo y la descripción de la salvación definitiva en el Apocalipsis.

A este respecto, ya insistía San Agustín:

> «La pieza maestra de toda catequesis debe ser según san Agustín la historia de la salvación, tal como según la Escritura se revela en la acción de Dios con los hombres. Deben mostrársele al oyente los sucesos más señalados de esta historia, la creación de Adán, el diluvio, la alianza de Dios con Abraham, la realeza sacerdotal de David, la liberación de la cautividad de Babilonia y el acontecimiento de Cristo, que todo lo decide Esta narratio de los mirabilia Dei no sólo debe mostrar la íntima vinculación del Antiguo y Nuevo Testamento, sino que debe además transmitir una visión universal de la historia entera, tal como está inscrita en el plan salvífico de Dios. Si el catequista se ingenia para hacer intuitiva la conexión entre la historia de la salvación y el itinerario religioso del catecúmeno, aparecerá ante éste el amor de Dios a la humanidad y se verá a sí mismo como el último motivo del obrar salvífico divino, que halla su coronamiento en la muerte y resurrección de Jesús. Sobre todo hay que presentar el hecho de Cristo con tal calor y tal apremio que el catecúmeno, al oírlo, llegue a la fe, creyendo llegue a la esperanza, y esperando halle el amor»[23].

---

[23] Cf. K. BAUS, et al., «La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII», 421-422.

Además de leer con detenimiento ciertos momentos de la historia bíblica, sería bueno poner atención a los detalles que aparecen en las diversas etapas de la salvación. Bastante fruto se obtendría de esto. Ciertamente que Dios creó el mundo, pero hay que conocer e interpretar cómo lo hizo, especialmente poniendo atención a la organización en siete días y después a su labor en el jardín del Edén. O en el caso del Éxodo, los pasos que se fueron dando para que los israelitas pudieran salir de Egipto, eso sin contar las relecturas de este acontecimiento, por ejemplo en el exilio (586 a.C.), presentes en textos proféticos.

Fijarse en los detalles es muy necesario sobre todo a la hora de estudiar los evangelios, para no confundir un pasaje con otro, o lo que dice un Evangelista con lo que narra otro. Así entonces esta etapa de la salvación brillará con más luz, pues cada Evangelio ha querido mostrar algo del misterio de Jesús y de la Iglesia. Teniendo esto en cuenta, se captará cada vez de mejor manera la historia de la salvación inscrita en la Biblia y la comunidad descubrirá con mayor facilidad los fundamentos de su fe.

### *3.4 Lectura: «Bíblico-eclesial»*

Este modelo está en estrecha relación con lo que se dijo en el apartado sobre la verdad «Bíblico-eclesial». En este caso, el lector o lectora han de estar muy atentos no sólo a lo que dice el texto, sino también a la interpretación que la comunidad ha hecho de determinado texto, o incluso el Magisterio o la Tradición. Se trata de una lectura muy importante, porque es la lectura que más provocará unidad y edificación de la Iglesia. Aquí ya no se trata sólo de leer e interpretar la Biblia de manera personal y darse por satisfecho, sino que el lector ha de buscar contrastar y unificar su lectura e interpretación con la lectura e interpretación que hace la Iglesia.

Ahora bien, quizá lo difícil de esta lectura sea llevarla a cabo así como está enunciada. Pero, seguramente teniendo en cuenta algunos pasos, se podrá alcanzar el objetivo en menor o mayor medida. Lo más importante, de todas formas, es la consciencia de que se está haciendo una lectura «Bíblico-eclesial». Es decir, saber de antemano que la interpretación propia no es suficiente, a lo mejor estará correcta, o bien planteada según una cierta metodología, pero no será muchas veces la que la Iglesia sigue o ha reconocido con una cierta autoridad.

### 3.4.1 Interpretación y Liturgia

Un primer paso muy sencillo es poner atención a la liturgia de la Iglesia. La liturgia, en sí misma, ofrece un contexto de interpretación bíblica. Ya el pueblo de Israel lo había considerado cuando mandaba leer ciertos libros en determinadas fiestas litúrgicas. Lamentaciones, por ejemplo, era cantado litúrgicamente como parte del culto divino el día 9 del mes Av, que rememoraba la destrucción del primer y segundo Templo de Jerusalén. El libro de Ester era leído en público en la sinagoga en la fiesta de Purim. Y el Cantar de las Cantares, Rut y Eclesiastés durante el sábado, Pascua, Pentecostés y fiesta de los Tabernáculos[24].

En este mismo sentido, sobre la relación entre liturgia e interpretación, la Exhortación Apostólica *Verbum Domini* (30 de septiembre de 2010) indica:

> «Así pues, es necesario entender y vivir el valor esencial de la acción litúrgica para comprender la Palabra de Dios. En cierto sentido, la hermenéutica de la fe respecto a la Sagrada Escritura debe tener siempre como punto de referencia la liturgia, en la que se celebra la Palabra de Dios como palabra actual y viva».

En el Misal Romano, Ordenación de las lecturas de la Misa, también se exhorta a

---

[24] Cf. La introducción a M. I. GRUBER, *Rashi's Commentary on Psalms*, 53-54.

comprender la relación entre celebración litúrgica y palabra de Dios:

> «La misma celebración litúrgica, que se sostiene y se apoya principalmente en la palabra de Dios, se convierte en un acontecimiento nuevo y enriquece a la palabra con una nueva interpretación y eficacia. Por eso, la Iglesia sigue fielmente en la Liturgia el mismo sistema que usó Cristo en la lectura e interpretación de las Sagradas Escrituras, puesto que él exhorta a profundizar el conjunto de las Escrituras partiendo del "hoy" de su acontecimiento personal» (n. 3).

A la luz de esto, se puede comprender, cómo algunos textos son muy importantes para esclarecer el misterio que se celebra en la liturgia. Y, al mismo tiempo, cómo los textos leídos y celebrados adquieren un significado que difícilmente alcanzarían sin este contexto:

> «¿Qué sucederá al final de los días? Isaías dice (en el año A): «Al final de los días estará firme el monte de la casa del Señor, en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán los gentiles». El homileta tiene varias posibilidades de interpretación que se pueden desarrollar en consecuencia. "El monte de la casa del Señor" podría ser correctamente explicado como una imagen de la Iglesia, llamada a reunir a todas las gentes. También podría hacer de primer anuncio de la Fiesta inminente de la Navidad. "Confluirán los gentiles" hacia el Niño en el pesebre es un texto que se cumplirá, en particular, en Epifanía, cuando los Magos vengan a adorarlo. El homileta tendría que recordar a los fieles que también ellos pertenecen a los gentiles que caminan hacia Cristo, un viaje que se inicia con

> intensidad renovada en el I domingo de Adviento. Las mismas palabras, ricamente inspiradas, son también aplicables a la Venida en el final de los tiempos, citada explícitamente por el Evangelio. El profeta prosigue: "Será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos". Las palabras conclusivas del pasaje profético son, al mismo tiempo, una maravillosa llamada a la celebración de la Navidad y a la espera del adviento del Hijo del Hombre en la gloria: "Casa de Jacob, ven, caminemos a la luz del Señor"»[25].

El 12 de diciembre, por ejemplo, fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, un texto del libro del Eclesiástico adquiere una relevancia particular:

> «Yo soy como una vid de fragantes hojas y mis flores son producto de gloria y riqueza. Yo soy la madre del amor, del temor, del conocimiento y de la santa esperanza. En mí está toda la gracia del camino y de la verdad, toda esperanza de vida y de virtud» (Eclo 24,23-31).

En la fiesta de San José, el texto del Antiguo Testamento elegido para la primera lectura es el de la promesa a David y entonces se entiende que la interpretación del texto pasa por David, llega hasta José y se hace realidad en Jesús de Nazaret:

> «En aquellos días, el Señor le habló al profeta Natán y le dijo: "Ve y dile a mi siervo David que el Señor le manda decir esto: 'Cuando tus días se hayan cumplido y descanses para siempre con tus padres, engrandeceré a tu hijo, sangre

[25] *Directorio Homilético*, 82.

> de tu sangre, y consolidaré su reino. Él me construirá una casa y yo consolidaré su trono para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo. Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante mí, y tu trono será estable eternamente» (2 Sam 7, 4-5.12-14.16).

### 3.4.2 Interpretación y Ministerios

Otro paso que se puede seguir cuando se quiere realizar una lectura «Bíblico-eclesial» es informarse sobre lo que los Obispos o el Papa comentan sobre determinado tema, pues casi siempre tienen en cuenta algunos textos bíblicos y presentarán de alguna manera una interpretación de ellos.

En relación a esto, en el caso del Papa, destacan sobre todo sus Encíclicas y Exhortaciones Apostólicas. Es allí donde evangeliza y catequiza de manera especial al pueblo de Dios y por eso son documentos relevantes para comprender la interpretación que hay que hacer de determinados pasajes.

Por ejemplo, uno de los textos más importantes de la Biblia es «por eso el hombre abandonará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne» (Gn 2,24). El Papa Francisco, en su exhortación Apostólica *Amoris Laetitia* interpreta así el texto:

> «Esto a veces no se cumple, y el matrimonio no termina de asumirse porque no se ha hecho esa renuncia y esa entrega. Los padres no deben ser abandonados ni descuidados, pero para unirse en matrimonio hay que dejarlos, de manera que el nuevo hogar sea la morada, la protección, la plataforma y el proyecto, y sea posible convertirse de verdad en "una sola carne". En algunos matrimonios ocurre que se ocultan muchas cosas al propio cónyuge que, en cambio se hablan con los propios padres, hasta el punto que importan más las opiniones de los padres que los sentimientos y las opiniones del cónyuge. No es fácil sostener esta situación por mucho tiempo, y sólo cabe de manera provisoria, mientras se crean las condiciones para crecer en la confianza y en la comunicación. El matrimonio desafía a encontrar una nueva manera de ser hijos».

Para entender este ministerio de interpretación del Papa y de los demás Obispos, puede ayudar un texto del Documento sobre *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*:

> «Así pues, todos los miembros de la Iglesia tienen un papel en la interpretación de las Escrituras. En el ejercicio de su ministerio pastoral, los obispos, en cuanto sucesores de los apóstoles, son los primeros testigos y garantes de la tradición viva en la cual las Escrituras son interpretadas en cada época. "Iluminados por el Espíritu de verdad, deben conservar fielmente la Palabra de Dios, explicarla y difundirla por su predicación" (Dei Verbum, 9; cf. Lumen Gentium, 25)» (n. 33).

La Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, habla de los Obispos como los

primeros y más autorizados anunciadores de la Palabra, y recomienda, por lo tanto, la lectura personal frecuente y el estudio asiduo de la Sagrada Escritura (VD 80). Del sacerdote se pide un anuncio del Evangelio del Reino, llamando a cada hombre a la obediencia de la fe y conduciendo a los creyentes a un conocimiento y comunión más profundos del misterio de Dios, revelado y comunicado a nosotros en Cristo (VD 80). Finalmente del diácono se dice que está llamado a ser un mensajero cualificado de la Palabra de Dios, creyendo lo que proclama, enseñando lo que cree, y viviendo lo que enseña (VD 81).

### 3.4.3 Interpretación, Tradición y Magisterio

Un paso más en este modelo de lectura «Bíblico-eclesial», y muy necesario para el lector, es indagar en lo que la Tradición y el Magisterio han manifestado sobre la interpretación de determinado texto. Ciertamente habrá ocasiones en que, dentro de la comunidad, un texto del Nuevo Testamento realmente tenga una relevancia mayor que uno del Antiguo Testamento simplemente por ser del Nuevo Testamento. Sin embargo, habrá momentos en que un texto del Antiguo Testamento pudiera ser más importante

que uno del Nuevo debido a la interpretación que la misma comunidad cristiana ha hecho de él y que ha quedado reflejada en la Tradición y en el Magisterio.

Por ejemplo, hay textos del Antiguo Testamento de relevancia especial para comprender doctrinas de fe de la Iglesia. Por ejemplo, el texto de Prov 8,22-25:

> «El Señor me creó (ἔκτισέν) al principio de sus tareas, antes de sus obras más antiguas. Fui formada en un pasado lejano, antes de los orígenes de la tierra. Cuando aún no había océanos, fui formada, cuando aún no existían los manantiales ricos en agua, antes que las montañas fueran cimentadas, antes que las colinas fui engendrada (γεννᾷ)».

En el siglo IV d.C., un presbítero llamado Arrio, al leer este texto y hacer una interpretación, lo entendió así, «el Señor» se refiere al Padre; «me creó» se refiere al Hijo, por lo tanto, Dios no siempre fue Padre, sino que cuando creó al Hijo, entonces llegó a ser Padre. Además, si el Hijo fue creado, entonces es criatura y Dios sólo por participación.

La Iglesia, reunida en el Concilio de Nicea (325 d.C), en cambio, acentúo más otra frase: «fui engendrada». El término engendrado se aplica al Hijo, y no el de creado. El concepto de creación pertenece a las relaciones entre Dios y el mundo, y el de engendrado a la relación entre el Padre

y el Hijo[26]. De ahí que el Credo de Nicea proclamara su fe con estas palabras: Creo en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, *engendrado, no creado*.

Otro texto a destacar es Gen 3,15. Tan importante fue en la historia de la interpretación bíblica que llegó a ser considerado como protoevangelio:

> «Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar».

La importancia de esta interpretación se verifica al recorrer diferentes textos que configuraron la fe de la Iglesia sobre María. En la Bula definitoria «Ineffabilis Deus», de Pío IX (8 de diciembre de 1854) se dice:

> «Y a la verdad, era sin duda conveniente que madre tan digna de veneración brillara siempre envuelta en los resplandores de una santidad perfectísima y obtuviera un triunfo amplísimo de la antigua serpiente, estando absolutamente libre aun de la misma mancha del pecado original».

La Carta Apostólica *Mulieris Dignitatem* (15 de agosto de 1988), expone:

---

[26] Cf. A. CORDOVILLA, *El misterio del Dios trinitario*, Sapientia Fidei 36, BAC Madrid 2012, 341.

> «Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer». se fija en que el Apóstol no llama a la Madre de Cristo con el nombre propio de «María», sino que la llama «mujer», con lo cual establece una concordancia con las palabras del Protoevangelio en el Libro del Génesis (cf. 3, 15) (MD 3).

Y más adelante añade:

> «Es significativo que el anuncio del redentor, del salvador del mundo, contenido en estas palabras, se refiera a "la mujer", la cual es nombrada en el Protoevangelio en primer lugar, como progenitora de aquél que será el redentor del hombre[27]. Y si la redención debe llevarse a cabo mediante la lucha contra el mal, por medio «de la enemistad» entre la estirpe de la mujer y la estirpe de aquél que como «padre de la mentira» (Jn 8, 44) es el primer autor del pecado en la historia del hombre, ésta será también la enemistad entre él y la mujer. En estas palabras se abre la perspectiva de toda la Revelación, primero como preparación al Evangelio y después como Evangelio mismo. En esta perspectiva se unen bajo el nombre de la mujer las dos figuras femeninas: Eva y María» (MD 11).

Por último, otro texto que se podría considerar es el de los diez mandamientos (Ex 20,1-17). Con el paso del tiempo y sobre todo en la catequesis, estos mandamientos han recibido modificaciones, basta leer el *Catecismo de*

---

[27] Cf. S. IRENEO, *Adv. haer.* III, 23, 7: S. Ch. 211, 462-465; V, 21, 1: S. Ch. 153, 260-265; S. EPIFANIO, *Panar.* III, 2, 78: PG 42, 728-729; S. AGUSTÍN, *Enarr. in Ps. 103*, 5. 4, 6: CCL 40, 1525.

*la Iglesia Católica* (n. 2052-2055). Sin embargo, conservan una interpretación fundamental: la del dinamismo del amor. Efectivamente, Jesús tuvo en cuenta los mandamientos: «si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos» (Mt 19,17). Y entre ellos, consideró como el mandamiento mayor el siguiente: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente» (Mt 22,37; Dt 6,5). Y, como segundo, uno semejante: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 22,39; Lv 19,18). Por eso no es extraño que San Pablo haya concluido:

> «En efecto, lo de: "No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud» (Rom 13,9-10).

La mención del Catecismo de la Iglesia Católica en este caso es muy pertinente, porque para muchos lectores puede ser un medio muy accesible para conocer la Tradición y el Magisterio de la Iglesia. Por ejemplo, en relación a los mandamientos, menciona lo que dos Concilios declararon al respecto:

> «El Concilio de Trento enseña que los diez mandamientos obligan a los cristianos y que el hombre justificado está también obligado a observarlos (cf DS 1569-1670). Y el Concilio Vaticano II afirma que: "Los obispos, como sucesores de los Apóstoles, reciben del Señor

> [...] la misión de enseñar a todos los pueblos y de predicar el Evangelio a todo el mundo para que todos los hombres, por la fe, el bautismo y el cumplimiento de los mandamientos, consigan la salvación" (LG 24)» (n. 2068).

Terminamos aquí la exposición, y está bien hacerlo porque aquí es donde está una oportunidad para seguir avanzando hacia la unidad entre católicos y protestantes. Los mandamientos se resumen en el amor a Dios y al prójimo y esa una intención común muy importante de ambas comunidades:

> «Pedimos a Dios que Católicos y Luteranos sean capaces de testimoniar juntos el Evangelio de Jesucristo, invitando a la humanidad a escuchar y recibir la buena noticia de la acción redentora de Dios. Pedimos a Dios inspiración, impulso y fortaleza para que podamos seguir juntos en el servicio, defendiendo los derechos humanos y la dignidad, especialmente la de los pobres, trabajando por la justicia y rechazando toda forma de violencia. Dios nos convoca para estar cerca de todos los que anhelan dignidad, justicia, paz y reconciliación. Hoy, en particular, elevamos nuestras voces para que termine la violencia y el radicalismo, que afecta a muchos países y comunidades, y a innumerables hermanos y hermanas en Cristo. Nosotros, Luteranos y Católicos, instamos a trabajar conjuntamente para acoger al extranjero, para socorrer las necesidades de los que son forzados a huir a causa de la guerra y la persecución, y para defender los derechos de los refugiados y de los que buscan asilo.
>
> Hoy más que nunca, comprendemos que nuestro servicio conjunto en este mundo debe

extenderse a la creación de Dios, que sufre explotación y los efectos de la codicia insaciable. Reconocemos el derecho de las generaciones futuras a gozar de lo creado por Dios con todo su potencial y belleza. Rogamos por un cambio de corazón y mente que conduzca a una actitud amorosa y responsable en el cuidado de la creación».[28]

[28] *Declaración conjunta con ocasión de la Conmemoración conjunta Católico – Luterana de la Reforma*, 31.10.2016. En el curso de la celebración de la oración ecuménica común en la catedral luterana de Lund, el Santo Padre Francisco y el obispo Munib Yunan, presidente de la Federación Luterana Mundial, firmaron esta declaración común.

# BIBLIOGRAFÍA


APARICIO VALLS, C., «L'ispirazione alla luce dei testi del Vaticano II», en P. DUBOVSKY – J.P. SONNET, ed., *Ogni Scrittrua è inspirata*, San Paolo – GBPr, Milano – Roma 2013, 320-335.

ASTORGA, P., «Meditar la Torah en la historia y la historia desde la Torah», *Estudios Eclesiásticos* 84 (2009) 3-40.

ATANASIO, *La Encarnación del Verbo*, Ciudad Nueva, Madrid 1997².

BAUS, K., et al., «La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII», en H. JEDIN, *Manual de Historia de la Iglesia*, II.1, Herder, Barcelona 1980.

CALDUCH-BENAGES, «L'ispirazione: il problema del corpus deuterocanonico», en P. DUBOVSKY – J.P. SONNET, ed., *Ogni Scrittrua è inspirata*, San Paolo – GBPr, Milano – Roma 2013, 241-244.

_____, «Il Siracide un libro molto particulare», en P. DUBOVSKY – J.P. SONNET, ed., *Ogni Scrittrua è inspirata*, San Paolo – GBPr, Milano – Roma 2013, 124-135.

CALVINO, J., *Institución de la Vida Cristiana*, Nueva Creación, Buenos Aires – Grand Rapids 1988.

*Carta Encíclica Divino Afflante Spiritu*, sobre los estudios bíblicos, 30 de septiembre de 1943.

CHARLESWORTH, J. H., «The Interpretation of the Tanak in the Jewish Apocrypha and Pseudepigrapha», en A. J. HAUSER – D. F. WATSON, *A History of Biblical Interpretation*, William B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan – Cambridge, U.K. 2003, 253-282.

CHILDS, B. S. *Introduction to Old Testament as Scripture*, Fortress, Philadelphia, 1979.

CHILDS, B. S., «Critique of Recent Intertextual Canonical Interpretation» *ZAW* 115 (2003) 173-184.

CIMOSA, M., «La traduzione greca dei LXX. Dibatitto sull'ispirazione», *Salesianum* 46 (1984) 3-14.

COLLANTES, J., *La fe de la Iglesia Católica*, BAC, Madrid.

CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*, Vaticano 2014.

CORDOVILLA, A., *El misterio del Dios trinitario*, Sapientia Fidei 36, BAC Madrid 2012.

CREHAN, F. J., «The Bible in Roman Catholic Church from Trent to the Present Day», en S. L. GREENSLADE, *The Cambridge History of the Bible. The West from the Reformation to the Present Day*, Cambridge University Press, Cambridge 2004, 199-237.

DE MOREAU. E. – JOURDA, P. –JANELLE, P., «La crisis religiosa del siglo XVI», en A. FLICHE – V. MARTIN, *Historia de la Iglesia*, XVIII, Edicep, Valencia 1978.

*Declaración conjunta con ocasión de la Conmemoración conjunta Católico – Luterana de la Reforma, 31.10.2016*. [Consultado 12.12.2016] http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/chrstuni/documents/rc_pc_chrstuni_doc_31101999_cath-luth-joint-declaration_sp.html

DUBOVSKY, P., «Leggere la Bibbia come unità», en P. DUBOVSKY – J.P. SONNET, ed., *Ogni Scrittrua è inspirata*, San Paolo – GBPr, Milano – Roma 2013, 260-268.

EL-ABBADI, M., *La Antigua Biblioteca de Alejandría. Vida y destino*, tr. José Luis García-Villalba Sotos, UNESCO y Asociación de amigos de la Biblioteca de Alejandría, Madrid 1994, orig. en inglés *Life and fate of the ancient Library of Alexandria*, UNESCO, 1990.

EUSEBIO DE CAESAREA, *Historia Eclesiástica*, BAC., Madrid 1997.

FENN, E., «The Bible and the Missionary», en S. L. GREENSLADE, *The Cambridge History of the Bible. The West from the Reformation to the Present Day*, Cambridge University Press, Cambridge 2004, 383-407.

FERNÁNDEZ MARCOS, N., «La *Septuaginta* como traducción», en *Introducción a las versiones griegas de la Biblia*, Instituto de Filología del CSIC, Madrid 1998², 32-33.

FERNÁNDEZ MARCOS, N., «La Septuaginta y el Nuevo Testamento», en *Introducción a las versiones griegas de la Biblia*, Instituto de Filología del CSIC, Madrid 1998², 327-333.

FLAVIO JOSEFO, *Autobiografía contra Apión* , Gredos, Madrid 2011.

FRANKEMÖLLE, H., «Das Neue Testament als Kommentar? Möglichkeiten und Grenzen einer hermeneutischen These aus der Sicht eines Neutestamentlers», en: F.- L. HOSSFELD, ed., *Wieviel Systematik erlaubt die Schrift? Auf der Suche nach einer gesamtbiblischen Theologie*, Freiburg im Breisgau, 2001, 200-278.

FÜSSEL, S., *The Luther Bible of 1534*, Taschen, Cologne 2003.

GARCÍA-VILLOSLADA, R.– LLORCA, B. –LABOA, J. M., *Historia de la Iglesia Católica*, III, BAC, Madrid 2005.

GARCÍA-VILLOSLADA, R., *Martín Lutero*, II, BAC, Madrid 1976.

GARGANO, I., «Alle fonti del metodo esegetico dei Padri: Origene», *Didaskalia* 39 (2009) 51-66.

GOLSTEIN, J. A., *II Maccabees*, The Anchor Bible, Doubleday, New York 1983.

GREENSLADE, S. L., «English Versions of the Bible, 1525-1611», en *The Cambridge History of the Bible. The West from the Reformation to the Present Day*, Cambridge University Press, Cambridge 2004, 141-174.

GRUBER, M. I., *Rashi's Commentary on Psalms*, Brill, Leiden – London 2004.

HAHNEMAN, G. M., «The Muratorian Fragment and the Origins of the New Testament Canon», en L. M. MCDONALD – J. A. SANDERS, ed., *The Canon Debate*, Hendrickson, Massachusetts 2002, 405-415.

HALL, B., «Biblical Scholarship: Editions and Commentaries», en S. L. GREENSLADE, *The Cambridge History of the Bible. The West from the Reformation to the Present Day*, Cambridge University Press, Cambridge 2004, 38-93.

HORTON, M. S., «Theologies of Scripture in the Reformation and Counter-Reformation. An Introduction», en J. S. HOLCOMB, *Christian Theologies of Scripture: A Comparative Introduction*, University Press, New York 2006, 83-93.

ISERLOH, E. – GLAZIK, J. – JEDIN, H., «Reforma, Reforma Católica y Contrarreforma», en H. JEDIN, ed, *Manual de Historia de la Iglesia*, V, Herder, Barcelona 1972.

KAISER, O., *Der Gott des Alten Testments*, Vandenhoeck und Ruprecht, Göttingen 1993.

KIRCHHOFER, J., *Quellensammlung zur Geschichte des Neutestamentlichen Kanons bis auf Hieronymus*, Meyer and Zeller, Zürich 1844.

*Leccionario I. Adviento-Pentecostés*, Buena Prensa, México 2013.

LLORCA, B., *Historia de la Iglesia*, I, BAC, Madrid 1996.

LOHFINK, N., «La muerte en la frontera. La misión inacabada de Moisés y los contornos de la Biblia», en: *A la sombra de tus alas. Nuevo comentario de grandes textos bíblicos*, Bilbao, 2002, 15-33.

_____, «Moses Tod, die Tora und die alttestamentliche Sonntagslesung»: ThPh 71 (1996) 481-494.

LUTERO, M., «La voluntad determinada», en *Obras completas* IV, Paidós, Buenos Aires 1976.

MIGNE, J.P., *Patrologia Latina*, Vrayet de Surcy et Cie, Paris 1875.

MOORE, C. A., *Tobit*, Anchor Bible, Doubleday, New York 1996.

NAJMAN, H., «The Symbolic Significance of Writing in Ancient Judaism», en H. NAJMAN – J. H. NEWMAN, *The Idea of Biblical Interpretation. Essays in Honor of James Kugel*, JSJ 83, Brill, Leiden – Boston 2004, 139-173.

NORRIS, R. A., «Augustine and the Close of the Ancient Period of Interpretation», en A. J. HAUSER – D. F. WATSON, *A History of Biblical Interpretation*, William B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan – Cambridge, U.K. 2003, 380-408.

ORÍGENES, *Homilías sobre el Éxodo*, Biblioteca de Patrística 17, Ciudad Nueva, Madrid 1992.

OSBORNE, G. R., «Historical Narrative and Truth in the Bible», *Journal of Evangelical Theological Society* 48 (2005) 673-688.

PISANO, S., «Critica testuale e storia del testo», en P. DUBOVSKY – J.P. SONNET, ed., *Ogni Scrittrua è inspirata*, San Paolo – GBPr, Milano – Roma 2013, 100-123.

RICOEUR, P., *Essays on Biblical Interpretation*, Fortress Press, Philadelphia 1980, 75-90.

RYAN, S. D., «The Ancient Versions of Judith and the Place of the Septuagint in the Catholic Church», en G. G. XERAVITZ, ed., *A Pius Seductress. Studies in the Book of Judith*, De Gruyter, Berlin 2012, 1-21.

SAN AGUSTÍN, *De Doctrina Christiana*, BAC, Madrid 1969.

SAN JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, en *Padres Apostólicos y Apologistas Griegos del siglo II*, BAC, Madrid 2002.

SANDERS *Canon and Community. A Guide to Canonical Criticism*, Fortress Philadelphia, 1984.

_____, *Torah and Canon*, Fortress, Philadelphia, 1972.

SCHATZ, K., *Los concilios ecuménicos*, Trotta, Madrid 1999.

SKA, J.-L., *Specchi, lampade e finestre. Introduzione all'ermeneutica biblica*, EDB, Bologna 2014.

_____, «La Bibbia, un libro aperto o un libro sigillato?», en *Il libro sigillato e il libro aperto*, EDB, Bologna 2005, 59-96.

SONNET, J.-P., *Cantos bíblicos de peregrinación*, Mensajero, Bilbao 2014. Ver también en you tube la conferencia: «Attraversare e nascere» del 3 de diciembre de 2011: https://www.youtube.com/watch?v=aXiirSQ4HtU

_____, «Échec au roi (1 Samuel 15). Le récit biblique comme échiquier de la vérité», en B. BOURGINE – J. FAMERÉE – P. SCOLAS Qu'est-ce que la vérité?, ed., Cerf, Paris 2009, 79-96.

SPEISER, E. A., «The Biblical Idea of History in Its Common Near Eastern Setting», en J. Goldin, The Jewish Expression, Bantam Books, New York 1970,1-17.

STEINS, G., *Die Bindung Isaaks im Kanon (Gen 22). Grundlagen und Programm einer kanonisch-intertextuellen Lektüre* (HBS 20), Freiburg im Breisgau, 1999, 45-83.

SUTCLIFFE, E. F., «Jerome», en G. W. H. LAMPE, ed., *The Cambridge History of the Bible. The West from the Fathers to the Reformation*, Cambridge University Press, Cambridge 2004, 80-101.

*The New American Bible*, Oxford University Press, Oxford – New York 2011.

*The Westminster Confession of Faith* [consultado 12,12.2016] http://www.ocpc.org/clientuploads/WCFweekly%20handouts1012.pdf

WÉNIN, A., *Abramo insegna al credente a camminare*. Curso Bíblico llevado a cabo en Bose del 18 al 23 de julio de 2016. http://alzogliocchiversoilcielo.blogspot.mx/201

6/07/andre-wenin-abramo-dio-insegna-al.html.

WHITE, H., «The Metaphysics of Narrativity. Time and Symbol in Ricoeur's Philosophy of History», en D. WOOD, ed., *The Metaphysics of Narrativity, en On Paul Ricoeur. Narrative and Interpretation*, Rouledge, London – New York 1991.140-159.

WINSTON, D., *The Wisdom of Salomon*, The Anchor Bible, Doubleday, New York 1979.

*Zurich Latin Bible o Biblia sacrosancta*, Christoph Froschauer, Zurich 1543.

# ÍNDICE

PRÓLOGO .....1

LA BIBLIA ¿LIBRO O LIBROS? ..... 3

1. Leyendo y caminando ..... 3
2. Abriendo ventanas ..... 4
3. La imagen del libro ..... 5
4. Nombres y Abreviaturas ..... 7
5. Capítulos y versículos ..... 9

LEYENDO Y CAMINANDO

HACIA LA SALVACIÓN ..... 11

1. Canon Hebreo ..... 19
2. Canon Griego ..... 22
3. Biblia e Historia de la Iglesia ..... 27
   - 3.1 Nuevo Testamento y Padres ..... 27
     - 3.2.1 San Jerónimo ..... 29
     - 3.2.2 San Atanasio ..... 31
     - 3.2.3 Canon de Muratori ..... 33
     - 3.2.4 San Agustín ..... 36
4. Sínodos y Concilios ..... 40
   - 4.1 Sínodos ..... 40
   - 4.2 Concilios de Florencia y Trento ..... 46
5. La Biblia y la Reforma ..... 54
   - 5.1 La Biblia de John Whycliff ..... 55
   - 5.2 La Biblia de Ulrico Zuinglio ..... 56
   - 5.3 La Biblia de Lutero ..... 58

5.4 De Calvino
a la Confesión de Westminster ..... 62
Conclusión ..... 68
LA INSPIRACIÓN ..... 71
1. La inspiración de Dios ..... 72
2. La inspiración en la escritura ..... 75
2.1 Verdad en las «traducciones» ..... 76
2.2 Verdad «histórica» ..... 79
2.3 Verdad «narrativa» ..... 92
2.4 Verdad «canónica» ..... 98
3. La inspiración para la lectura ..... 110
3.1 Lectura: Promesa - Cumplimiento ..... 116
3.2 Lectura: Tipología e interpretación ..... 120
3.3 Lectura: Historia de la Salvación ..... 124
3.4 Lectura: «Bíblico-eclesial» ..... 128
3.4.1 Interpretación y Liturgia ..... 129
3.4.2 Interpretación y Ministerios ..... 132
3.4.3 Interpretación, Tradición y Magisterio ..... 134
BIBLIOGRAFÍA ..... 141
ÍNDICE ..... 149

Obra realizada en los Talleres Gráficos de **Tradición Impresa**
Ave. Lázaro Cárdenas 503 Col Fátima C.P. 34060 Durango, Dgo.
Tel (618) 810 12 09 y 818 84 00 / tradicionimpresa@gmail.com
Tiraje 500 libros más sobrantes de reposición